





# **LA FELICIDAD QUE HAY EN LA FRAGILIDAD**

Carlos Díaz

# DOS MUNDOS

Colección Antologías y textos clásicos

*Director:*

Jaime Septién

**LA FELICIDAD QUE HAY  
EN LA FRAGILIDAD**

1.ª Edición (España): Enero 2006  
2.ª Edición (España): Junio 2006

© *Fundación Emmanuel Mounier*  
Melilla, 10, 8.º D  
28005 Madrid  
Teléf. y Fax: 91 473 16 97  
e-mail: carlosdiazh@eresmas.net  
[www.pangea.org/~spie/iem/iem.html](http://www.pangea.org/~spie/iem/iem.html)

© *EL OBSERVADOR*  
Reforma 48  
Centro histórico  
C.P. 7600 Querétaro  
México  
Pedidos: [www.elobservadorenlinea.com](http://www.elobservadorenlinea.com)

© *IMDOSOC*  
Pedro Luis Ogazón, 56  
01020 México D.F. (México)  
Teléf.: 56614465 - Fax: 56614286

© *SOLITEC*  
Cayetano de Cabra, 14  
29003 Málaga  
Teléf. 952 33 01 51

*Diseño de cubierta:*  
unocomunicación

*Diseño de logotipo Dos Mundos:*  
Antonio María Riego

CARLOS DÍAZ

ISBN: 84-95334-99-2  
Depósito Legal: S. 27-2006

Imprenta KADMOS  
Salamanca, 2006

*A Sigmund Tveit, en quien se cumple con solemnidad  
el dictum “lo que me parezca bien, cantando lo haré;  
lo que me parezca mal, ni cantando ni sin cantar”.*





## PRÓLOGO

¿Comer y defecar, vida ejemplar? Vivimos la mayoría de los europeos en el delirio de los deseos y en la ignorancia de los deberes, como muy bien ha visto Gilles Lipovetski: “La lógica del consumo ha engendrado una cultura en que la felicidad predomina sobre el mandato moral, los placeres sobre la prohibición, la seducción sobre la obligación. A través de la publicidad, el crédito, la inflación de los objetos y los ocios, el capitalismo de las necesidades ha renunciado a la santificación de los ideales en beneficio de los placeres renovados y de los sueños de la felicidad privada; se ha edificado una nueva civilización, que ya no se dedica a vencer el deseo sino a exacerbarlo y desculpabilizarlo; mandan los goces del presente, el templo del yo, del cuerpo y de la comodidad. Estimulando permanentemente los valores del bienestar individual, la era del consumo ha descalificado masivamente las formas rigoristas y disciplinarias de la obligación moral, la liturgia del deber se ha vuelto inadecuada para una cultura materialista y hedonista basada en la exaltación del yo y la excitación de las voluptuosidades-al-instante. ¿Qué representa de verdad en nuestras sociedades la celebración de la virtud comparada con el reclamo de la comodidad y de las vacaciones, la obsesión por la salud y la juventud, que difunde en dosis masivas consejos dietéticos y turísticos, eróticos y psicológicos? Los valores caritativos y humanitarios pueden despertar una fuerte simpatía, pero quedan muy atrás en relación con la superficie que ocupan el himno al ego y los estímulos al consumo. Himno a las vacaciones, *entertainment* televisivo, telemasacre, política espectáculo y espectáculo publicitario: allí donde se sacralizaba la abnegación tenemos ahora la evasión y la violencia en *zoom*, las comodidades del confort, el poder disuasivo de la publicidad. En nuestra sociedad los objetos y marcas se exhiben más que las exhortaciones morales, los requerimientos materiales predominan sobre la obligación humanitaria, las necesidades sobre la virtud, el bienestar sobre el Bien. La obligación ha sido reemplazada por la seducción, el bienestar se ha convertido en dios y la publicidad en su profeta. La primacía de la relación hombre-cosa sobre la relación hombre-hombre, característica de la ideología económica moderna, se ha adueñado de los signos de la vida cotidiana. De este modo se va más allá del deber exhibiendo en tecnicolor el derecho individualista a la indiferencia hacia los demás. ‘Da vergüenza ser feliz

a la vista de ciertas miserias', escribía La Bruyère; la publicidad proclama: 'olvidaos de todo'".

Ante esa situación debo proclamar -sin ánimo de amargar a nadie- que no hay derecho a ser felices a costa de uno mismo, pero tampoco a costa de los demás, los cuales son tan fines en sí como nosotros mismos, ya lo dijo Kant: "En la creación entera todo aquello que se desee y sobre lo que se tenga algún dominio podría ser empleado como mero medio; únicamente el ser humano, y con él toda criatura racional, es fin en sí mismo. Él es, efectivamente, el sujeto de la ley moral, la cual es santa gracias a la autonomía de su libertad". Así pues, primer mandamiento: no serás feliz a costa de los demás.

A veces los deseos -como el de la felicidad- entran en colisión con los valores, y en este caso con el valor de la libertad, que tanto amamos y que tan hermosamente glosó Don Quijote: "La libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar cubre". Ni siquiera la libertad mía puede arrollarte a ti como persona: yo no soy nadie para atropellarte, antes al contrario al atropellarte atropello mi propia dignidad y no merezco ser feliz.

Hay muchos modos de atropellar, por ejemplo cuando se ponen en práctica estas sentencias en absoluto: tu puerta cerrarás; cuanto puedas no harás; cuanto sabes no dirás; cuanto ves no juzgarás; cuanto oyes no creerás, si quieres vivir en paz. O sea, tienen razón, pero vayan presos, no es cosa mía, para eso están los tribunales.

¿No queda con tal panorama otra cosa que el derecho, para salvaguardar las libertades de todos? El derecho exige recuerdo del daño (damnificación) para que el culpable no quede indemne. Pero lo que ocurrió con el nazismo no se supera recordando lo ocurrido, a no ser que lo recordemos como perdonado. El recuerdo de Auschwitz sin el perdón es más Auschwitz todavía. "Un día, un joven fugitivo intentaba escapar del enemigo y se refugió en una aldea, cuyos habitantes le ofrecieron un sitio seguro donde esconderse. Mas, cuando los soldados, que le habían visto buscar cobijo en la aldea, preguntaron dónde se escondía, los aldeanos se echaron a temblar, ya que les amenazaron con reducir a cenizas la aldea y con matar a los hombres si no entregaban al fugitivo antes del amanecer. Los vecinos fueron a casa del ministro y le preguntaron qué debían hacer. El ministro, angustiado ante el terrible dilema de entregar al joven al enemigo o la aniquilación de la aldea y la muerte de todos los vecinos, se retiró a su habitación a leer la Biblia. Esperaba encontrar la respuesta al dilema antes de la hora fatídica señalada por los soldados. Al cabo de muchas horas, poco antes de comenzar a clarear el día, sus ojos cansados se quedaron como imantados en estas palabras de la Escritura: 'Es mejor que muera un hombre a que se pierda todo el pueblo'. El ministro llamó a los soldados y les dijo dónde estaba escondido el joven; después, se hizo una fiesta en la aldea porque el ministro había salvado las vidas de todos sus habitantes. Pero el ministro no participó en la fiesta; abrumado por una tremenda tristeza, se quedó en su habitación. Aquella noche se le apareció un ángel y le preguntó: "-¿Qué has hecho? -He entregado al fugitivo a los soldados. -Pero ¿no sabes que has entregado

al Mesías al enemigo?. -¿Cómo podía saberlo? protestó el ministro, entre el miedo y el horror por lo que había hecho. -Si, en vez de leer tu Biblia, hubieras visitado al joven tan sólo una vez y le hubieras mirado a los ojos, lo habrías visto con toda claridad”<sup>1</sup>.

Por mi parte no quiero olvidar estas palabras de Max Horkheimer: “Los conceptos de bueno y malo, por ejemplo el concepto de honradez y toda una serie de ideas que de momento aún tienen valor, no se pueden separar por completo de la teología”. De la teología, es decir, de lo que vale antes del tiempo, en el tiempo y después del tiempo, por eso repito con Lotario estas palabras a su amigo Anselmo:

“Busco en la muerte la vida  
salud en la enfermedad  
en la prisión libertad  
en lo cerrado salida  
y en el traidor lealtad”.

Cuando hablamos de felicidad e infelicidad deberíamos, según estimo, pensar lo siguiente: Europa se muere de éxito, de lo que Europa entiende por éxito, quiero decir. A mí me parece mucho más atinado esto otro, acéptenlo o no los nuevos jóvenes de la vieja Europa: “Lista de la ropa blanca que llevó mi hijo Crispín a Salamanca: una camisa blanca. Y aquí da fin la lista de la ropa blanca que llevó mi hijo Crispín a Salamanca”.

Y hasta aquí hemos llegado en lo que por paradoja no es sino un punto de partida y a la vez un resumen de cuanto vamos a decir a partir de este momento: “Beethoven vivió en una época de frustradas esperanza de libertad. La revolución Francesa había concluido con el reinado del terror y el Imperio de Napoleón. La restauración de Metternich eliminó el ideal de democracia y agudizó el antagonismo de clases. La pobreza de las masas era terrible. El *Himno a la alegría* de Beethoven es una apasionada protesta contra el antagonismo de clases por el que se divide a la humanidad; mientras que Schiller dice fuertemente divididas (*strengt geteilt*), Beethoven cambia estas palabras en un lugar, para un arranque coral, y escribe insolentemente divididas (*frech geteilt*). Sin embargo, no conoce el odio de clases; sólo conoce el amor a sus congéneres. Y casi todas sus obras terminan con espíritu de calma, como la *Missa Solemnis*, o de alegría, como las sinfonías y el *Fidelio*”<sup>2</sup>.

1 Nouwen, H: *El sanador herido*. PPC, Madrid, 2004, pp. 35-36.

2 Popper, K: *En búsqueda de un mundo mejor*. Ed. Paidós, Barcelona, 1994, pp. 285-286



# I. ¿OPTIMISMO TRÁGICO?

## 1. CAMINANDO ¿HACIA DÓNDE?

Los homínidos con 780.000 años de antigüedad descubiertos en los yacimientos de Atapuerca (Burgos) corresponden a una nueva especie del género *homo*, que podría representar el último ancestro común de los Neandertales y del *homo sapiens sapiens*, del cual descendemos los humanos de hoy. Ha aparecido el *homo antecessor*, según sus descubridores, cuyos dientes, mandíbulas y cráneos revelan una combinación inédita de rasgos primitivos y modernos. Del *homo ergaster* surgido hace dos millones de años en el sur de África, y que emigró a Europa hace un millón de años, emergió en la larga marcha de la hominización este nuevo antecesor, antecedido él mismo por otros más tempraneros. Antecedencia tras antecedencia, y secuencia tras secuencia ¿qué otra cosa hemos hecho hasta ahora desde entonces todos y cada uno de los eslabones de la misma cadena, sino caminar en pos de la felicidad?

Distamos demasiado de haber llegado a la cumbre, y en nosotros tanto se observan huellas del hombre viejo como promesas del nuevo. Arrieros somos, y en el camino nos vamos encontrando. Cada pocos años cambian las células del cuerpo humano, pero nadie puede apercibirse de ello, dada la lentitud con que acontece, y cada año renovamos la historia sin que podamos ser plenamente conscientes de esa muda<sup>3</sup>. Tengamos paciencia, bondad, y lucidez para evolucionar

3 Apeles, desesperado al no lograr pintar el espumarajo de un caballo, arrojó su esponja sobre el lienzo. El resultado fue el espumarajo de un caballo. Antes de Freud, ya Hegel recordaba en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia* el significado de la Esfinge, símbolo del misterio en Egipto. Cuerpo de animal coronado con cabeza humana, la Esfinge simboliza el misterio de la condición humana. Ella pregunta a Edipo: “¿Cuál es el animal que por la mañana camina a cuatro patas, a mediodía a dos, y por la tarde a tres?”. Edipo responde que el hombre, derribando así a la Esfinge y liberando de su prestigio maléfico a la ciudad de Tebas, cuyos habitantes le erigen por rey en señal de gratitud. Es la victoria racional de quien en otro tiempo, sin saberlo, mató a su padre Layo en el curso de una disputa con un desconocido, etc. Como afirmó Ricoeur, lo voluntario humano remite siempre a lo involuntario en lo que se apoya; a la inversa, lo involuntario no adquiere sentido completo sino en una voluntad que fija su sentido. La reducción de lo voluntario a lo involuntario es el naturalismo en sus diversas modalidades (biologismo, psicologismo,

sensatamente y sin ponernos nerviosos; además, aunque gritásemos que deseamos cambiar nuestra piel individual y colectiva por cualquier otra, nunca resultaría tan ajustada a nuestro cuerpo como la que nos cubre y muta con nosotros en el diario crepitar de la vida. La cuestión no es cambiar de piel por abandono, sino mejorarla por empatía...

## 2. ¿SEGÚN SE MIRE?

### 2.1. LA MIRADA PESIMISTA

Tres cosas hacen falta, decía Flaubert, para alcanzar la felicidad: ser imbéciles, egoístas, y gozar de buena salud; pero, si os falta la primera, todo se acabó. Más de lo mismo: “Usted conoce seguramente –dijo el viejo– el famoso aforismo de Federico el Grande: el hombre es un animal depravado. Profunda sentencia comprobable diariamente. El hombre es un animal, nada más que un animal. Ha cometido una traición, la traición contra la animalidad, y ha sido castigado por esa prevaricación. No ha conseguido convertirse en ángel y ha perdido la beatitud inocente de la bestia. Por eso ha quedado torturado, angustiado, enfermo, insatisfecho”<sup>4</sup>. O sea, a más animalidad mayor felicidad.

Para ser felices habríamos de aislarnos de la cruel lucha por la vida, lo cual tampoco resulta posible; por contra, sólo podríamos serlo rodeados de hombres y mujeres igualmente felices; en un mundo asendereado por miedos, conflictos y vacíos antropológicos son demasiados los que identifican felicidad con exicasta contemplación del propio ombligo<sup>5</sup>, no faltando engañabobos que venden felicidad barata<sup>6</sup>. Del antihumanismo derivan los grandes pesimismos: “El animal más inmundo vive, en cierto sentido, mejor que nosotros. Sin necesidad de ir a buscar en las cloacas recetas de sabiduría, ¿cómo no reconocer la ventaja que nos lleva una rata, precisamente porque es rata y nada más?”<sup>7</sup>. Afirmaciones tan penosas agradan a los amigos de la rebañiega felicidad porcina<sup>8</sup>. Y el colmo del pesimismo está en querer hacer del pesimismo una forma de optimismo: “Los Realistas se ciñen a la realidad del Mal. Saben y admiten que el Hombre es una sucia bestia; que su suciedad es eterna; que por más deseosos que estén de felicidad deben

sociologismo...). En el otro extremo, el aislamiento autosuficiente de la voluntad libre es la tentación idealista. Lleva, pues, razón André Leonard cuando escribe: “‘Yo quiero’ significa realmente: 1) Yo elijo. 2) Yo me esfuerzo. 3) Yo consiento” (*El fundamento de la moral*. BAC, Madrid, 1997, p. 22). Para este asunto, cfr. LLano, C: *Examen filosófico del acto de la decisión*. Universidad Panamericana, México D.F, 1998.

4 Papini: *Gog*. Ed. Plaza Janés, Barcelona, 1974, pp. 313 ss.

5 Pío Baroja: “-¿No cree usted que vendrá la fraternidad? -No. -¿No se podrá conseguir que deje de haber explotadores y explotados? -Nunca. Viviendo en sociedad, o es uno acreedor, o es uno deudor”.

6 Stirner, M: *El único y su propiedad*. Ed. Mateu, Barcelona.

7 Ciorán, E: *La caída en el tiempo*. Ed. Monte Ávila, Caracas, 1977, p. 105.

8 Cfr. nuestros libros: *Eudaimonía. La felicidad como utopía necesaria*. Ed. Encuentro, Madrid, 1987; *Sabiduría y locura. El cristianismo como lúcida ingenuidad*. Ed. Sal Terrae, Santander, 1982; *El sujeto ético*. Ed. Narcea, Madrid, 1983.

hacerse a la idea de que su mal es incurable. No se forjan ilusiones. No prometen ni esperan nada. Sabiendo que el hoy se parecerá al mañana como se parece al ayer, se encuentran necesariamente más tristes, por no decir que son necesariamente más ingratos, que los charlatanes que –por su lado– nos anuncian la felicidad. Pero al no esperar nada no exigen tampoco nada; al no exigir nada no sienten ya la tentación de la violencia o de la coacción; y la contrapartida de su pesimismo es que, en vez de llevarnos a latigazos o a tiros por el camino de una pureza cuyos callejones sin salida conocen, sólo sienten indulgencia y compasión por las pequeñas o grandes tareas que nos desfiguran para siempre. ¡Gloria a los hombres de palabra cenicienta, pues los fusiladores nunca estarán entre ellos!”<sup>9</sup>. Henri Lévy concluye: “El verdadero libertino es alguien que sabe que los cuerpos son tristes y sus abrazos siempre frustrados, y que por esta razón, porque nunca un abrazo tendrá el feliz desenlace que pretenden los papanatas, elige rodearse del amor por la proliferación de artificios en donde puede verse, a elegir, la impronta de su infinita perversidad”<sup>10</sup>. Incapaces de entender el mal, estos pesimistas han huido de Auschwitz, pero carentes de la fuerza necesaria para optar por el Bien y de arriesgarse en ese empeño, han decidido fabricarse pequeños *boudoirs* donde los diablillos libertinos se tornarán diablos, como esos adolescentes que hacen prácticas con prostitutas de goma para irse acostumbrando a las reales del día de mañana.

## 2.2. LA MIRADA OPTIMISTA

Ahora bien, para alcanzar la felicidad anhelada tampoco bastan ciertos optimismos blanditos<sup>11</sup> e irrealista: “La holgazanería es un producto de la organización social de hoy; suprímala usted ésta y ya no habrá holgazanes. Nadie tendrá interés en

9 En ese sentido camina el *Baudelaire* de Bernard-Henri Lévy, p. 184.

10 *Ibi*, p. 187-188. Cfr. también su obra *El siglo de Sartre*. Ediciones B, Madrid, 2000.

11 No tenemos nada contra los sentimientos, conste. Los sentimientos son tan importantes que, según los indios *wimnabag*, el Creador comprendió que sus sentimientos se convertían en cosas cuando las lágrimas que derramaba en su soledad se convirtieron en las aguas primordiales. El sentimiento es el primer motor del universo. Sentimiento es pensamiento no formulado; pensamiento es sentimiento expresado de modo comunicable. Para dar fuerza a un juramento, los romanos echaban mano a sus testículos o testigos (*testes*), al parecer la balanza más sensible de un hombre. Algunas perversiones afectivas son:

– La *egotista sentimentalista* donde, en lugar de centrarse en el objeto intencional que origina nuestra respuesta afectiva, la persona se centra en su propio sentimiento; el contenido de la experiencia se desplaza de su objeto al sentimiento ocasionado por el objeto, y así la conmoción hasta las lágrimas sirve más que nada de instrumento para procurarse un gozo, un sentimiento placentero, degradando el sentimiento a un puro estado emocional, el sentimentalismo.

Carente de refrendo objetivo y contrastable, queda embrollado en la dinámica de su propio corazón, sin saber distinguir entre lo grande y lo pequeño, y de este modo termina enredado en cosas pequeñas y triviales, como es usual entre personas de pocas luces y de mente estrecha: un exceso de ego empequeñece la afectividad del ego, por paradoja.

– La *egotista débil*, de quien no sabe frenar su sentimiento de compasión ante el borracho que le suplica una copa más, y se la da aunque ello resulte desastroso para el borracho mismo. Esta persona ignora que el verdadero amor obliga a pensar en el bien objetivo de nuestro prójimo (quien bien te quiera te hará llorar), y que en ocasiones un *no* puede ser una manifestación mucho más verdadera de afecto que un *sí*. Este corazón “demasiado bueno”, más que benevolente o delicado, es débil y desordenado.

no trabajar, como no habrá avaros tampoco. No habrá ya dinero, ni propiedad, ni guardias para vigilar la propiedad. No habrá criminales. Sin propiedad no hay ladrones, ni gente que asesine para robar...”<sup>12</sup>. No, no hay que tomarse a Rousseau al pie de la letra en aquella defensa suya del buen salvaje, bueno por naturaleza, ni a Marx en su promesa de paraíso en la tierra, y mucho menos si al intentarlo se reintroducen los cuatro jinetes del Apocalipsis. “Hay gente que ama tan absoluta, tan devotamente al género humano, que no puede imaginar un Mal que le sea esencial. Entonces protesta. Se rebela. Cree que ‘el hombre lo puede todo y que el vapor, el ferrocarril, la iluminación a gas prueban el eterno progreso de la humanidad’. Y cuando la prueba no basta, cuando el progreso tarda en llegar, cuando el Mal no desaparece y, en consecuencia, los hechos desmienten la teoría, esas almas buenas prefieren estar importancia a los actos malvados antes que ver cómo sus ideas son derrotadas en toda la línea. Robespierre amaba, sí, amaba con enloquecido amor a esa ‘humanidad’ y se encolerizaba cuando advertía que no se adecuaba a sus esquemas. Y no pese a, sino a causa de este amor, fue uno de los más sanguinarios carniceros de la historia reciente”<sup>13</sup>.

### 3. ¿PUEDO SER FELIZ?

Podemos serlo, si bien no todo el mundo quiere y sabe ejercer ese poder: “Veo que puedo escoger entre varias formas de vivir. Puedo o utilizar a los demás o servirlos. Y, si decido utilizarlos, puedo escoger entre dos actitudes: bien utilizarlos con violencia, bien utilizarlos con astucia, con racionalidad, comercialmente. En este último caso, decido dejarme utilizar por aquellos que podré utilizar. Así es la vida de simple egoísmo. Pero si decido servirlos, me parece que voy a olvidarme de mí mismo, a comprometerme en ese servicio, y a intensificarlo hasta el don de mí mismo, del alma. Esta alma se construirá un cuerpo. Este cuerpo tendrá la forma de una existencia moral. Esta existencia excluirá forzosamente ciertas acciones y llamará a otras”<sup>14</sup>. Existen tres opciones básicas, aunque siempre predomina alguna de ellas sobre las otras, no dándose tipos puros ni cristalizaciones estables.

– La *egotista orgiástica* que, buscando saborearse a sí mismo y degustar los propios sentimientos, instrumentaliza a todos. Se desconoce aquí la voluntad de arrepentimiento, al reducirse el pesar contrito por el mal objetivo causado a un mero estado emocional subjetivo. Bajo el signo de una orgía de contriciones, el agente puede llegar a entregarse a un frenesí de remordimiento público revolcándose por el suelo y lanzando gritos salvajes, aunque volviendo después a la “normalidad”, sin que se haya operado ningún cambio fundamental en su vida, pero sintiéndose mucho mejor tras la liberación emocional de la mala conciencia. En realidad, se trata de una *autoindulgencia emocional*.

12 Baroja: *Aurora roja* cit, pp. 123 ss.

13 Lévy, B-H: *Los últimos días de Charles Baudelaire*. Ediciones B. Barcelona, 1989, p. 183.

14 Guittón, J: *Mi testamento filosófico*. Ed. Encuentro, Madrid, 1998, pp. 182-183.



### 3.1. LA LEY DEL AMOR

El alma bella hace de su don un don permanente<sup>15</sup>, un per-don<sup>16</sup>; ayuda, evita la mentira, la manipulación, no roba ni prevarica<sup>17</sup>, y toma a cada persona como fin en sí misma, nunca como medio, instrumento, u ocasión, antes al contrario se ensi-

15 “Lo Infinito se abre al orden del Bien” (*Ética e Infinito*. Visor, Madrid, 1991, p. 126). Es decir, nuestra primera relación con la realidad es con el bien y con el valor, estamos bajo el “orden del Deseo”, y no con el orden del conocer (“de otro modo que ser”) ni con la relación sujeto-objeto, primacía por tanto de la ética, que sitúa platónicamente al Bien por encima del Ser. “Dios viene a la idea” en la interpelación del rostro del Otro, mandándome “hacer cualquier cosa para que viva el Otro”.

Des-inter-es. Descubro el ser en el don; una vez descubierto como don, lo des-ontologizo y lo reduzco a ética: la metafísica se hace ética, pero desde la metafísica y no contra ella. Pues yo no descubro el valor dándole patadas al ser, sino albergándole, haciéndole albergue, huesped hópito (*heim*), pastoreándolo y no maltratándolo (cfr. también la obra de Claude Bruaire *El ser y el espíritu*. Ed. Caparrós, Madrid, 1999). Para Heidegger -carente de esta sensibilidad- la pregunta básica “¿por qué hay algo y no más bien nada?” sería la única manifestadora de autenticidad (*Eigentlichkeit*): mantenerse sin componendas ante el rostro de la nada; por tanto sería manifestación de inautenticidad (*Uneigentlichkeit*) la pregunta de Lévinas: “¿por qué el mal, y no ante todo el bien?” (*Ética e infinito*. Ed. Visor, Madrid, 1991, p. 112), pregunta que se hace cargo sin reticencias de la relación que me liga al Otro, hombre o Dios: heme aquí.

16 Cfr. Díaz, C. *Soy amado, luego existo*. Ed. Desclée de Brouwer, Madrid, 2000, especialmente los volúmenes I y II. Obsérvese el parentesco verbal que une *generosidad*, *generación* y *engendramiento*. “La generosidad moral a la que estoy llamado es la respuesta a la generosidad ontológica que está en el principio de mi generación y que engendra constantemente mi autonomía” (Leonard, A: *El fundamento de la moral*. BAC, Madrid, 1997, p. 187). “Acogiendo así la benevolencia que le hace existir como persona, el hombre trata entonces de obrar de tal suerte que los demás se hagan ellos mismos a través de él. Se trata de dar con una mano lo que la otra ha recibido. El deber moral deja así de ser una pura regla formal para convertirse en una deuda ontológica respecto al otro. Hay que advertir, por otra parte, que la etimología de la palabra ‘deuda’ (*debitum*) es precisamente el verbo latino que significa ‘deber’ (*debere*; participio pasivo *debitum*). Lo cual sugiere que, a través de mi obrar moral, pago la deuda de ser que he contraído con el otro. La lengua alemana juega con la misma idea cuando expresa el hecho de ‘deber’ algo a alguien con el verbo *verdanken*, que, por la raíz, *dank*, implica la connotación de un agradecer un favor al otro, de una acción de gracias por el don recibido... Tal es el lenguaje implícito de la amistad: ‘yo soy gracias a ti, como espero que tú seas gracias a mí; yo me debo a ti porque te soy deudor de mí mismo; yo me debo a ti porque mi ser mismo es deuda que he contraído contigo’. En el amor del hombre y de la mujer, esta experiencia moral de la amistad es más profunda todavía” (*Ibi*, pp. 188-190).

“Ningún niño viene al mundo proclamando ‘yo pienso, luego existo’. Somos, en primer lugar, aparentemente al menos, una realidad anónima. Ciertamente que se nos da enseguida un nombre, pero son los demás precisamente quienes nos lo imponen. Si de este anonimato inicial ha de surgir progresivamente un ‘yo’, ha de ser gracias a un ‘tú’ que se vuelve hacia el ‘yo’ en gestación y le hace aparecer al llamarle tú. Abandonada a sí misma, la persona jamás se realizaría como un ‘yo’ auténtico. Si llega a realizarse, es porque otra libertad, fuera de ella, la considera y trata como un ‘yo’, precisamente cuando se halla sumergida en el anonimato. Sin necesidad de estudiar psicología o filosofía, las madres saben que no hace falta esperar a que el niño tenga conciencia de que es un ‘yo’ para hablarle de ‘tú’ y saben también que hay que hablarle incluso antes de que el universo del lenguaje le sea inteligible. El adulto le permite al niño realizar sus potencialidades adelantándose a su crecimiento. Pero esta experiencia de una libertad engendrada gracias a otro no se limita a la etapa de la niñez. A lo largo de toda mi vida escapo al anonimato amenazador y accedo a la plenitud de mi ser personal gracias a los estímulos fructíferos que me vienen del otro” (Leonard, A: *Op. cit.*, p. 182).

17 En el capítulo LXXIII de la segunda parte de *El Quijote* (la primera denominada *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, y la segunda *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*), intitulada “De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar en su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia”, Teresa Panza, desgredada y medio desnuda, trayendo de la mano a su hija Sanchica, acude a ver a su recién llegado esposo, y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que había de corresponder a un gobernador, le espeta: “¿Cómo venís así, marido mío, que me parece que venís a pie y despeado, y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador?”.

misma en la otra, a la que toma como realidad en sí misma, enaltecéndola incluso: “Si mi dama o, por mejor decir, mi pastora, por ventura se llamare Ana –dice el bachiller Sansón Carrasco–, la celebraré bajo el nombre de Anarda; y si Francisca, la llamaré yo Francenia; y si Lucía, Lucinda, que todo se sale allá. Y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar a su mujer Teresa Panza con nombre de Teresaina”<sup>18</sup>. Al ingenuo las mariposas no se le vuelven cucarachas, ni las personas objetos, ni las lágrimas le impiden ver el sol.

¿Qué grado de felicidad habría en el mundo, si cuantos lo habitamos optásemos por la identidad ingenua del amor? En lugar de la lucha por aparcar en ese trozo de calle estaríamos felices dejádoselo al más necesitado. Existencia tan magnífica, los adultos experimentan mayores dificultades para representarla que los niños<sup>19</sup>; aquéllos diseñan *distopías*, pero éstos islas de felicidad, de ahí que la gente sana ame a los niños y a cuantos son como ellos: quien conoce a un ingenuo corre a presentarlo a los demás porque el bien es difusivo, antítesis del mal que tiende a ocultarse. El ingenuo, es decir, el alma bella, ve la vida en positivo y actúa con actitudes pro-positivas, que encuentran su culminación en las almas grandes, mahatmas, que son puro regalo: ¿qué sería de la humanidad sin los Gandhi, Luther King, Buda, Francisco de Asís? Ella rodaría peor de lo que rueda sin la benemérita aportación de estas personas que ennoblecen y elevan la estatura de la humanidad. El ingenuo amoroso es vecino leal, solo que nos comportamos con ingenuidad entre el círculo de onda corta de nuestros amigos y familiares, pero a duras penas ampliamos dicho círculo, deslumbrando a los ajenos con la onda larga. Ahora bien, ¿quién nos impide hacer un mundo mejor para todos?

### 3.2. LAS 48 LEYES DEL TRAMPOSO

Antítesis del justo es el tramposo. Experto en tratar al otro como un medio y en instrumentalizarlo poniéndolo al servicio de sí mismos, el tramposo se cree más inteligente que los demás, a costa de los cuales pretenden desplegar su propia estrategia felicitaria. Husmeador, otea su entorno para calcular –conscientemente o no– las posibilidades de vivir a cuenta del otro. No devuelve los préstamos, se prevalece de los enchufes, manipula y engaña, muerde la mano que le alimenta. Si todos nos comportásemos así, sería cierta la frase de Sartre “el infierno son los otros”. Endurecido, en su costado se agolpa tanto dolor que por dolerle le duele hasta el aliento. Si todo conductor utilizase el arcén, se atascaría; sin embargo, el

18 *El Ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, LXXIII.

19 El niño es admirable porque se admira. *Bewunderung* (admiración) y *Verwunderung* (maravilla), se reclaman de la palabra *Wunder* (milagro), y todas tienen que ver con *wundern*, herir, ser vulnerable. “El niño busca captar la mirada de su madre, no solamente para que ésta acuda a alimentarle o reconfortarle, sino porque esa mirada en sí misma le aporta un complemento indispensable: la confianza de su existencia... Como si supieran la importancia de ese momento -aunque no es así-, el padre o la madre y el hijo pueden mirarse durante largo rato a los ojos; esta acción sería completamente excepcional en la edad adulta, cuando una mirada mutua de más de diez segundos no puede significar más que dos cosas: que las dos personas van a batirse, o a hacer el amor” (Todorov, T: *La vida en común*. Ed. Taurus, Madrid, 1989).

tramposo, convencido de su presunta superioridad intelectual, cree que algo terminará ocurriéndosele en los atascos de la vida para sobre-vivir sobre los demás si hace falta<sup>20</sup>.

Cuando en aquel célebre mundial de fútbol Maradona mete gol con la mano gritando que su mano es la mano de Dios, hace *trampología* y *ateología* balompédica. Países y colectivos hay donde cada año se agranda el caos y la espiral de la violencia se agrava, pero incluso en ellos el tramposo espera sacar antes que el otro la pistola: se cree más listo. Empero, según el efecto dominó por el que la ficha anterior derriba a la posterior, quedarían al final únicamente los dos super-mega-hiper-tramposos, mas entonces ¡ay de aquél que primero se quedase dormido! El destino último de ellos será la soledad si vencedor, o la muerte si perdedor, nunca la felicidad: entre todos la mataron y ella sola se murió; cada cual es tragado por la común vorágine, de la que por el momento sacan tajada las denominadas “industrias de seguridad”, o del miedo, más y más prósperas dada la inseguridad ciudadana al uso: sistemas de agarrotamiento de ruedas, blindajes, alarmas, cerraduras, etc<sup>21</sup>. Difícilmente podría un estafador ganar dinero a costa de otro estafador. Si vendo a un sinvergüenza la torre Eiffel, me pagará con un cheque de hule.

Poblada por gentes tales, la Tierra respondería a la afirmación sartriana “el infierno son los otros”. Robert Greene ha elaborado las 48 leyes del poder: 1. No eclipsar a nuestros superiores. 2. No confiar demasiado en los amigos y saber utilizar a los enemigos. 3. Ocultar las intenciones. 4. Decir menos de lo necesario. 5. Defender la reputación a toda costa. 6. Llamar la atención siempre. 7. Conseguir que otros hagan el trabajo y llevarse uno el mérito. 8. Hacer que los demás vengan a uno, poniendo un cebo si es necesario. 9. Ganar a través de la acción, nunca del diálogo. 10. Evitar el contacto con los infelices y desafortunados. 11. Aprender a hacer que la gente dependa de nosotros. 12. Utilizar la honestidad y la generosidad de forma selectiva para desarmar a nuestras víctimas. 13. Al pedir ayuda, apelar al

20 Esta actitud merece el siguiente juicio de Pío Baroja: “Yo en el fondo soy un cristiano sin ideas religiosas. Podré decir: el fuerte debe triunfar y todo lo que estorbe el triunfo del fuerte es perjudicial y malo. Pero no diré: el fuerte debe ser querido. Eso no. Precisamente en el cariño y en la piedad yo encuentro la compensación de los éxitos de la fuerza. Para los fuertes el éxito, la riqueza, el lujo, las mujeres; para los débiles el cariño y la piedad. Para mí sería infame quitar el sentimiento de piedad hacia los pobres y transformarlo en un sentimiento de admiración por los fuertes. Yo al menos así lo creo. Me dice usted si yo encuentro malo a mi personaje. Si encuentro malo a Lerroux. No. Los encuentro dignos de ser ministros, de ser ilustres, pero yo no les llevaría a mi casa... El personaje de Aurora Roja es un cristiano, se sacrifica por los demás y queda vencido y muere, pero el de esta novela sólo piensa en sí mismo, triunfa, pero no queda satisfecho.

Esos hombres que han manejado naciones, que han sido amos del mundo, casi nunca han tenido la satisfacción de la vida sentimental, en cambio casi todos esos que han andado por presidios y por los rincones más miserables han querido abiertamente. Las grandes obras de Dostoyeski no son más que eso y el cariño loco que se desarrolla entre los hombres. En fin, mi querido amigo. Esa es mi idea. Triunfo para el fuerte, pero no cariño por el fuerte. Con un apretón de manos de Pío Baroja” (Carta inédita a Azorín, probablemente de 1905).

21 A él habría que recordarle estas palabras de Francisco de Vitoria: “Ninguna guerra es justa si consta que se sostiene con mayor mal que bien y utilidad de la nación, por más títulos y razones que haya para una guerra justa”; además “es mejor renunciar al propio derecho que violentar el ajeno”, ya que “es lícita en el hombre la propiedad privada, pero nadie es propietario que no deba a veces compartir sus cosas, y en extrema necesidad todas las cosas son comunes”.

provecho que el otro puede obtener prestándola, no a la misericordia o agradecimiento. 14. Actuar como un amigo, trabajar como un espía. 15. Machacar contundentemente al enemigo. 16. Permanecer distante para aumentar el respeto y el honor. 17. Mantener a los demás en estado de terror y suspense, alimentar la imagen de impredecible. 18. Encontrar aliados, no aislarse. 19. Saber con quien se está tratando. 20. No comprometerse con nadie. Hacerse el ingenuo, parecer más tonto que la víctima. 21. Utilizar la táctica de la rendición: convertir la debilidad en poder. 22. Halagar y denigrar alternativamente. 23. Concentrar la fuerza. 24. Saberse el manual del perfecto cortesano. 25. Crearse imagen. 26. Mantener las manos limpias, aunque sólo sean las manos. 27. Aprovechar la necesidad de creer ajena para conseguir adeptos. 28. Entrar en acción con audacia. 29. Planear todo el camino hasta el final. 30. Hacer que los logros propios parezcan realizados sin esfuerzo. 31. Controlar las opciones, conseguir que los demás jueguen con nuestras cartas. 32. Jugar con las fantasías de la gente. 33. Descubrir el talón de Aquiles de cada persona. 34. Ser regio en el comportamiento: actuar como un rey para ser tratado como tal. 35. Dominar el arte de calcular el tiempo. 36. Desdeñar las cosas que no se puedan tener: ignorarlas es la mejor victoria. 37. Crear espectáculos atractivos. 38. Pensar como se quiera, pero comportarse como los demás. 39. Remover las aguas para pescar peces. 40. Desdeñar la comida gratuita. 41. Evitar seguir los pasos de un gran hombre. 42. Golpear al pastor para que se dispersen las ovejas. 43. Manipular los corazones y las mentes de los demás. 44. Desarmar y enfurecer a los demás reflejando sus actitudes. 45. Predicar la necesidad de cambio, pero nunca reformar demasiado de una sola vez. 46. Nunca parecer demasiado perfecto. 47. No sobrepasar la meta que uno se ha marcado. 48. Adoptar una apariencia acomodaticia.

Entre las muchas especies de tramposos que pululan por el mundo se encuentran los cínicos, oportunistas que se dejan arrastrar por los valores cercanos e inmediatos, zigzagueando a tenor de las circunstancias y sin otro rumbo que la ley del mínimo esfuerzo, el mayor logro con el menor esfuerzo, lo que no impide que muchas veces el oportunista pague su precio y termine trabajando mucho tras no haber apostado fuerte en favor de alguna convicción universal que mereciese la pena. El cínico, decía Oscar Wilde, conoce el precio de todas las cosas y el valor de ninguna; no menos contundentemente afirmaba Machado: el cínico es un necio, y todo necio confunde valor y precio cayendo de este modo también en el escepticismo<sup>22</sup>, por eso des-precia o menos-precia cuanto es valioso. El cínico cree que

22 “Si en los asuntos de la razón, dice Kant, debiéramos atenernos al procedimiento dogmático considerando que el modo de acabar con el adversario es polemizando con él, es decir, lanzándose a la discusión y armándose de argumentos para oponerle otros asertos... nada sería más vano y estéril a la larga... En vano luchan; las sombras que ellos despedazan vuelven a juntarse en un instante, como los héroes del *Walhalla*, para regocijarse de nuevo en incruentas luchas.

Mas tampoco hay un uso escéptico lícito de la razón pura que pudiera calificarse de principio de neutralidad en todas sus disputas. Azuzar a la razón contra sí misma, darle armas por ambos lados y contemplar luego burlona y tranquilamente sus más acaloradas luchas, es algo que no puede verse con buenos ojos, antes bien tiene en sí el aspecto de espíritu malicioso. Teniendo empero en cuenta la invencible obcecación y la presunción de los dialécticos, que no hay crítica capaz de moderar, no queda en realidad otro

con dinero en el bolsillo se es inteligente, atractivo, y además se canta bien. Cuando en sociedad se ha instalado el cinismo y se evalúa el valor de la gente según el precio dinerario, el maestro —el verdadero maestro— devuelve a las cosas su valor y las restaura de su olvido dignificándolas cual corresponde. Qué suerte tiene el alumno cuyo maestro le rescata de la vulgaridad, la cual sólo da acceso a lo mismo por el mismo dinero, es decir, a la mediocridad. Qué suerte si le lleva de lo que come a lo que hace, de lo que hace a lo que piensa, y de lo que piensa a lo que es: el sabio habla de ideas, el inteligente de hechos, el vulgar de lo que come. Preguntábamos atrás si hay algo o alguien que nos impida ser buenos; preguntamos ahora si hay algo o alguien que nos obligue a ser tramposos. Y creemos que tampoco.

### 3.3. EL TALIÓN

Tiene este tercero mucho cuidado en no robar nada a nadie, pero igualmente en no regalar, limitándose fríamente a devolver según marca la ley, cuya posible inmoralidad no cuestiona. En la sociedad democrática, legal pero no siempre legítima, impera el vendaval burocrático: nadie te ayudará si tú no le ayudas, ni te querrá si tú no le quieres, ni te perdonará si tú no le perdonas. Si lo específico del amoroso es la bondad, y lo del tramposo el creerse más inteligente, lo del rencoroso es la memoria elefantiásica e hipermnésica. Devolver más golpe sería trampa, devolver menos sería amor, no justicia. Si en *Trampilandia* predomina la mordida, en *Rencorilandia* la ley: quien la hace duramente, duramente la paga.

remedio que oponer a la jactancia de una parte otra que se apoye exactamente en los mismos derechos, con el objeto de que la razón, perpleja ante la resistencia de un enemigo, sienta por lo menos dudas sobre sus pretensiones y preste oídos a la crítica. Pero atenerse totalmente a esas dudas sin ir más allá de ellas y querer recomendar la convicción y la confesión de la propia ignorancia, no solamente como remedio contra la presunción dogmática, sino al propio tiempo como manera de poner fin a la lucha de la razón consigo misma, es cálculo totalmente vano y en modo alguno puede ser indicado para proponer un estado de sosiego a la razón, sino que a lo sumo es solamente un medio para hacerla despertar de su dulce sueño dogmático y hacer que someta su estado a un examen más esmerado. Sin embargo, como es manera escéptica de eludir un asunto enojoso para la razón, parece ser por decir así el camino más corto para llegar a una paz filosófica duradera, o por lo menos el camino real que recorren gustosamente quienes creen darse un prestigio filosófico desdeñando irónicamente todas las investigaciones de esta índole, considero necesario exponer ese modo de pensamiento en su luz peculiar...

El primer paso en los asuntos de la razón pura, característico de su infancia, es el dogmático. El segundo es el escéptico y da fe de la cautela de una facultad de juzgar aleccionada por la experiencia. Ahora se necesita un tercer paso que solamente es propio de una facultad madura y viril y se funda en máximas firmes y de universalidad acreditada, a saber, someter a aprobación no los hechos de la razón, sino la razón misma en toda su capacidad e idoneidad para conocimientos puros a priori; no es la censura, sino la crítica de la razón, aquello gracias a lo cual no sólo se supone sino que se demuestra a base de principios, no solamente sus limitaciones, sino también sus límites, no la mera ignorancia de tal o cual parte sino de todas las cuestiones posibles de cierta índole. El escepticismo es, pues, un lugar de descanso para la razón humana, donde ésta puede meditar sobre su excursión dogmática y trazar el plano de la región en que se encuentra, para poder elegir luego su camino con mayor seguridad; pero no es una morada donde pueda residir duraderamente, ya que ésta sólo puede hallarse en una certidumbre concreta, ya sea del conocimiento de los objetos mismos, ya sea de los límites dentro de los cuales está encerrado todo nuestro conocimiento de objetos” (*KrV* 690-692).

Quienes en el primer mundo envejecen opositando tras largos años de estudio, buenos gestores y bien organizados al fin, no soportan llanto alguno en su negociado; únicamente aplicarán lo legal cual leguleyos, porque el suyo es el universo del demiurgo burocrático, donde la ley ha de cumplirse aunque dicha ley sea aberrante. El rencoroso-leguleyo no sabe de moral, sólo de universos simbólicos legales, de imaginarios administrativos, no de lo humano. En una megalópolis primermundista pocos se detienen para auxiliar al caído si la ley no lo ordena; pero la ambulancia acude con urgencia, porque es su obligación legal. En este escenario la gente tiene leyes donde antes corazón. En la novela de Luis Landero *Caballeros de Fortuna* Esteban cuenta los pasos para tener algo a lo que asirse desde su negra noche del espíritu, a don Julio no se le ocurre nada significativo que llevarse a la mente, Amalia no se aclara, Luciano ama lo imposible... Pero, en lugar de buscar una terapia axiológica de gran alcance, se limitan a controlar los respectivos biorritmos y la famosa homeotermia emocional: todos te recordarán ahora que si piensas en miedo te baja la temperatura, y que si te sale la rabia entonces aumenta; que con tristeza te vuelves hipersensible, fíjate; que vigiles las alegrías de tu corazón, por favor; que ojo con la fatiga; que cuidado con las emociones ruidosas porque no dejan oír a las ajenas, etc.

Además de la señorita Pepis metida a in-moralista están los psicólogos sociales para sugerir remedios de todo tipo, a saber: que existen climas emocionales los cuales derivan de las temperaturas del biosistema; que la temperatura ideal para el florecimiento de las democracias es de 20 a 30 grados centígrados, a partir de los cuales las instituciones jurídicas resultan más difíciles; que por debajo de los 15 grados decrece la afectividad; que hay emociones ecosistémicas de primavera (rabia), de verano (alegría), de otoño (tristeza), y de invierno (miedo), resultando muy deseable en esta especie de pizza moral cuatro estaciones una quinta emoción o estación, la cual sería, ¡oh quintaesencia dorada!, la emoción-estación del contento, suma del equilibrio y de la armonía. Fuera de esto parece que nada existe moralmente; que si existiera sería incognoscible; que si existiera y fuera cognoscible resultaría incomunicable. “No cierre los ojos al cuidado; astucia y disimulación es en el león el dormir con los ojos abiertos, pero no intención de engañar sino de disimular la enajenación de sus sentidos; y, si se engañare quien le armaba asechanzas pensando hallarle dormido y creyere que está despierto, suyo será el engaño, no del león”<sup>23</sup>.

Entre desvarío y desvarío, para no variar, los juristas rencorosos postulan como remedio contra los infiernos de este mundo arrasar a su vez a sangre y fuego a quienes por su parte demonizan arrasando a sangre y fuego, *Blut und Eisen* contra *Blut und Eisen*, en definitiva ley del Talión, *Blutverwandschaft* o parentesco criminal del derramamiento de sangre. Walter Benjamin, a la vista de lo sucedido en Auschwitz, exige escribir la historia desde el punto de vista de los vencidos, ahora bien, el de los vencidos en tanto que simplemente vencidos es un punto de vista vencido, no basta para evitar nuevas derrotas. Sólo existe un punto de vista

23 Saavedra Fajardo: *Relox de principes*, Empresa XLV. ADL Editorial, Murcia, 1982.

moralmente fértil, aquel con mayor capacidad de perdonar, aquel más próximo a quebrar la deuda, a abrir futuro liberándolo de la obsesión del pasado. Únicamente puede resultar interesante desde perspectiva axiológica aquel punto de vista con mayor carga de humanidad, y por ende más distante de la venganza. Sólo el recuerdo que tiene presente lo sucedido como perdonado resulta ser un recuerdo digno de rememoración.

Otros apelan tramposamente a la política para continuar la guerra real. ¡Oh, santa democracia, cuánto estrago e injusticia deparas, cuánto parloteas sobre derechos humanos mientras ves aumentar el número de los inhumanamente tratados! ¡oh, democracia al uso y consumo, “caballo es que se rinde al halago y, pasándole suavemente la mano, se deja domar, admite el bocado, y sufre después el peso, la vara y el hierro”<sup>24</sup>, donde el propio pueblo que la padece cree que la goza! Verdad es que en el formalismo democrático también puede florecer en libertad la cultura de la queja, e incluso articularse en colectivos de “agobiados y cabreados”, pero eso no sirve aún para hacer justicia a los de caballo perdedor<sup>25</sup>.

#### 4. ¿ALMA BELLA O CORAZÓN DURO?

Cierto aciago día un alma bella es molida a golpes en la calle por un corazón duro. Al día siguiente y al otro y al otro más de lo mismo. El alma bella, mirando desde abajo, pregunta cada día al nuevo golpeador: “¿Quién eres tú, por qué me golpeas?”. Y el corazón duro, siempre mirando desde arriba, responde impertérrito: “Te golpeo porque es lo que la vida me ha enseñado” (obviamente, el malo condensa muchos malos y muchos males).

Al poco tiempo el alma bella se entera de que el cruel golpeador ha padecido a su vez la violencia de otro más duro aún, y decide visitarle: “Nunca supe por qué me golpeaste, pero lo he olvidado; te perdono, quiero ser tu amigo si me dejas”. A tan sublime gesto responde el corazón duro: “No deseo ser amigo tuyo ni de nadie; además eres embustero, pues me dices que has olvidado lo que vienes a recordarme y que quieres perdonarme. Yo rechazo tu perdón, no entiendo el lenguaje del perdón, porque cualquiera que me perdone me humillará al sentirse superior a mí. No vuelvas”.

Tales palabras son la gota que colma el vaso del alma bella, que musita mientras se viene abajo: “Ya no puedo más. El mundo es más capaz de dañarme que yo de transformarlo. Aunque no pienso golpear a nadie, de ahora en adelante tampoco permitiré que el mundo me dañe a mí: me recluiré en mi coraza y no bajaré la guardia pase lo que pase. Al encerrarme en mi torre de marfil no me llegará el amor ajeno, pero tampoco el daño”. Mas esta es la forma en que, a su vez, el alma bella se convierte... ¡en corazón duro! ¡Qué experiencia tan común, cuánta gente padece

<sup>24</sup> Diego de Saavedra: *Op. cit.* Empresa XLII.

<sup>25</sup> Cfr. Lipovetski, G: *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1944.

la metamorfosis de alma bella en corazón duro! O nos encerramos en nuestro corazón porque no podemos con el dolor del mundo, o devolvemos al mundo el dolor que éste nos ha inflingido a nosotros.

#### 4.1. EL JUSTO, ALMA BELLA

La regla de oro del alma bella reza lo siguiente: ponte en los zapatos del otro, si deseas ser justo. El injusto en sí mismo casi todo lo excusa, pero en los demás apenas nada; quiere vender caro y comprar barato. ¡Qué diferente es el corazón del justo! El corazón del justo ya no es suyo, pues se coloca en el lugar de toda la humanidad. La recompensa está en la virtud misma. Mozart tiene que pagar su pan igual que todo el mundo, y san Francisco de Asís ante un tribunal justo no tendría más derechos que cualquier otro. Quien mejor merece ser llamado bueno es el justo que irradia su bondad; por el contrario, la peor manera de ser malo consiste en dejar que la propia maldad extienda sus efectos no sólo sobre uno mismo, sino también sobre los demás.

En la justicia lo que primeramente importa es la acción exterior, mientras que en la fortaleza o en la templanza la disposición interna del sujeto. No por tener conocimiento de la acción que haya realizado un hombre puedo saber si ha sido valiente o cobarde, moderado o inmoderado. Difícilmente podría precisar un extraño la cantidad de vino que sea yo capaz de ingerir sin faltar a la templanza. Pero establecer objetivamente cuánto debo al fondista está al alcance de cualquiera. Vendes una casa. ¿Debes decirle que el vecino se embriaga y provoca desórdenes después de la media noche? ¿Que las paredes de la casa son húmedas en invierno? ¿Que las termitas han corroído la madera? La ley puede prescribirlo o ignorarlo, pero la justicia lo exige siempre. Se dirá que con esas exigencias sería difícil, o poco ventajoso, vender casas. Tal vez. ¿Dónde se ha visto que la justicia sea fácil o ventajosa? ¿Debemos entonces renunciar a nuestros intereses? No. Pero hay que someterse a la justicia, y no a la inversa. ¿Y si no lo haces? Entonces, conténtate con ser rico y no intentes además parecer justo. Esto puede ser considerado por muchos como una virtud heroica. En el caso de los impuestos, votar por un partido cuya firme intención es aumentarlos puede constituir un acto generoso cuando uno forma parte de la clase media, acto que será considerado extravagante por dicha clase.

¿Es que el mal tiene la última palabra sobre el bien? Si respondemos que el bien es más fuerte que el mal, nuestra acción militante contra él estará justificada; de lo contrario ¿para qué luchar por frenarlo? No cabe desde mi punto de vista, que no es animalista, ninguna analogía entre los demás reinos físicos y el reino humano. Si en aquéllos una manzana podrida termina pudriendo a las sanas, en el anímico un ingenuo puede sanar a un tramposo; seremos polvo, sí, mas polvo enamorado: basta un alma bella para que por ella entre la salvación en el mundo: no estamos destinados al caos, sino a la vida feliz. Por la respuesta que damos a esta



cuestión se conoce no sólo el grado de optimismo o pesimismo, sino también y sobre todo la fuerza de convicción, el temple de carácter, la verdadera identidad.

El bien puede vencer sobre el mal a pesar de la astucia de lo maligno, pero el bien hay que promoverle porque no cae de un cocotero y es preciso madrugar para acompañar al ángel que pasa. El bien viene hacia nosotros y se nos ofrece para beneficiarnos, pero es menester emprender la marcha con él, tomar el relevo, aferrar la antorcha, participar de la única forma posible: militando. Quien se sienta a la puerta de la historia sólo verá pasar su propio féretro portado por quienes madrugaron más. Con el dicho peruano, “si me cuentan, me olvido; si veo, me acuerdo; si hago, sé”<sup>26</sup>. Pero necesitamos un grupo si queremos aguantar el mal, elaborar su duelo, ser consolados, y volver a la arena. Nosotros solos no podemos.

#### 4.2. EL DOLOR DEL JUSTO

Si me duele busco remedio. A mayor dolor, más reacción frente a él. Hay muchas clases de dolores, más nobles y menos: por rabia, por odio, por desfondamiento, por depresión, por cansancio, por compasión y solidaridad, etc<sup>27</sup>. Todo dolor requiere un tratamiento específico, farmacopeas proporcionadas para no andar matando moscas a cañonazos, o para que no duela en un sitio y se ponga el bálsamo en otro. Hasta para convivir con el dolor hay que saber ser humilde y temperar adecuadamente el remedio.

Finalmente alguien queda convertido por el dolor en el hipocondríaco caballero de la triste figura: “Me duele mi yo”. Pero existe un tiempo para reír y un

26 En cierto sentido soy lo que quiero, quiero los quereres que me hacen ser, quiero ser lo que soy. Pero también soy lo que no quiero, por eso me cuesta querer lo que soy. Mi querer me arrastra incluso a lo irremediable, pero luego puedo asumirlo como la parte ciega de mi querer: así abro los ojos sobre lo que soy, y puedo purificar lo que, si bien no me gusta, puede llegar a gustarme de mí mismo, ese ser que quiero llegar a ser. La reflexión sobre lo que hemos hecho puede ayudarnos a ser mejores, siempre que reconozcamos que somos responsables de lo que hemos (des)hecho.

27 Me escribe un amigo: “Hola Carlos, soy X. Necesito unas palabras de ánimo. Llevo una temporada de pequeñas subidas, pero con caídas en picado que me dejan roto en todos los sentidos. La práctica diaria, lo cotidiano, se me hace enormemente pesado. Parece como si los mejores momentos del día son cuando duermo... y sueño. Tengo como una especie de miedo absurdo metido en el cuerpo que me hace encerrarme en mí mismo, que no sé de dónde viene exactamente ni a dónde va, y no sé qué hacer para renacer, para volver a nacer al Amor que todo lo sacia. Estoy un poco perdido. Y todas las creencias, principios y convicciones parecen inútiles ante la miseria de mí ser. Busco, busco y sigo buscando. Leo y llegan momentos en que el leer carece de sentido, pues parece como si lo que lees fuera repetición de lo que antes habías leído, o como si lo que lees es confirmación de lo que ya sabes. Pienso que la raíz de todo es la escisión entre teoría y práctica, como tantas veces en la vida. Pero, aun teniendo esto en la cabeza, y habiéndome levantado un nuevo día con renovadas ganas de luchar, llego a casa quemado de todo: de las clases, de la gente, pero sobre todo de mí mismo, que me consumo en el victimismo y en el regodeo de mi inutilidad, sin saber cómo salir de este círculo imposible. Igual esto es justamente de lo que hablas tanto: del nihilismo posmoderno que se me ha pegado al espíritu. Pero intento poner toda mi voluntad para salir de esto, para salir de mí, para negarme, tomar mi cruz y seguir a Cristo. Y todo son *peros*, en la foto como muy bien dices queda muy bien, me embarga la angustia y llego al grito en silencio. El mundo me duele hasta el lloriqueo desconsolado de un niño pequeño que quiere que su madre llegue pero no puede ir hacia ella. No sé, igual es que necesito desahogarme, pero ya lo he hecho un poco... Además sé que tú quizás puedas comprenderme. Un fuerte abrazo”.

tiempo para llorar. En cada cual llora el pecado y ríe la gracia, por eso quien no tiene sentimiento del pecado sólo ve gracia barata. Hay un llanto cuyas lágrimas no dejan ver el sol, pero hay un llanto que, silencioso o no, madruga más, examina su conciencia con dolor de corazón, confiesa sus faltas con propósito de enmienda, y cumple la penitencia y se arrepiente. Cuanto exceda de esos límites es dolor obsceno, farsa, espectáculo, lágrimas de cocodrilo, bondad a distancia, exhibicionismo insípido. Pero hay también quien se siente adolorado por los dolores ajenos: “Cuando nos hagamos responsables del dolor del otro, nuestro compromiso nos dará un sentido que nos colocará por encima de la fatalidad de la historia. Pero antes hemos de aceptar que hemos fracasado”<sup>28</sup>. A veces duele el no-dolor ajeno, y entonces adviene el resentimiento. Pero otras, no por resentimiento sino por santidad, cabe preguntarse si no habrá que amargar la fiesta a muchos que cimientan su alegría sobre el dolor ajeno por ellos causado, a fin de que puedan reír todos. ¡Al menos que lloren por turnos, pedía Péguy! ¿Qué pasaría en este mundo si nadie quisiera ya descender a los infiernos? La persona com-pasiva ha renunciado a la ética en tercera persona para asumirla en primera persona, haciendo de su dolor presencia sanadora, hemorragia taponadora. La ética en primera persona dice: respuesta que responde por delegación no responde, es una metáfora de la moral

¿Con quién lloramos, desde dónde lloramos, para qué lloramos, contra qué (no contra quién) lloramos? Con quien: con los doloridos cuyo dolor yo siento en primera persona. Desde dónde: desde la cercanía con el dolorido. Para qué: para amar al dolorido como a mí. La forma de quejarse ante Dios da la talla del ser humano que se es. Dime cómo te quejas ante Dios, y te diré qué puedo saber de ti.

## 5. EL JUSTO POSCONVENCIONAL

Si el injusto *preconvencional* juzga según el propio egoísmo (es bueno cuanto me favorece, caiga quien caiga), el injusto *convencional* tampoco piensa en las demás comunidades como en la propia (es bueno lo bueno para mi y para mi comunidad, nación, etc); para defender la patria y el patrimonio ataca todo lo otro, por lo que el patriotismo al uso es el último recurso del pillo (o el primero), el combustible dispuesto a arder para iluminar el ego de cualquier camarilla de ambiciosos: uno cree que muere por la patria, y muere por ciertos industriales.

El justo *posconvencional*, por el contrario, distingue entre las normas de su comunidad concreta y los principios que tienen en cuenta a toda la humanidad. Una conducta es sostenible cuando cumple dos condiciones: que pueda ser ejercida por todos y cada uno en cualquier lugar, y durante todo el tiempo sin peligro para la pervivencia. Si afirmo que mi libertad es absoluta pero menosprecio la tuya, no universalizo. Si considero al dinero como superior a la honestidad, no universalizo. Si tomo a la publicidad como un fin en sí mismo a costa de la veracidad

28 Sabato, E: *Antes del fin*. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1999, p. 180.

del producto, no universalizo. Si me lucro con los productos de mi fábrica, aunque deteriore la naturaleza, no universalizo. Si mi empresa da trabajo pero contamina, no universalizo. En todos esos casos un valor destruye al otro y atenta contra otras personas, por lo que no valen: sólo cuando mis valores no lesionan los de las demás personas pueden aceptarse de entrada. Principio de universalización del valor posconvencional: si no valen para todos, no valen para ninguno; si valen para el 99% pero no para el 100% no es todavía un principio de universalidad, sino de generalidad. Si existe algún imperativo categórico y universal es éste: no dejes que los demás hagan por ti lo que pudiste tú hacer por ellos. Aunque al intentarlo me vaya mal a mí, sin exponer a riesgos destructivos a la propia persona, al menos que no le vaya mal a los valores universales. Quien piense que la universalización de lo valioso no trae conflicto se equivoca; lo malo sería que generasen conflicto y además no fuesen valores. Los valores no descansan en un jardincito epicúreo: hay que respetarlos allí donde ya estén incorporados, defenderlos cuando se vean en dificultades, tratar de encarnarlos si no se encuentran incardinados, y dejarse corregir dando las gracias, pues la mayor torpeza sería no querer ver el propio error y arremeter contra quien nos corrige. No es moral hablar bien y hacer mal, ser bueno es una cosa y otra presumir de serlo; se usan más palabras de las necesarias para decir más cosas de las que se saben o mejores de las que se hacen. Estaba el filósofo Diógenes cenando lentejas cuando el filósofo Aristipo, que vivía confortablemente a base de adular al rey, le dijo: “Si aprendieras a ser sumiso al rey, no tendrías que comer esa basura de lentejas”. A lo que replicó Diógenes: “Si hubieras tú aprendido a comer lentejas, no tendrías que adular al rey”.

Lo que ocurre es que, aunque no en la misma medida, todos somos un poco amables, un poco legalistas y un poco tramposos: manifiestamente mejorables, por tanto.



## II. FELICIDAD CON CARÁCTER

### 1. FELICIDAD CON DERECHOS Y DEBERES

La fuente de los derechos es el deber. Si todos cumplimos con nuestros deberes será fácil que se respeten nuestros derechos. Todo derecho que no lleva consigo un deber no merece ser defendido, afirmaba Gandhi. Cuando se reclaman los derechos humanos como realidad ya conquistada para siempre, hay que tener mucho cuidado: si son conquistas es porque hay conquistadores generosos que las regalan, pero ¡ojo con dormirse! La humanidad no gana nada que no continúe defendiendo y perfeccionando; aunque los excelentes concedan la excelencia a los parásitos, éstos no merecen esa ganancia: cuanto más reclaman derechos humanos, tanto más los inhumanizan. Pero los excelentes son excelentes precisamente porque son más fuertes y valiosos que los parásitos. Los excelentes no se contentan con guardar para sí su excelencia. Generosos, su camino es más rico: primero, regalan los derechos a quienes no los merecen; después, les enseñan a amar esos derechos, a apreciarlos; finalmente, a ganarlos y a defenderlos para otros. Es la tarea y el gozo de los mejores educadores, padres y maestros: ¿hay quien dé más?

No más derechos sin deberes, ni más deberes sin derechos. Los derechos humanos son también un deber de los humanos. Como humano, tengo el deber de trabajar por los derechos humanos para luego disfrutarlos; como inhumano, sólo me quedaría el placer de disfrutarlos sin haberlos defendido. Debemos elegir, pues, entre vivir como humanos humanizando, o disfrutar como inhumanos parasitando. No siendo suficiente con el discurso de los derechos; es preciso impulsar el discurso complementario de los deberes, porque los unos no son posibles sin los otros. No hay derechos humanos sin deberes humanos. Ciertos apologetas de los derechos humanos suelen tender a fosilizarlos, tratándolos a modo de herencia ya ganada para siempre, olvidando que los verdaderos derechos humanos surgen de los creadores de humanidad y que sólo por ellos se mantienen. No sólo queremos enseñar a ser felices y egoístas porque tengamos muchos derechos, sino a ser dignos asumiendo muchos deberes por generosa donación libre para otros, arriesgando incluso por quien no lo merece, dignificando al indigno.

## 2. FELICIDAD, CORAJE

Aunque el ser feliz se conjuga en pretérito por medio del recuerdo y en futuro por medio de la esperanza, pareciendo a veces que falta en el tiempo presente, todo lo que es verdadero es presente<sup>29</sup>; con frecuencia, además, se es feliz cuando uno no se da cuenta de ello, pues –como ocurre con la salud– sólo se comprende y echa de menos cuando se ha perdido. Para el *homo viator* la felicidad no es un descanso, sino más bien una tregua; no un mero punto de partida, sino también uno de llegada; no sólo una realización, sino también un proyecto; no algo que se acumula, sino algo que se gana y se pierde, y que encuentra má quien va por la vida más ligero de equipaje.

La mayor parte de los fracasos de esterilidad viene por querer anticipar la hora de los éxitos del ir y venir, del aparecer y del desaparecer, del mutar y volver a mutar, moviendo todo para que nada se renueve: “–¿Cuándo afilaste tu hacha por última vez? –¿Afilas? No he tenido tiempo, he estado demasiado ocupado talando árboles”. Yan-kieu dijo a Confucio: tu doctrina me complace, maestro, pero no me siento con fuerzas para practicarla. El maestro le contestó: los débiles emprenden el camino, pero se detienen a la mitad; tú, ni siquiera tienes voluntad para iniciar el camino; no es que no puedas, sino que no quieres. En la Parábola de Buda sobre la casa en llamas, Bertold Brecht trazó con gran maestría la imagen de lo que ha terminado siendo el final del siglo XX en Occidente: “No hace mucho vi una casa que ardía. Su techo era ya pasto de las llamas. Al acercarme advertí que aún había gente en su interior. Fui a la puerta y les grité que el techo estaba ardiendo, incitándoles a que salieran rápidamente. Pero aquella gente no parecía tener prisa. Uno me preguntó, mientras el fuego le chamuscaba las cejas, qué tiempo hacía fuera, si llovía, si no hacía viento, si existía otra casa y cosas parecidas. Sin responder volví a salir. Esta gente –pensé– tiene que arder antes de que acabe con sus preguntas”. Una voluntad que quiere ejercer su asertividad, lo contrario de deserción. La persona pusilánime, inhibida, hipersensible, no puede afirmarse en el mundo, algo pavoroso está a su acecho que puede caer encima de ella en cualquier momento, es hipocondríaca por vivir más atenta a sus propias dolencias reales o supuestas que a sus interlocutores. El 99% de nuestras angustias son imaginarias, pero nadie lo cree así. La escala de Moss, que indica la dureza de los minerales, va desde el talco hasta el diamante. El talco es rayado por todos y el diamante raya a todos sin ser rayado por ninguno. Hay personas talco.

Ser asertivo o no serlo, esa es la cuestión. Si no eres asertivo te vienes abajo, vuelves contra ti los conflictos, sufres por sufrir, te refugias en la derrota, te dan ganas de largarte y caes en el conformismo. Es necesario reconocer que solos no podemos y que tenemos que pedir ayuda en diversos grados. Siempre se puede, al

29 “Hay tres tiempos: un presente de las cosas pasadas, un presente de las cosas presentes, y un presente de las cosas futuras. Estas tres cosas existen de algún modo en el alma, pero no veo que existan fuera de ella. El presente de las cosas idas es la memoria. El de las cosas presentes es la percepción o la visión. Y el presente de las cosas futuras la espera” (San Agustín: *Confesiones*).

menos intentarlo: un problema es una oportunidad. Por miedo a la acción mucha gente se neurotiza y no hace nada. Por otra parte, quien nos quiera, nos ayudará a saber, a querer y a poder.

Puedes cuando tienes voluntad y reconoces tus errores; cuando no pierdes la alegría y anticipas la victoria; cuando te dejas querer por quien te quiere más. Para la hormiga el rocío es una inundación, ciertamente, pero no hay tampoco que echar en saco roto aquella afirmación de Montaigne: “La dificultad da valor a las cosas”. Si héroe no es sólo aquel a quien podemos elogiar en lo grande, sino también admirar en lo pequeño, entonces normalidad y heroísmo distan de ser incompatibles, según lo narra Julio Cortázar en la portentosa odisea del valiente que abandona una tarde su butaca, desciende la escalera, desafía el tráfico callejero, viaja hasta la esquina, adquiere el periódico y, de nuevo, navegando contra viento y marea, vuelve triunfalmente a su gran sillón. Lo que no puede faltar es el coraje. Coraje para vivir; generosidad para convivir; prudencia para sobrevivir; amor para desvivir: el coraje lo es siempre para las concreciones. Quienes hablan sin referirse a la realidad tienen un cadáver pudriéndoseles en la boca. El mundo es una montaña de inmundicia y hay que agarrarla con las manos; lo importante es no ensuciarse el corazón. Es al buscar lo imposible cuando el hombre ha realizado siempre y reconocido lo posible, y quienes viven prudentemente limitados a lo que creen jamás avanzaron un paso. “¡Qué afortunado soy, exclamó el maestro. Cualquier falta que cometo es conocida inmediatamente por los hombres!”.

### 3. EL QUERER DEL PODER SER FELIZ

Poco a poco hila la vieja el copo. Sin que nos demos cuenta, también con estos hilos va tejiéndose y destejiéndose el manto inconsútil de nuestra existencia, nuestro carácter axiológico, que no es el carácter psicológico que le sirve de soporte (más o menos avinagrado, risueño, etc), sino la forma de estar en el mundo viviendo los valores y desarrollándonos como personas. Existen dos formulaciones clásicas para expresar el modo en que se forja ese carácter axiológico. El imperativo pindárico de la voluntad, así llamado por haber sido formulado por Píndaro, dice: “Llega a ser *lo* que eres”. Se trata de una invitación al desarrollo humano, pero también los animales llegan a ser *lo que* son. Más humanizante es el imperativo fichteano de la voluntad, debido al filósofo Fichte: “Llega a ser *quien* eres”, el yo que debes ser, el tú diferenciado personal e irrepetible que llevas dentro y que merece ser plenificado y perfeccionado. Uno se hace más humano si asume el deber de llegar a ser el que podría ser, pues toda persona ha de llegar a ser mejor.

Los humanos no lo podemos todo, y por eso nuestro poder se tiñe –al menos parcialmente– de impotencia. Es la propia tarea que acometes, y la importancia que le concedes, lo que puede cubrir de gloria tus minutos, de lo contrario expuestos al fracaso. Pero hasta la misma impotencia de hoy puede convertirse en el poder de mañana, consistiendo toda la vida en la forja del carácter. La excelencia

moral es resultado del hábito; nos volvemos justos realizando actos de justicia; templados, realizando actos de templanza; valientes, realizando actos de valentía, decía Aristóteles. Disciplina, perseverancia, orden, paciencia, humildad, todo eso son virtudes que ayudan a acrecentar el poder. Se gana y se pierde en la forja del carácter, por eso quien para lo bueno no hace en su momento un poder siembra en el surco del mal que destruye la potencia (“¡cómo subo, cómo subo, de pregonero a verdugo!”). Sólo quien trabaja bien puede crecer y hacer crecer. Al final, el mundo es un espejo, y a cada cual le devuelve la imagen de su propio rostro: frunce el ceño ante él, y te lanzará una mirada agria; trabaja por él, y él te ayudará a ti mismo. Nada más elástico y necesitado de habitud que el músculo que mueve el poder: hay que hacer un poder.

El primer golpe de viento derriba mi casa, dejándome tan indefenso como al cerdito perezoso ante el lobo Dante lee a la entrada del infierno: “Abandone toda esperanza quien aquí entre”, pues la vida se convierte en infierno para el des-esperado. Sin embargo, la muerte tiene tan segura su victoria, que nos deja toda la vida de ventaja; ella sólo teme la derrota procedente de otra vida más alta y capaz de borrar la muerte. Paciencia y calma no se oponen a expectación ni a expectativa. El que espera está preparado para todo; no ve las cosas de color de rosa, ni se las promete demasiado felices, ni hace castillos en el aire, pero tampoco carece de ilusión, de optimismo, de algún grado de confianza. La esperanza no es un cebo que nos pone el futuro para burlarse una vez más, ni una buena comida pero una mala cena, ni una lástima para quien vive de *utopideces*, pero el modesto *estar* abre el camino al permanente *ser*, en el que se convierte con el curso del tiempo, el ser es un estar bañado en la permanencia cómplice del tiempo: quien está ahí termina siendo. El esperar se malograría sin la paciencia del “mientras tanto”. Así pues, mientras tanto, haz todo el bien que puedas, por todos los medios que puedas, de todas las maneras que puedas, en todos los sitios que puedas, a todas las horas que puedas, a toda la gente que puedas, durante todo el tiempo que puedas.

Sólo puedo hacer realmente lo que quiero cuando dejo de querer hacer lo que no debo; la libertad no consiste en hacer lo que nos da la gana, sino en hacer lo que tenemos que hacer porque nos da la gana. Que no puedas hacer todo lo que quieres no es razón para que no quieras hacer todo lo que puedes; si todavía puedes ser mejor de lo que eres, es evidente que aún no eres tan bueno como debes: haz lo que puedas, pide lo que no puedas, pide para que puedas. Aun reconociendo la fuerza del pasado, éste debe ser un trampolín, no una hamaca. La humanidad cambia muy despacio; cuando hayas envejecido a pie de ruta, entonces sí habrás llegado, porque la meta está al final del viaje. He aquí la prueba para verificar si tu misión en la tierra ha concluido: si estás vivo, aún no ha concluido. Lo esencial del testimonio es la atestación: una responsabilidad que cedo a otro ya no es responsabilidad. No pocos, antes de comenzar, ya se están preguntando con retórica: ¿cuánto debería hacer en el supuesto de que yo quisiera arrimar mi hombro? Ponen así la venda antes de la herida, y pasan a justificar acto seguido con dilatadas retóricas la inacción que tanto estaban deseando.



El utilitarismo, tan inútil, ignora que el sembrador prefiere no echar cuentas, que no especula demasiado porque a cada día le basta su afán. Siembras históricas no se hubieran llevado a efecto de haberse evaluado de forma pormenorizada a priori sus costos o dificultades. Basta con haber intentado hacer lo que había que hacer, lo cual no siempre coincide con lo que se hubiera deseado; si quieres evitar el fracaso procura asimismo evitar la contabilidad del triunfo. La grandeza de un ideal se mide por la capacidad de luchar por él, alcanzarlo es solamente una recompensa, así que obra de tal modo que no tengas que arrepentirte de haber testificado demasiado poco. El sufrimiento sella la posición de quien dice valientemente las verdades del barquero: “Lautaro era una flecha delgada Se hizo velocidad, luz repentina Se hizo cristal de transparencia dura. Estudió para viento huracanado. Sólo entonces fue digno de su pueblo” (Pablo Neruda). Pocas cosas se obtienen por azar, pocos deseos se realizan por sí solos, hay que buscarlas con afán y alimentarlas con diligencia; la persona valiosa se levanta después de una experiencia dolorosa, y no se consume en la inacción de la frustración. La prueba de la verdad es la acción.

Como no se puede sembrar y cosechar a la vez, lo importante ahora está en abrir el surco, surco a surco, abriendo caminos al futuro (siembra derecha con surcos torcidos, desde luego). En el caso límite, los sembradores seguros del no futuro, ¿qué podrían hacer sino seguir sembrando? Al ir, irán llorando sembrando la semilla, al volver, volverán cantando. Menepace relata el diálogo entre un joven ingeniero agrónomo que ha comprado unas hectáreas de tierra, y un criollo que vive al lado de su rancho: “-¿Ha visto, don Laureano, mi campito? Yo le quería preguntar qué opina sobre la posibilidad de que este terreno me dé el algodón. -¿Algodón dijo, patroncito? No, mire, no creo que este campito le pueda dar algodón. Fíjese, no, los años que hace que yo vivo aquí, y nunca vi que este campo diera algodón. -¿Y maíz? ¿Usted cree que me puede dar maíz? -¿Maíz dijo, patroncito? No, mire, no creo que este campito le pueda dar maíz. Por lo que yo sé este campito lo que le puede dar es algo de pasto, un poco de leña, sombra pa las vacas, y con suerte alguna frutita de monte. Pero maíz no creo que le dé. -¿Y soja, don Laureano? -¿Soja dijo, patroncito? Mire, yo nunca vi soja por estos lados. No creo que este campito le pueda dar soja. Ya le digo: lo que le puede dar es algo de pasto, un poco de leña, sombra pa las vacas y quizás con suerte alguna frutita de monte. -Bueno, don Laureano, yo le agradezco todo lo que usted me ha dicho. Pero lo mismo me gustaría hacer una prueba: voy a sembrar algodón en el campito, y vamos a ver lo que resulta. -Bueno patroncito, bueno. Si usted siembra, si usted siembra... es otra cosa”.

#### 4. UNA FELICIDAD A LA ALTURA DEL DEBER

El mero antojo no es formativo; una cosa es desear apasionadamente teniendo a la voluntad dominadora como centro, y otra muy diferente desear muchas cosas,

siguiendo la pulsión consumista donde la autonomía moral del sujeto se desvanece, terminando por hacer a la voluntad misma esclava de los deseos, como los niños malcriados. Las anorexias motivacionales estallan en el campo minado del relativismo moral, y últimamente vivimos tiempos de deseo casi prepersonal, sin voluntad, sin autocontrol, sin Deseo mayúsculo, teniendo al mero “me apetece/no me apetece” como único criterio. La universalización de tal arbitrariedad conduciría a admitir que aquel que más puede satisfacer su caprichosa apetencia sería el más valioso, de ahí que el desear sin el deber no valga, sino sólo un querer a la altura del deber. En caso de que desee pero no deba, mi deber será frenar el desear y aceptar el amargo deber; sólo cuando mi deseo y mi deber coinciden puedo permitirme el gozo en toda su magnitud, sin sombra alguna de enfermizos remordimientos.

#### 4.1. EL CAMINO DEL “NO PUEDO” SER FELIZ

Mas, si asumo un deber, he de intentar al menos saber hasta qué punto me considero capaz de ejercerlo, es decir, cuáles son los límites de mi poder, pues ¿qué sacaría yo en claro si sé, quiero y debo, pero me resulta imposible realizar ciertos deberes? Yo puedo hacer algo, pero no puedo hacerlo todo, a lo imposible nadie está obligado. Puede ocurrir que mi voluntad quiera y pueda; quiera y no pueda; no quiera aunque pudiera; ni quiera ni pueda; ¡y hasta cabe que una parte de mí mismo se oponga a otra parte de mí mismo en su complejo querer-poder! El poder que no puede es la impotencia: ¿qué hacemos con nuestra impotencia? La impotencia es el querer que no puede. El impotente se siente incapaz, ineficaz, infructuoso, inútil, infecundo, estéril, inválido, irrealizado... Aunque podemos mucho más de lo que creemos (el “ya no puedo más” a veces se autodesmiente), sin embargo nuestro poder tiene límites, umbrales; en este mundo nadie puede todo lo que quiere, de ahí el “veo lo que es mejor y lo apruebo, pero hago lo peor”; incluso, no sólo no hacemos lo que podríamos, sino que llevamos a cabo lo que no nos gusta; sabemos lo que podríamos, pero actuamos en sentido contrario. En el camino del no puedo, algunas de nuestras frustraciones más comunes son: no sé lo que puedo hacer, o lo que quiero hacer, o lo que debo hacer, estoy confuso y por tanto no puedo hacerlo; sé lo que quiero hacer pero no me atrevo; sé lo que quiero hacer y me atrevería pero no me merece la pena intentarlo; soy sinceramente incapaz de dominarme para hacer lo que quiero; quiero y puedo, pero no tengo quién me acompañe.

#### 4.2. DA MÁS FUERZA SENTIRSE AMADO QUE CREERSE FUERTE

El poder brota no sólo de las capacidades propias, sino de la fuerza que nos confieren quienes nos aman. Y esto, sin olvidar que el poder compartido es el único poder que puede. Mientras que el poder podría poco si se comunicase, puede más ese poder que va “de poder a poder”, esa sinergia de poderes interacti-

vos que hace la fuerza. No se trata de eludir el poder, sino de ejercerlo en justicia, y de impregnar a ésta de moralidad, en solidaria comunión con los demás.

Tú, hijo mío, sé grande en las cosas pequeñas y pequeño en las grandes, pues ser fiel en las cosas pequeñas es una empresa mayúscula. Nadie te ha dicho que seas menos de lo que eres, sino que te reconozcas como eres; sólo al aceptar lo que eres puedes comenzar a ser mejor de lo que eres, no olvides que al dártelas de perfecto vas pregonando tu primer defecto. No importa que tengas miedo, sino que lo vivas allí donde lo tengas que vivir, y no huyendo: mejor ser cojo en el camino que buen corredor fuera de él.



### III. ROSTRO DE FELICIDAD

#### 1. VIRTUOSA FELICIDAD

##### 1.1. LO INTERIOR DE LA FELICIDAD

Mas ¿cómo alcanzar la virtud, esa intimidad inesquivable, lo interior de la felicidad? Ciertamente, la soledad más auténtica se logra muchas veces en contacto con la multitud, se puede ayunar comiendo, el silencio se forja en el interior del lenguaje; pero también hay que callar para poder hablar. El silencio es bueno aunque esté vacío; las palabras, no. Algunas verdades pueden ser transmitidas mediante la palabra; otras, más profundas, nunca. A la vez que tiempo de grito desgarrador es también tiempo de silencio clamoroso, y por ende eterno tiempo de Dios, pues si su palabra es eterna no lo es menos su silencio, como lo sugiere el Premio Nóbel de la Paz Elie Wiesel: “Antes del ‘Dijo Dios’, antes de ‘En el principio’, ¿qué había? La Creación, proyectada por la palabra, estaba anclada en el silencio. Del silencio nació la palabra. Palabra divina; pero ¿qué hacía Dios antes de pronunciarla? ¿Esperaba? Sí, esperaba. Esperaba que se desgarrara el silencio y permitiera que en él se insertara la palabra. Pero como Dios es a la vez fuente y destino final del silencio y del lenguaje, no hay conflicto entre los dos; no lo hay en el plano de Dios; al contrario, hay allí armonía y paz. Porque el verbo divino es armonía y paz. Sólo él habla y calla a la vez. El conflicto estalla en el plano del hombre, para quien la palabra constituye el lenguaje humano y el silencio es un lenguaje divino, o, más bien, una forma divina del lenguaje –que no es lo mismo. Para el hombre, el conflicto, por insoluble, es trágico. Al despertarse al mundo, Adán se halla encerrado en un silencio que lo sobrepasa, lo provoca y lo libera. Para romperlo, se pone a hablar. De ahí procede esa tensión en él; y en nosotros. Tensión primera, intemporal, entre la palabra humana y el silencio del mundo. El misterio de la una equivale al del otro. Los dos son peligrosos y, por lo mismo, atrayentes: vehículos para el hombre de fe, el poeta, el visionario.

De niño, yo aspiraba al silencio; al silencio místico, que evoca lo secreto, lo remoto, lo prohibido. Mis maestros me enseñaban a purificar el lenguaje y el pen-

samiento mediante el repudio del lenguaje y del pensamiento, para apresurar la redención última. Que callen todos los hombres, pensaba yo, y el hombre estará salvado. En la Biblia, el silencio aparece a cada página, unas veces como tema, otras, como objeto o acción, como ilustración de la debilidad humana y como su trágico desenlace. Silencio en las relaciones recíprocas entre los hombres; silencio en las relaciones del hombre con Dios; silencio que envuelve la palabra de Dios. *Vayómer Qain el Hével ahiv*, y Caín dijo a Abel, su hermano... De pronto, comprendemos el sentido del asesinato del hombre por su hermano: el silencio entre ellos niega la palabra, se opone a la palabra. Y ese silencio no puede desembocar sino en la muerte, porque significa indiferencia... Pero hay veces en que el silencio es virtud. Cuando perdió a sus dos hijos, se nos dice que ‘Aarón permaneció mudo’. Aquel padre que sucumbía al dolor apretó los labios y supo contenerlo, como contuvo su cólera. Optó por el silencio porque tenía demasiado que decir. Y es que Dios ama el silencio, Dios es silencio. Después de la tempestad, tras los truenos y relámpagos, tras el ruido ensordecedor, hay el silencio; y es señal de que Dios está presente, dispuesto a hacer vibrar la historia”.

Silencio y Palabra, Dios; el hombre, también silencio y palabra; lo importante es saber responder al silencio y a la palabra de Dios, sobre todo en los momentos culminares: “A fin de cuentas, la alternativa, por ahora, es ésta: responder con la palabra humana al Silencio divino o responder con el silencio humano a la Palabra divina. Pero el objetivo que hay que alcanzar es otro: responder con el silencio al Silencio y con la palabra a la Palabra. Mas el camino es, de nuevo peligroso. ¿Y si el silencio de uno fuera la palabra del otro? ¿Cómo saberlo? ¿Se puede saber? ¿Cómo discernir el silencio colmado del silencio anémico? Callar las cosas que pueden decirse no es callar las cosas que no pueden, que no deben decirse. ¿Qué haremos para no confundir estos dos silencios? Para el poeta, el artista, el místico y el superviviente, el silencio comporta aspectos distintos, diversas zonas que no se recubren mutuamente. El silencio posee su propia armazón, sus laberintos propios; y sus propias contradicciones. Para un hombre perceptivo y sensible, el universo nunca está silencioso; pero hay un universo de silencio que únicamente los seres sensibles pueden percibir”.

Los filósofos estoicos consideraron dos tipos de felicidad: la interior del sabio autárquico (contemplación íntima de lo verdadero, lo bueno y lo bello) y la exterior, siempre amenazada desde fuera. Ser feliz significa poder percibirse a sí mismo sin temor, es decir, en no tener nada que reprocharse desde dentro. Felicidad interior, sí, pero ¿qué sería de una felicidad disociada de los sentimientos y de los valores humanos? La felicidad –contra la enseñanza estoica– no rechaza sentimientos, emociones, ni pasiones, pero las integra en la razón para que la felicidad resulte sólida, fecunda, duradera, universalizable. Ella nace de la bondad del corazón y tiene mucho que ver con la serenidad de nuestra conciencia. La manera más directa de alcanzar la felicidad consiste en hacer por la conciencia lo que hacemos; no es, digámoslo de otro modo, hacer lo que nos gusta, sino que nos guste lo que hacemos. Importa para ser feliz querer siempre lo que se hace, no hacer siempre lo que se quiere: feliz quien supo ajustar su existencia a su carácter, a su voluntad y a

su arbitrio. La felicidad pide asimismo reconocer los propios límites y amarlos para desde ahí corregirlos, si se puede. No está en anhelar muchas ni grandes cosas, sino en contentarse con lo que nos sostiene como seres humanos. Cuando se es alegremente feliz no hay que pretender ser más feliz: un libro y un amigo, un sueño breve, que no perturben deudas ni pesares.

La esencia de una vida alegre es una vida con sentido. Cuando integramos todos los valores y los vivimos en armonía, nos encontramos en condiciones de ser felices, aunque la búsqueda de esa felicidad armoniosa no carezca en ocasiones de sufrimientos que sin embargo son axiológicamente superiores al disfrute del cerdo. La felicidad es la respuesta a la existencia humana: la realización productiva de sus potencialidades. Lo opuesto a la felicidad no es el pesar o el dolor, sino la depresión que resulta de la esterilidad interior. La felicidad no es sólo un lugar a donde vamos, sino también el modo de ir; no se busca, sino que resulta o se deriva de un modo de ser y de vivir, que es el que hay que lograr; no es una estación teórica de llegada, sino un modo de viajar en la vida; no es un descanso, sino más bien una tregua; no es sólo una realización, sino también un proyecto; no es algo que se acumula, sino algo que se gana y se pierde. Cada día es una obra de arte, y no existe poema más bello que vivirlo en plenitud cada minuto, de ahí su parecido con la neblina ligera: cuando estamos dentro de ella no la vemos; de ahí también su similitud con el agua clara: el agua de la felicidad no se nos da a beber en vasos, sino en la palma de la mano. Dicho esto, hagamos caso al estoico Marco Aurelio: “No discutas más qué es un hombre bueno o feliz, sé tú uno”.

Algo impresentable es la felicidad a cualquier precio, aunque en ello ande metido medio mundo tras las huellas del poema de Byron donde Caín pregunta a Lucifer “¿eres feliz?”, y Lucifer responde “soy poderoso”, y el otro medio tras las del pragmatismo, en cuya línea argumental William James afirma que “la felicidad es la prueba de la verdad”<sup>39</sup>. Gran burrada. Si el criterio de verdad fuese el de felicidad, el criminal al que hiciera feliz el crimen vería la verdad en el crimen, algo absurdo. Aunque la sociedad no entienda que vale más honra sin barcos que barcos sin honra, hay que perder el miedo a las felicidades baratas reivindicando incluso contra ellas si fuere menester la apología de la no-felicidad, la cual dista de ser una variante del masoquismo, sino la afirmación de que no cabe felicidad humana sin dignidad ni sobre iniquidad.

El réprobo, dice Zubiri, está reprobado porque quiere ser aquello que está siendo en su reprobación; sólo hay felicidad si lo definitorio de un acto puede ser elevado a definitivo. Y por eso la felicidad constituye el bien último, la posibilidad de las posibilidades. La forma real y efectiva como el hombre se apropia la posibilidad de sí mismo, eso es justamente la felicidad. No cabe disyunción entre ser feliz y ser moral; en todo acto el hombre se apropia unas posibilidades, unas más *apropiandas* que otras, pudiendo anteponer las menos a las más *apropiandas*. Responder a través de posibilidades es lo que llamamos responsabilidad. De ahí la

39 James, W: *Las variedades de la experiencia religiosa*. Ed. Península, Barcelona, 1985, conferencia V.

diferencia entre el animal responsivo y el hombre responsable. Por esto, la figura de la felicidad excede enormemente de la cosa concreta desde la cual yo he trazado esa figura de la felicidad. Lo que acontece es que esta figura de la felicidad queda velada por dos razones: una, porque esta figura de la felicidad viene definida desde las cosas determinadas y, por tanto, uno ve con más relieve la figura de las cosas desde las que es feliz que su propia felicidad; y, en segundo lugar, porque el hombre vive en secuencia, esto es, sigue viviendo, lo cual hace que esta figura de felicidad sea siempre en principio reformable. De ahí que uno vaya remitiendo a un acto ulterior la determinación también ulterior de la felicidad. En cada uno de los actos y de las situaciones está la felicidad entera.

## 1.2. NI VIRTUDES SIN VIRTUD, NI FELICIDADES SIN FELICIDAD

Las virtudes ¿cómo se articulan entre sí hacia una vida en plenitud? En el pórtico de las virtudes, dando la cara, está la justicia, condición de posibilidad y puerta de entrada de las demás. No puedo ser feliz sin ser justo: entonces no sería digno de la felicidad. ¿Quiero ser justo? No tengo más que ponerme a ello; de nada dependo para ello sino de la fuerza de mi querer, llegue con él hasta donde llegue.

Ahora bien, no siendo en todo momento y totalmente justos, siempre necesitamos alguien que quiera perdonarnos, ya que quien desee la injusticia no podrá recibir la absolución; absolver a otro sin que éste lo desee carecería de eficacia. La justicia, pues, viene antes y el perdón (el amor) después, la justicia es condición necesaria –pero insuficiente– para el perdón; el perdón es subsiguiente a la ofensa (a lo injusto), sin ofensa no tiene por qué haber perdón, la forma del perdón necesita de la materia de la ofensa.

Por la rehabilitación que el perdón introduce se produce la activación de la esperanza, lo cual no impide que la esperanza se mantenga a pesar del desamor: es esperanza contra toda expectativa, virtud ilógica. Último recurso, se sitúa fuera del tiempo real, sigue siendo esperanza mañana y pasado, aunque se trate de un pasado mañana que dejó atrás a otro ya pasado, que hoy no alcanzo a ver. Si la justicia y el amor perdonador son virtudes temporales, la esperanza reina más allá de la quiebra del tiempo: es virtud paradójica, pues no se basa en la ilación lógica (funciona incluso contrafácticamente, es decir, contra todo los hechos dados) y lo hace a la vez del modo más ilógico.

¿Por qué la esperanza? Porque el argumento vital último de todo ser humano consiste en esperar ser feliz. Sin esa perspectiva nuestra realidad biográfica se desvitaliza y degrada; con la esperanza se mantiene alta la expectativa existencial, que es el constitutivo formal de la alegre felicidad. ¿Esperanza, pues, de qué? Esperanza de felicidad, pues la esperanza es y sólo puede ser esperanza de felicidad.

La esperanza de felicidad produce mayor confianza (con-fianza): la persona esperanzada da crédito a la realidad, cree en ella, se aventura hacia lo venidero de forma venturosa, haciendo de su existencia una vida bien aventurada o bienaventu-



rada, feliz. La felicidad, culminación de las virtudes, deja fuera sus incompatibles: injusticia, rencor, desesperación, etc.

Pero estas virtudes poderosas no funcionarían sin la energía de las virtudes cotidianas. La persona virtuosa avanza como un asno; si creyese lo contrario, estaría corroída por el vicio de la soberbia, primera anti-virtud. ¿Cuáles son, pues, esas virtudes de asno sencillas, franciscanas? En primer lugar la fortaleza: “fortaleza” y “virtud” son dos formas distintas de decir lo mismo. Hay una fortaleza de avanzada (el espíritu emprendedor, no siempre idéntico con el espíritu empresarial) y una fortaleza que resiste.

La fortaleza se atempera con la templanza, y de nuevo decir “temperada” y “templanza” son lo mismo: un fuerte destemplado sería un violento violentador, antítesis de la fuerza que se expande en ternura. La felicidad no está en anhelar cosas, sino en contentarse con lo que se tiene.

Esa fortaleza temperada, forja y fragua de un carácter ético, necesita de la prudencia, virtud del instante, dominio del discernimiento, que nada tiene en común con la sagacidad maquiavélica.

La prudencia, virtud del tiempo, necesita la compañía de la paciencia, muy difícil para principiantes.

Y la humildad es la última palabra de la virtud. *Homo* (hombre), *humus* (ceniza, barro), *humilis* (humilde); ahora bien, ser hombre –polvo humilde a la caída de la tarde– no impide la voluntad de amar.

### 1.3. LA FELICITARIA VOCACIÓN CUMPLIDA: SER PERSONA

Hay tantas virtudes como fuerzas que te llaman a cumplir tu verdadera vocación, la de ser persona; cuanto te ayuda a crecer como tal es virtud. Y todo lo que llamamos virtud es fortalecimiento de esa vocación personal. El médico, el albañil, el profesor desarrollan su virtud siendo personas a través de sus correspondientes oficios de médico, albañil o profesor. Virtud: esencia única con nombres distintos. En Kant será la buena voluntad, fuente de toda excelencia, la unificadora de las virtudes. En Grecia, las virtudes están unidas por la armonía interior: así como para cada virtud una definición subsume en un concepto la pluralidad de casos particulares, así también se combinan las virtudes entre sí según la debida proporción; es el hombre entero el que ha de ser virtuoso, dotado de un carácter moral. El sabio no es el coleccionista de virtudes que reúne en su persona las excelencias complementarias desde fuera de sí mismo –la prudencia del zorro y la fuerza del león– sino el capaz de todas las virtudes: “Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el señor es el mismo, diversidad de operaciones, pero es el mismo el Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carisma de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro,

diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad”<sup>31</sup>.

Sí, las virtudes –tan plurales– tienen una raíz tan común, que “quien posee una y no ofende a las otras, las posee todas. Y quien ofende a una, ninguna posee y a todas ofende”<sup>32</sup>. La prudencia no es verdadera si no es justa; ni es perfecta la templanza si no es fuerte, justa y prudente; ni es íntegra la fortaleza si no es prudente, templada y justa; ni es verdadera la justicia si no es prudente, fuerte y templada. En realidad no existen las virtudes en plural, cada una a su aire y a modo de catálogo de habilidades independientes; la virtud (en singular) es el ser humano entero, de ahí que cada hábito virtuoso implica a los demás porque es el ser humano entero quien puede recibir el calificativo de virtuoso. Aunque las virtudes son personales, todas son eslabones de una misma cadena: todas son manifestaciones del amor; la única virtud que no tiene límite ni medida es el amor, nunca podremos decir que amamos demasiado, porque la medida del amor es amar sin medida. Esto no impide que, yendo juntas pero no revueltas, cada una de ellas tenga su sede propia, y por eso afirma Aristóteles que el ojo posee su virtud como el caballo la suya, siendo la virtud del ojo la de hacernos ver bien, y la del caballo ser bueno en la carrera<sup>33</sup>.

La virtud –como la felicidad por ella producida– dista de dos defectos. El primero, el *virtuosismo*, esa pretensión de ser virtuoso por serlo y para serlo, sin más. ¿Puede quererse la perfección propia (ser un “saco de virtudes”) como objeto del querer? Pretenderlo sería fariseísmo, salir del gimnasio ético presumiendo de tener un “cuerpo ético”. Quien diga que posee el bien es un fatuo presuntuoso. Quien se ejercita en virtudes para exhibirse desarrolla el “dime de qué presumes y te diré de qué careces”. Este narcisismo egocéntrico o autotélico hace de uno mismo el fin de la acción. El segundo es el vicio *extrinsecista*. Quien para ser virtuoso exige premio o recompensa exterior es moralmente reprochable; la acción virtuosa tampoco está sometida al miedo al castigo (“haré tal cosa o no la haré sólo para que no me castiguen”); ni se es virtuoso por actuar según lo mande la ley: hay leyes inmorales.

## 2. DESDE EL ROSTRO CON ARRUGAS

### 2.1. LA VIRTUD, LO COMUNITARIO DE LA FELICIDAD

Por otra parte, el ser moral no puede buscar su propia felicidad a expensas de la ajena; incluso, el sufrimiento de los demás se traduce en malestar propio. Si queremos ser felices sin ser justos, o si creemos o sentimos serlo a costa de los demás,

31 *I Cor* 12,4-11.

32 Francisco de Asís: *Saludo a las virtudes*. In *Escritos*. BAC, Madrid, 1985, p. 47.

33 *Et. Nic.*, II, 6, 1106a 20.

tampoco seremos dignos de la felicidad. Cuando uno contempla lo que ha llegado a ser la afirmación aristotélica de que “el bien es aquello a que todas las cosas tienden”, y la compara con la afirmación contenida en la Declaración de Independencia de los EEUU (1776) de que “todos los americanos tienen el derecho a la felicidad”, siente que si ellos tuvieran menos derechos a su “felicidad” el mundo podría ir mejor: ¿cómo querer la felicidad sin la búsqueda de su universalización? Pensar en universal es superar la incapacidad de aceptar la pluralidad de códigos, de lógicas diferentes, aceptar la genealogía de la diferencia, quebrar la profunda dificultad que tenemos para convivir con todos aquellos que no sabemos sino clasificar, explicar y dominar; eso sí, siempre que no se trate de aceptar lo intolerable, pues ello produce infelicidad.

No es un privilegio privado la felicidad. Felicidad es creer que la otra persona tiene aún algo que decirnos. Más feliz que los felices es quien puede hacer a la gente feliz; hacer un poco felices a los demás, vivir para ellos, es hacerse a sí mismo un poco feliz. Queremos decir que hacer mejores a los otros es la única forma de hacerlos felices; que la forma más segura de ser feliz es hacer felices a los demás. Nadie puede ser perfectamente feliz si no lo son quienes le rodean; el secreto de la gratificante felicidad está más bien en darla que en desearla: cuanto más se regala más se posee, por eso la persona más feliz del mundo es aquella que reconoce los méritos ajenos y se alegra de ellos como si fueran propios. La dicha de la vida consiste en tener siempre algún bien que hacer, alguien a quien amar, y alguna cosa que esperar. En el lecho de muerte confesaba Herbert Marcuse a su viejo amigo Jürgen Habermas: “Ahora sé en qué se fundan nuestros juicios valorativos más elementales: en la comprensión, en nuestro sentimiento por el dolor de los demás”.

El necio que alcanzó el éxito suele decir: “es mérito mío” (“suerte” es el nombre que aplica al mérito de los demás), y el sabio: “he tenido suerte, ya que pude hacer felices”. Durmamos, pues, con un oído despierto: muchas veces la alegría llega con paso furtivo. ¿Quieres tener razón a toda costa, o hacer razonablemente alegres a cuantos te rodean? No hay que echar a nadie para hacernos sitio; cuando el amor prepara su silla la está preparando para todos. Comienza a manifestarse la madurez en nosotros a partir del momento en que sentimos que nuestra preocupación por los demás es mayor que la preocupación por nosotros mismos. La felicidad es una puerta que se abre hacia adentro, y para abrirla hay que dar humildemente un paso atrás. Para tener unos labios atractivos, pronuncia palabras amables; para tener unos ojos encantadores, busca lo bueno en la gente; para tener una figura esbelta, comparte la comida con los hambrientos; recuerda que cada vez que necesites una mano amiga la encontrarás al final de tu brazo. A medida que madures descubrirás que tienes dos manos: una para ayudarte a ti mismo, otra para ayudar a los demás. Qué alegría. Ella se anida en mi prójimo y sólo pasa a través de mí. Mi alegría exige conciliar pensamientos, palabras y hechos: “El estudio de la ética no consiste en llegar a saber qué es la virtud, sino en aprender a ser virtuosos y buenos; de lo contrario, su estudio sería completamente inútil” (Aristóteles).

## 2.2. LA VIRTUD, ARROSTRADA EN EL ROSTRO AJENO

Pensar en universal, sí, pensar desde lo que acerca, sí; pensar desde el rostro concreto del otro, sobre todo con solidaridad compasiva respecto del más necesitado: “Muy alto, el rostro se me escapa, y siendo muy débil me inhibe cuando miro sus ojos desarmados. Me resiste y me requiere, no soy en primer término su espectador, sino que soy alguien que le está obligado. A merced mía, ofreciéndoseme, infinitamente frágil, desgarrado como un llanto suspendido, el rostro me llama en su ayuda, y hay algo imperioso en esta imploración: su miseria no me da lástima; al ordenarme que acuda en su ayuda, esa miseria me hace violencia. La humilde desnudez del rostro reclama como algo que le es debido mi solicitud y hasta se podría decir, si no temiera uno que este término hubiera sucumbido al ridículo, mi caridad. En efecto, mi compañía no le basta a la otra persona cuando ésta se revela por el rostro: ella exige que yo esté ‘para’ ella, y no solamente ‘con’ ella. De modo que es el rostro en su desnudez lo que hace desinteresarme de mí mismo. El bien me viene de afuera, lo ético me cae de arriba. El rostro del otro me intima al amor, o por lo menos me prohíbe la indiferencia respecto de él. El rostro me acosa, me compromete a ponerme en sociedad con él, me subordina a su debilidad, en suma, me manda amarlo”<sup>34</sup>.

Pero el rostro del otro no solamente me lleva a echar pie a tierra para auxiliar al herido en el camino de Jerusalén a Jericó que yo recorría con cierta prisa; es que además yo mismo me convierto en rehén del otro al que ayudo, en rehén por opción de libertad, eso sí, aunque parezca paradójico. Aunque muchos prefieran decirse libres ignorando al otro, sin el otro o incluso contra el otro (ignorar al otro que me necesita es lo mismo que estar contra el otro: la omisión de socorro es una forma de comisión de mal).

El que sufre tiene prioridad, porque su sufrimiento le da este derecho frente a ti. Cuando alguien que no eres tú llora, tiene derecho sobre ti. Cuidar a quien sufre es lo más urgente. El hombre no es nunca lo suficientemente débil como para no defender a su prójimo, o, cuando menos, para restañar sus heridas. Pero, claro, esto significa que he de ocuparme con mi prójimo, para que a la pregunta de Dios por nuestro hermano podamos contestar que estamos junto a él, cuidándole. Y por eso mientras unos rechazan el amor, otros lo acogen sin ignorar que el amor también es una fuerte exigencia y que en esa medida compromete. Lo demás son culebrones. El amor al otro me compromete, y ese compromiso ni siquiera surge de mi yo que se creyera donante universal, sino de la mirada del débil, del rostro del que me necesita y que manda sobre mí: “No soy yo quien se lanza primero hacia el otro en un impulso generoso; es el otro quien, entrando sin golpear a la puerta, desvía mis intenciones y rompe mi quietud. Se desdibuja hasta la afectación la cuestión moral cuando se atribuye el papel activo a aquel que ama: el prójimo me incumbe antes de que mi corazón o mi conciencia hayan podido tomar la decisión de amarlo. El

34 Finkielkraut, A: *La sabiduría del amor*. Ed. Gedisa, Barcelona, 1986, pp. 27 ss.

rostro, en él, es esa potencia prescriptiva que me despoja de mi soberanía y me obliga a una pasividad radical. Amor, si se quiere, pero amor a regañadientes; amor que nos pone a prueba; amor que es el nombre más corriente de la violencia con que el otro me desaloja, me persigue y hostiga hasta los rincones más recónditos de mí mismo. De ahí la agresividad que puedo sentir por ese personaje indiscreto, por esa ausencia omnipresente, por ese indeseable<sup>35</sup>.

Infierno real: soledad, desesperación, insolidaridad: una alambrada de púas invisibles separando la ciudad “civilizada” de la infernal incivilizada. Pero el infierno está dentro, y no sólo fuera. “Una compañera de la comunidad en la que vivo me contaba –escribe Antonio Andrés– un hecho de infancia. Desde su casa bien instalada veía el cauce del río, habitualmente seco, donde levantaban sus casas de hojalata gitanos y emigrantes. Un día, aún no tenía diez años, prometió solemnemente: ‘Cuando yo sea mayor, cambiaré mi suerte por la vuestra’. Así ha sido. Su vida, como tantas tocadas por las manos del crucificado, ha sido descubrimiento de Dios en el prójimo ‘como aquel que se introduce en nuestra vida para transformar nuestros proyectos’. Podemos pasar de largo ante el hombre tendido en el camino de Jericó, incluso escudándonos en razones religiosas. Pero siempre habrá alguien, acaso un samaritano al que se le enternecerán las entrañas de compasión, y se detendrá para hacerse cargo del extraño y convertirlo en su prójimo”. Esto seguirá ocurriendo hasta el fin de los tiempos porque la memoria del buen Dios no puede perderse (es la esperanza en el Dios que espera en el hombre la que me mueve a afirmarlo). Y Dios volverá a nacer incesantemente en el exilio, cuando tantos habían certificado su defunción. Murió, pero regresó de los infiernos para transformar incluso este infierno en sacramento de la vida eterna<sup>36</sup>. El roce de sus pies purifica toda tierra<sup>37</sup>.

### 2.3. LA RESPONSABILIDAD POR EL ROSTRO AJENO

No la actividad dominadora sino la pasividad gratuita, no el mérito que conquista sino la gracia que convoca, no el atesoramiento sino la entrega: he ahí lo que des-barbariza el mundo. Esa “pasividad” no es la inacción, sino el apasionamiento com-pasivo de la mística activa, donde el comparecer deviene com-padecer, un

<sup>35</sup> *Ibi*, p. 107.

<sup>36</sup> Todo depende de qué se entienda por testimonio. Testimonio en griego se dice *martiryon*. Pero sobre esto hay también grandes ilusiones. Se piensa que el mártir es el que ha dado su vida por una verdad, en este caso por una verdad religiosa. Sí, esto es evidente. Pero no es ése el sentido radical del martirio, ni mucho menos. Recordemos al protomártir, san Esteban: no cabe duda de que le lapidaron y le mataron. Pero no fue mártir por eso. Al revés: le mataron porque era mártir, porque era testigo de la verdad. La pérdida de vida fue consecutiva al testimonio de la verdad, y no formalmente constitutiva del martirio. El caso supremo está en la cruz de Cristo. Cristo es el mártir por excelencia no precisamente porque lo claven en una cruz, sino porque clavado en una cruz da testimonio a los hombres de su propia divinidad redentora, que es asunto distinto. Si somos capaces de asumir esa *martirya* con lucidez y espíritu alegre habremos ganado la batalla a las fuerzas del pesimismo o del optimismo falso. Si de eso somos capaces, entonces los lugares sagrados, es decir, los centros de peregrinación del futuro, continuarán siendo sagrados propiamente por la presencia en ellos de los *bhakta* (*Bhag. Pur* 1,13,9).

<sup>37</sup> *Ibi* 4,30,17.

“ahora mismo” según afirma Lévinas, un ahora que es mano que acoge y sostiene (*maintenant: main tenant*). Su praxis consiste en hacerse cargo del otro en la gran avenida de la vida que va de Jerusalén a Jericó, ruta eterna de la humanidad.

La pasividad del “soy amado luego existo” no se parece en nada a la indiferencia del abúlico desinterés (*des-inter-es*: lo que es-fuera-del-“entre”), muy al contrario la acogida amable, solícita e interesada (*inter-esada*) es por antonomasia la pregunta por el hermano, pregunta nada retórica (entendida cual mera piedad del pensamiento), sino fácticamente ejercida, que me hace rehén del otro por ligarme intrínsecamente a su destino. Así pues, pregunta que se compromete activa y vitalmente en la respuesta, pregunta donde la palabra que pregunta (*Wort*) se encarna cual respuesta (*Antwort*), y respuesta que es responsabilidad (*Verantwortlichkeit*) por el otro. No es el propio ego el que se autoafirma, en la línea que va de Descartes a Fichte, sino la palabra que nos viene del *tú* en quien creemos la que nos asegura la existencia: “De hecho se trata de decir la identidad misma del yo humano a partir de la responsabilidad, es decir, a partir de esa posición o de esa deposición del yo soberano en la conciencia de sí, deposición que, precisamente, es su responsabilidad para con el otro. La responsabilidad es lo que me incumbe y lo que humanamente no puedo rechazar. Esa carga constituye una suprema dignidad del único. Yo no soy intercambiable, soy yo en la sola medida en que soy responsable. Yo puedo sustituir a todos, pero nadie puede sustituirme a mí. Tal es mi identidad inalienable de sujeto; por eso afirma con toda razón Dostoyeski: ‘Todos somos responsables de todo y de todos ante todos, y yo más que todos los otros’<sup>38</sup>. Y, si eso es así, entonces también lo es que los derechos de los demás –tanto más, cuanto más “demás” sea el otro– son derechos de ellos sobre mí, mientras que mis derechos son deberes hacia ellos. La pasividad se afianza en la respuesta esponsal uno-para-el-otro, recordemos que el término “respuesta”, como el de *esposo/a*, vienen de *spondeo*: responder, *co-responder*, *co-responsabilizarse*.

Mientras tanto, como dijera Martin Luther King, “diremos a los enemigos más rencorosos: a vuestra capacidad para infligir el sufrimiento, opondremos la nuestra para soportar el sufrimiento, a vuestra fuerza física responderemos con la fuerza de nuestras almas. Haced lo que queráis y continuaremos amándoos. En conciencia no podemos obedecer vuestras leyes injustas, porque la no-cooperación con el mal es, igual que la cooperación con el bien, una obligación moral. Pero tened la seguridad de que os llevaremos hasta el límite de nuestra capacidad de sufrir. Un día ganaremos la libertad, pero no será solamente para nosotros. Lanzaremos a vuestros cuerpos y a vuestras conciencias un grito que os superará y nuestra victoria será una doble victoria...”

Sabemos por una dolorosa experiencia que la libertad nunca la concede voluntariamente el opresor. Tiene que ser exigida por el oprimido. A decir verdad, todavía estoy por empezar una campaña de acción directa que sea ‘oportuna’ ante los ojos de los que no han padecido considerablemente la enfermedad de la segregación. Hace años que estoy oyendo esa palabra ‘¡Espera!’. Suena en el oído de

38 *Ética e Infinito*. Ed. Visor, Madrid, 1991, pp. 85-96.

cada negro con penetrante familiaridad... Ay de la tibieza del blanco moderado que antepone el 'orden' a la justicia; que prefiere una paz negativa, que supone ausencia de tensión, a una paz positiva que entraña presencia de justicia; quien dice continuamente: 'estoy de acuerdo con el objetivo que usted se propone, pero no puedo aprobar sus métodos de acción directa'; ay del que vive de un concepto mítico del tiempo y aconseja al negro que aguarde a que llegue 'un momento más oportuno'. La comprensión superficial de los hombres de buena voluntad es más demoledora que la absoluta incompreensión de los hombres de mala voluntad. Resulta mucho más desconcertante la aceptación tibia que el rechazo sin matices...

Yo os digo hoy que, aun cuando nos enfrentamos a las dificultades de hoy y mañana, albergo todavía un sueño. Es un sueño que se halla profundamente enraizado en el sueño americano. Yo albergo el sueño de que, un día, toda la nación se pondrá en pie y vivirá el verdadero significado de su credo: Sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas, que todos los hombres son creados iguales.

Yo albergo el sueño de que un día, en las rojas montañas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos dueños de esclavos podrán sentarse juntos a la mesa de la hermandad. Yo albergo el sueño de que, un día, incluso en el Estado de Mississippi, un Estado abrasado de injusticias, abrasado por el calor de la opresión, se transformará en un oasis de libertad y de justicia. Yo albergo el sueño de que mis cuatro hijos vivirán un día en una nación en la que no serán juzgados por el color de su piel, sino por el contenido de su personalidad. Yo albergo el sueño de que, un día, todo valle será elevado, todo cerro y montaña será aplanado. Los lugares ásperos serán alisados, los torcidos serán enderezados. Esta es la fe con que retorno al Sur. Con esta fe, podremos extraer de las montañas de la desesperación la piedra de la esperanza, luchar juntos, ir a la cárcel juntos, defender juntos la libertad, sabiendo que un día seremos libres.

Este será el día en que todos los hijos de Dios podremos cantar dándole un nuevo significado: Resuene la libertad. Resuene la libertad desde las prodigiosas cumbres de New Hampshire; resuene la libertad desde las majestuosas montañas de Nueva York. Pero no sólo eso. Resuene la libertad desde la montaña de piedra de Georgia. Resuene la libertad desde cada colina y cada cerro de Mississippi, desde cada ladera.

Cuando dejemos que la libertad resuene en cada poblado y en cada aldea, en cada Estado y en cada ciudad, podremos acelerar la llegada del día en que todos los hijos de Dios, blancos y negros, judíos y gentiles, protestantes y católicos, podamos estrecharnos las manos y cantar con las palabras del viejo espiritual negro: '¡Libres al fin! ¡Libres al fin! ¡Gran Dios Todopoderoso, al fin somos libres!'".

#### 2.4. ARROSTRAR EL ROSTRO CON OBRAS

Más allá de las fes mágicas en los días o años fastos/nefastos, de las supersticiones bene/maléficas, de los jubileos folclóricos, de las peregrinaciones con dere-

cho a indulgencia, de los festivales triunfalistas que legitiman sistemas de exclusión, todos los años son santos para quienes santifican la vida haciendo de ella año de gracia. Entre las leyes que dictó Moisés a su pueblo de Israel hay una novedosa, el Año de gracia o año sabático, o año jubilar (se anunciaba al pueblo con el cuerno, en hebreo *yobel*) y consistía en la concesión cada siete años de un año de respiro a la tierra y a los siervos que la trabajaban<sup>39</sup>, pues los terrenos debían dejarse descansar todos los años séptimos sin sembrarse. y los esclavos, quedar liberados de su servidumbre. En el código deuteronomico<sup>40</sup> se completó esta ley con la obligación de eliminar todas las deudas contraídas durante los seis años anteriores al año de gracia, el cual se propuso como ley de Dios al pueblo de Israel<sup>41</sup>: sin acumulación de tierras<sup>42</sup>, sin siervos<sup>43</sup>, sin deudas eternas, sin que a nadie faltara lo que a otro sobrara. Para Cristo el Reino es un Jubileo, un año de gracia hecho cotidianidad porque Él mismo es el Jubileo, un programa de vida y de utopía realizada en el júbilo de la fraternidad, la revolución del Reino de Dios.

## 2.5. RESPETAR EL ROSTRO DEL DES-CONOCIDO

Se trata de acercarse al otro, al extranjero, sí, pero a la vez de mantener la distancia no para fomentar la indiferencia, sino para respetar su diferencia, pues cuanto más se conoce a la persona, tanto más se la desconoce, y en todo caso sólo se conoce lo que se ama, sólo se entra a la verdad por el amor: el lunar de la persona amada agrada, privilegio que no se hace extensivo fuera del orden del amor; cuanto más se logra el “entre” relacional, tanto más ha de aceptarse su mistericidad. Desesperaría, en todo caso, el ingenuo periodista que intentara armado de luz y taquígrafos dar perfecta y completa “noticia” (de *notum*, a su vez de *noscere*, conocer) de la realidad personal: antes se le acabarían todos los carretes de su cámara y todas las pilas de su magnetofón.

¿Conocemos nuestro propio rostro siempre ante el espejo, espejito mágico? Pues tampoco el ajeno rostro, versión castellana excesivamente dura del término utilizado por Levinas *visage*, que mejor sería traducir por faz o por semblante, toda vez que etimológicamente rostro (de *rostrum*), proviene a su vez de *rodo* (roer, desgastar, destruir), significando además espolón de navío, pico de ave, punta de lanza, metáforas de la incomodidad, de la agresividad y hasta de la obsesión, esto es, del poner cerco y sitio entre reclamos de desasosiego. Pero así es el rostro, lo

39 Ex 212,1-11 y 23,10-11.

40 Dt 15,1-9.

41 1 Mac 6, 49-53. El año de gracia se cumplió muy raras veces, aunque sí lo cumplieron los israelitas fieles durante la resistencia de los Macabeos. Pero 400 años antes el profeta Jeremías (*Jer* 34,8-22) ya se lamentaba de las trampas de los ricos para conculcar esa ley. A la vuelta del destierro de Babilonia se recodificó definitivamente el Levítico; para hacer menos difícil la ley el plazo se amplió de 7 años a ciclos de 50 años (*Lev* 25,8-18). En tiempos de Jesús hacía muchos años que no se cumplía esta ley.

42 Lev 25,23-31.

43 Lev 25,35-55.



mismo cuando me atrae y agrada que cuando me repele y solicita auxilio, cuando su piel es tersa como cuando amontona arruga sobre arruga. Al fin y al cabo todos los rostros tienen en común su absoluta desprotección, su realidad a flor de piel, y mi cuidado de esa su desprotección me convierte en rehén del otro. Emmanuel Levinas expresa la complejidad del rostro del “otro” mediante el término *autrui*<sup>44</sup>, exclusivamente aplicable a una persona pero no a cosas. El rostro del otro, en todo caso, resulta una realidad demasiado compleja, un revoltijo de signos y de arenas movedizas<sup>45</sup>.

### 3. FELICIDAD MADURA

Con ocasión de su noventa aniversario preguntaron a Paul Ricoeur: “¿Qué le hubiera gustado transmitir prioritariamente a los hijos de sus alumnos?” Y él respondió: “La crítica de la convicción. Entiendo por convicción a la vez una argumentación, pero también una motivación de la que no es posible dar razón. Hay desde luego en mis convicciones un elemento no sólo íntimo y secreto, sino inaccesible a mí mismo. Cuando se me dice: –‘Si usted hubiese nacido en China, no tendría esta filosofía ni sería cristiano’, sólo puedo responder una cosa: –‘Usted habla de otro que no soy yo’. En lo que respecta al espíritu crítico, lo resumiría en una fórmula, que no quisiera que fuese un eslogan: un azar transformado en destino por una elección continuada. Me refiero al destino de haber nacido en esa familia que fue la mía, en este país, en esa forma de tradición cristiana a la que pertenezco, de haber sido desde siempre un especulativo, pero también la pertenencia a una cultura occidental que es la única dotada de ese poder de ejercer no sólo una

44 *Autrui* proviene del término latino *alter huic* (“para este otro”), el cual término únicamente se da en singular diferenciado sin género ni artículo y sólo puede ser traducido en dativo (*alterui*, dativo de *alter*), en cuanto que “este otro”, *cet autre*, este prójimo, esta altruidad concreta. Al contrario de lo que ocurre con la expresión genérica e impersonal *l'autre*, el otro, cualquier otro, que admite el *il* y *a*, (el “hay” indiferenciado, la *illicité* o illeidad, la alteridad que no me altera).

45 Cfr. Díaz, C: *Preguntarse por Dios es razonable*. Ed. Encuentro, Madrid, 1989; *Cuando la razón se hace palabra*. Ed. Madre Tierra, Móstoles, 1992; *Para ser persona*. Ed. Instituto E. Mounier, Las Palmas de Gran Canaria, 1993; también, P. Lain: *Teoría y realidad del otro*, 1961; B. Casper: *Das dialogische Denken*, 1967; M. Theunissen: *Der Andere*, 1965; J. Bloch: *Die Aporie des Du*, 1977; E. Brunner: *Wahrheit als Begegnung*, 1938.

Franz Rosenzweig ratifica esa irreductibilidad del rostro de cada otro para mí con estas palabras: “El estoico ‘ama’ al prójimo, el spinozista ‘ama’ al prójimo por esto: porque se sabe hermanado al hombre en general, a ‘todos’ los hombres, o al mundo en general, a todas las cosas. Frente a este amor que arranca de la esencia, de lo universal, está el otro, el que surge del suceso, es decir, de lo más singular de todo lo que hay. Este singular camina paso a paso de un singular al próximo singular, de un prójimo al próximo prójimo, y renuncia al amor al lejano antes de que pueda ser amor al prójimo. Así, el concepto de orden de este mundo no es lo universal, ni el *arché* ni el *telos*, ni la unidad natural ni la histórica, sino lo particular, el acontecimiento, no comienzo o fin sino centro del mundo. Tanto desde el comienzo como desde el fin del mundo es ‘infinito’; desde el comienzo, infinito en el espacio; hacia el fin, infinito en el tiempo. Sólo desde el centro aparece en el mundo ilimitado un limitado hogar, un palmo de tierra entre cuatro clavijas de tienda de campaña que pueden ir fijándose siempre más y más allá. Sólo vistos desde aquí el principio y el fin se convierten, de conceptos-límite de la infinitud, en mojonos de nuestra posesión del mundo; el ‘comienzo’ en creación, el ‘fin’ en redención” (*El nuevo pensamiento*. Ed. Visor, Madrid, 1989, p. 3).

crítica permanente respecto a las elecciones que no se han hecho, sino también de una autocrítica”<sup>46</sup>.

#### 4. PARA LLEGAR A SER PERSONALIDAD MADURA

Suele convenirse en que existen diversos modelos de madurez personal: personalidad-águila (amplitud de miras); personalidad alpinista (ideales); personalidad hormiga (laboriosidad); personalidad árbol (acogida); personalidad agua (riqueza); personalidad guía (liderazgo); personalidad mapa (orientación); personalidad puente (concordia); personalidad fuego (calidez); personalidad montaña (fortaleza). Si quieres alcanzarlos...

##### 4.1. CONÓCETE

Quien no se conoce a sí mismo no podrá corregirse ni corregir. “Cuando se penetró en la razón de las cosas, la conciencia se desplegó al máximo. Entonces los pensamientos se hicieron sinceros. Cuando eso ocurrió, el corazón se hizo recto. Entonces cada uno se perfeccionó a sí mismo. Cuando eso ocurrió, el orden comenzó a reinar en la familia. Entonces, el Estado fue bien gobernado. Cuando eso ocurrió, la paz se extendió por el universo: los antiguos príncipes se esforzaban primero en gobernar con rectitud sus propios reinos. Para ello, se aplicaban ante todo en ordenar bien sus familias. Entonces procuraban previamente corregirse a sí mismos. Para ello, ponían un especial cuidado en adornar su alma de todas las virtudes. Entonces se esforzaban en conseguir la rectitud y sinceridad de todas sus intenciones. Para ello, se entregaban con ardor al perfeccionamiento de sus conocimientos morales, que consiste en descubrir los móviles de las acciones. Si lo alcanzamos, obtenemos la máxima perfección de nuestros conocimientos morales y todas las intenciones son rectas y sinceras. Entonces, el alma queda adornada con todas las virtudes. Las virtudes del alma mejorarán y corregirán nuestro ser. Si alcanzamos la perfección personal, se establecerá el orden en nuestra familia. Entonces, el reino será rectamente gobernado. Y cuando todos los reinos son bien gobernados, el mundo entero goza de paz y armonía. Desde el hombre más noble al más humilde, todos tienen el deber de mejorar y corregir su propio ser. El perfeccionamiento de uno mismo es la base de todo progreso y desarrollo moral” (Confucio).

Quien se conoce a sí mismo está en disposición de saber criticar. Criticar no es destruir. Es justo en su crítica ajena quien sabe criticarse a sí propio: sólo supero los propios errores que reconozco. El autocrítico sabe aceptarse a sí mismo (¿para qué autodespedazarse?) y reconoce en los otros sus lados positivos.

46 La Croix, París, 26-2-2003.

Es bueno detectar los propios errores y ser el primero en manifestarlos; forma parte de la educación tener una actitud autocrítica y honesta hacia nosotros mismos. Si la autocrítica es fundamental, la crítica de los demás nos resulta imprescindible. Claro que para ser más “dialogante” tampoco hay que cantinflear con las propias convicciones. Dí: “Quizá yo esté equivocado y quizá usted tenga razón, pero ambos podemos estar equivocados”. De este modo podrás mostrarte como eres, sin tapujos, mentiras, o encubrimientos, sin miedo a que te rechacen, sin querer parecer más de lo que eres, sabiéndote aceptar.

#### 4.2. CONTRÓLATE

No melodramatices. A veces, primero somos severos con amenazas y castigos; si fracasan, nos volvemos amables; al no conseguir nada, razonamos; finalmente, sintiéndonos ridículos, volvemos al punto de partida. También nos ponemos sentimentalmente chantajistas (“me matas con tu proceder”). No te dejes anonadar por lo que otros piensen de ti: están preocupados pensando en lo que tú piensas de ellos.

Autodisciplina, fortaleza, constancia, paciencia, autocontrol, autodomínio: la persona madura es ecuánime en sus apreciaciones, al contrario de la histérica que sólo maneja –y destempladamente– un ramal del carro. Tú verbaliza las razones de tu enojo sin gritar ni ofender, la cabeza fría, reflexiva, prudente y sin precipitación; establece tus objetivos, procurando tomar conciencia de tus propias intenciones más ocultas, pues quien tiene las ideas oscuras o confusas organiza su comportamiento conforme a un sistema de amenazas; define el problema; sé cuidadoso con el uso de expresiones como “siempre, nunca, todos, ninguno”; aclara también tus expresiones; mantén una apariencia tranquila ante estímulos que provocan ira y agresividad; cuando estés enojado, toma una hoja y escribe lo que sientes, de este modo ganas en objetividad y pierdes acaloramiento; respira profunda y lentamente; si gritas y te enojas, te involucrarás en más problemas y además perderás ante los demás la poca o mucha razón que pudiera asistirte. Si todavía te sientes muy enojado, o si la otra persona lo está, no discutas en ese momento, sino cuando ambos se hayan tranquilizado: mientras, canaliza tu emoción en alguna actividad que le permita liberar la energía contenida. Lo difícil es extraer dulzura de lo amargo; pospón el diálogo si esta vez no vas a tomar las cosas en serio. Sé cortés, agradecido: quien no sabe agradecer es desgraciado, desagradecido, desagraciado y no descubre lo que se le regala.

#### 4.3. SÉ PACIENTE Y ECUÁNIME

Encauza tus inclinaciones naturales hacia tu desarrollo total, no tan sólo de tus músculos o de tus ideas. La razón, que es emotiva, ha de controlar sus emociones. La verdad es expansiva: invade el corazón, y en el corazón se caldea; esclarece, pero no impele si no se une a la profundidad afectiva del corazón; se convierte en racio-vital cuando se entraña en tu corazón por el afecto. Si bien no se enseña ni se aprende bien con frialdad, un acaloramiento excesivo tampoco es

buen consejero; por ello, si quieres hacer bien las cosas tendrás que dialogar, ofrecer a los demás con calma las alternativas, negociar. Si es necesario, te morderás un poco la lengua; duele. Pero quizá mañana brille más el sol, no digas por principio: “eso no servirá de nada”, “ya lo hicimos antes y no funcionó”, “¡otra vez con lo mismo!”. No prendas la luz para apagarla de inmediato; tranquilízate ante lo inevitable, y espera el cambio propiciando activamente su mejora. El equilibrio entre tolerancia y defensa de la objetividad exige saber distinguir entre lo accesorio, lo tolerable, y lo innegociable.

#### 4.4. SÉ OBJETIVO, REALISTA, COHERENTE

Hasta para ser puntual hay que prever. La impuntualidad es propia de gentes inmaduras que no planean responsablemente sus acciones. Cuando alguien se retrasa, me llegan distintos mensajes: que su tiempo es más importante que el mío; que no soy una persona muy importante a sus ojos; que no es recto, porque la persona seria se atiene a la palabra dada y cumple sus compromisos. Llegar tarde es un comportamiento muy poco respetuoso y además crea hábito.

La persona madura se hace responsable de los problemas y busca soluciones, los afronta sin rehuirlos. Realista no es quien renuncia al ideal, sino quien no lo confunde con las metas del día a día. La persona realista es flexible, se adapta a las circunstancias sin renunciar a lo esencial, asume deberes, incluso carga con los deberes de los demás. Mahatma Gandhi se castigaba a sí mismo cuando otro hacía algo mal; así le ayudaba a corregirse, porque resulta muy duro ver que otro se castiga por ti. Más valor tiene a la hora de enseñar estilo de vida que forma de hablar, no hay lección más desleal que hablar bien y vivir mal.

#### 4.5. SÉ MODESTO Y PRUDENTE

Sencillez es antítesis de vanidad, jactancia, o presunción, propias de quienes no se valoran a sí mismos esperando que los otros les den aquello de lo que ellos carecen, vana empresa. Detrás de un vanidoso y un jactancioso hay una persona sin autoestima, por eso es la que más sufre, la que menos se aprecia y más necesitada está de ser el centro de atención. Si además es inteligente y se da cuenta pero no puede evitarlo, tendrá gran sufrimiento. Los grandes científicos fueron intelectualmente modestos, y Newton habla por muchos de ellos cuando afirma: “No sé lo que puedo parecer al mundo, pero a mí mismo me parece que sólo he sido un niño jugando en la orilla del mar, y divirtiéndome aquí y allí por encontrar un guijarro más liso o una concha más bonita de lo habitual, mientras que el gran océano de la verdad permanece oculto ante mí”. Einstein denominó a su teoría general de la relatividad “milagro de nueve días”, y Karl Popper apostilla: Sólo los canallas intelectuales son inmodestos”<sup>47</sup>.

47 Popper, K: *En busca de un mundo mejor*. Ed. Paidós, Barcelona, 1994, p. 159.

Hay una misericordia que castiga y una dureza que perdona. Ante el inmodesto, que es un enfermo, sería un médico cruel el que, por agradar al enfermo, perdona su herida y deja seguir su curso a la gangrena. Es cruel dejar a un muchacho que juegue con un nido de víboras. Es misericordioso el no dejarle aunque, para ello, haya que recurrir al castigo. Es mejor amar con severidad que engañar con suavidad. No debe darse a todos la misma medicina: a unos hay que amarlos con gentileza, a otros con severidad, con un amor que, sin ser enemigo de nadie, es considerado con todos. Amar al enemigo como tal enemigo es una locura: si el médico amase al enfermo como tal enfermo, preferiría que no se curase jamás. Al amarle para que esté sano se apresura a restablecer su salud. Quien ama acoge a la otra persona, se alegra de que exista aunque deba corregir sus vicios, pues dar por bueno lo malo de la persona amada sería dar por malo lo bueno. El amor no deja a la persona amada en el engaño ni en el error: relaciones basadas sobre la admiración de los errores, igual que las que únicamente se construyen sobre una recíproca admiración de las cualidades, fracasan.

#### 4.6. ALÉGRATE, AFRONTA CON ENTEREZA LA ADVERSIDAD

La persona madura que ama bien conoce la fuerza del coraje que ayuda a sanar el alma. Dos enfermos de gravedad compartían la misma habitación del hospital; a uno de ellos, cuya cama estaba al lado de la única ventana de la habitación, se le permitía sentarse durante una hora por la tarde para drenar el líquido de sus pulmones; el otro tenía que permanecer acostado durante todo el día mirando a la pared. Cada tarde, el cercano a la ventana relataba al otro lo que veía: un parque con un lago donde se deslizaban cisnes, enamorados entrelazando sus manos mientras paseaban entre árboles y flores multicolores, allá al fondo, una hermosa vista de la ciudad. Un día esto, otro día aquello, siempre había novedades que relatar, las suficientes para mantener viva la esperanza. Al morir el enfermo de la ventana y trasladar al otro a esa cama, cuando logró apoyarse sobre un codo para contemplar por sí mismo los paisajes relatados por el añorado compañero no vio sino la oscura pared de un patio interior. Preguntó entonces a la enfermera cómo era posible el cambio del decorado, a lo que aquélla respondió que el señor anterior era ciego, añadiendo en voz baja: “Quizá solamente deseaba animarlo a usted”.

Viktor Frankl sobrevivió a los campos de concentración porque supo concentrar su esperanza: “Telefonea una mujer para informarme de que acaba de decidir su suicidio. Quería ella saber mi opinión al respecto. Yo desarrollé para ella todo lo que pudiese existir en contra de realizar un suicidio. Lo comentamos durante tanto tiempo, que ella me prometió tomar distancia de su proyecto y verme a la mañana siguiente a las nueve. Se presentó puntualmente en la clínica, comentando lo siguiente: ‘Usted se equivocaría, doctor, si supusiera que uno solo de todos los argumentos que me ha presentado la pasada noche ha tenido un mínimo efecto sobre mí. Si algo me ha impresionado fue una cosa: sacudo al hombre de su sueño y, en lugar de enojarse e increparme, me escucha pacientemente durante toda una

media hora y me aconseja. Entonces pensé: si esto existe, entonces quizás haya algo que brindarle a la vida, al seguir viviendo, una vez más una oportunidad. Y es que se había realizado una relación humana”<sup>48</sup>. Sentido de la vida y desesperación son antitéticos. Una mujer judía que llevaba una pulsera con un diente con cada uno de sus hijos muertos en los campos de concentración respondía: ahora soy responsable de un centro para niños huérfanos de la II Guerra mundial. Coraje, pues. Su padre, contaba, era marínero y se ahogó, pero él siguió el oficio de su padre sin miedo. Como esto extrañara a su amigo, le preguntó: “¿Y donde murió tu padre?” “En la cama”. “¿Y tu abuelo?” “También”. “¿Y no tienes miedo a meterte en la cama todas las noches?”. Coraje también contra la desesperación que da el pensamiento egocéntrico, es decir, la ausencia de disposición a ayudar. ¡Ay del que sufre, si su alma no ha sido calentada por el fuego del sufrimiento solidario! ¡Ay de quien desperdicia su sufrimiento!

Eduardo Galeano pone música al sufrimiento: “Pasaron por allí unos arrieros y encontraron al maestro Figueredo cubierto de moretones y de sangre. Estaba vivo, pero en muy mal estado. Casi no podía hablar. Hizo un increíble esfuerzo y llegó a balbucir con unos labios entumecidos e hinchados: ‘Me robaron las mulas’. Volvió a hundirse en un silencio que dolía y, tras una larga pausa, logró empujar hacia sus labios destrozados una nueva queja: ‘Me robaron el arpa’. Al rato, y cuando parecía que ya no iba a decir nada más, empezó a reír. Era una risa profunda y fresca que inexplicablemente salía de ese rostro desollado. Y, en medio de la risa, el maestro Figueredo logró decir: ¡Pero no me robaron la música!’”. Y lo mismo acontece en esta otra parábola: en un campo de concentración vivía un prisionero que, pese a estar sentenciado a muerte, estaba alegre. Un día apareció en la explanada tocando su guitarra, y una gran multitud se arremolinó en torno a él para escucharle porque, bajo el hechizo de la música, quienes le oían se veían, como él, libres de miedo. Cuando las autoridades de la prisión lo vieron, le prohibieron volver a tocar. Pero al día siguiente allí estaba de nuevo, cantando y tocando su guitarra, rodeado de una multitud. Los guardianes le cortaron los dedos, pero él, una vez más, se puso a cantar su música con las manos cortadas. Esta vez la gente aplaudía entusiasmada. Los guardianes volvieron a llevárselo a rastras y destrozaron su guitarra. Sin embargo, al otro día, de nuevo estaba cantando con toda su alma. ¡Y qué forma tan pura e inspirada de cantar! Toda la gente se puso a corearle y, mientras duró el cántico, sus corazones se hicieron tan puros como el suyo, y sus espíritus igualmente invencibles. Los guardianes estaban tan enojados que le arrancaron la lengua. Sobre el campo de concentración cayó un espeso silencio, algo indefinible; por fin, para asombro de todos, al día siguiente estaba allí de nuevo el cantor, lleno de alegría, balanceándose y danzando a los sonos de una silenciosa música que sólo él podía oír. Y al poco tiempo todo el mundo estaba alzando sus manos y danzando en torno a su sangrante y destrozada figura, mientras los guardianes se habían quedado inmobilizados y no salían de su estupor.

48 Frankl, V: *Lo que no está escrito en mis libros. Memorias*. Ed. San Pablo, Buenos Aires, 1997, pp. 118-119.

#### 4.7. DÉJATE INTERPELAR

Acéptate gozosamente, y de los demás procura ver lo positivo: no es maduro quien todo lo ve mal, ni quien todo lo ve bien, sino quien sabe verlo todo y disfruta de lo bueno: para sentirte querido por ti no necesitas ignorar lo que no te gusta de ti mismo. La indiferencia, ese silencio tuyo, hiera. Al menos, manifiesta al otro que, aunque a veces no tengas ganas de hablar, eso no quiere decir que sea por falta de cariño o de interés, ni porque estés enfadado con él. Cuando el otro cometa alguna acción que no sea de tu agrado, habla con él en lugar de aplicarle la “ley de hielo”.

Pregúntate si eres buen oyente, si atiendes a las razones ajenas, si evitas replicar antes de que el otro termine de hablar, si le escuchas mientras habla. Tienes prejuicios, carencias, bloqueos afectivos, por eso escucha no sólo las palabras de tu interlocutor, sino a él mismo, distingue entre sus palabras y el significado de las mismas, lee su tono, timbre y ritmo, sus claves no verbales (posturas, gestos, movimientos). Ponte en sus zapatos.

Respetar, con-vence sin imponer, evita sonsacar, fingir; no compadezcas, ni relativices el problema de alguien sin escucharlo; no te aferres al “principio de autoridad” impositivo y agresivo, no interrogues inquisitorialmente, pues la respuesta de la persona interpelada podría ser del mismo signo. Sin gritar; los altavoces refuerzan la voz, pero no los argumentos. Exigir no es sermonear, no estés siempre con el “deberías” “debes” en la boca: pierdes demasiado tiempo en lamentar el mal comportamiento ajeno. ¿Para qué vencer sin con-vencer? Cuando convencemos, todos vencemos-ganamos. Esto no significa que el diálogo deba evitar la firmeza cuando estamos seguros de algo y lo otro no nos parece razonable, pero la actitud firme ha de ser educada. Regañas cuando estás enojado, y en esos momentos exageras el mensaje y lastimas: quien sólo sabe machacar, convierte todo en martillo. Puedes hacerle sentir temor, pero no da resultado.

No hieras. ¿Criticas sistemáticamente las acciones de quienes se encuentran bajo tu “cuidado”, acentúas el carácter defectuoso de las mismas llegando a insultar? Hay también ataques sin palabras, a los que el otro (asimismo sin palabras) replica haciendo lo prohibido. Tales actitudes se transmiten de generación en generación. En esta lucha nadie gana, aunque aparentemente triunfe el más agresivo, el menos educado, el más altanero, o el más ágil para el contraataque.

No emitas mensajes dobles o equívocos que dicen una cosa y tienen la intención de otra. En lugar de comparar, premia sin suscitar envidia. Quien sólo se siente querido cuando resulta airoso en las comparaciones, tendrá problemas para relacionarse adecuadamente.

#### 4.8. MANTÉN LA ESPERANZA

Aceptar tu parte oscura o débil no significa alentar el defecto, sino corregirlo desde la reconciliación con lo que somos. Dile que confías en él(lla). Antes de criticar, ofrece unas palabras de elogio y de reconocimiento. Toma las críticas constructivamente cuando sean realmente constructivas, y deséchalas cuando

destructivas. Existe siempre un momento propicio para decir a quien(es) nos menosprecia(n) que no nos hable(n) tan desconsideradamente. Comunícale(s) que, si decide(n) hablarte con respeto, estás dispuesto a escucharle(s) gustosamente.

La opinión ajena no afecta a nuestro valor como seres humanos; toda persona tiene valor absoluto, aunque haga cosas malas, por eso puedes cambiar lo malo y seguir siendo persona. Si la esperanza es el tejido del alma, entonces desconfiar (y más aún desesperar) de un ser es negarlo en tanto que tal, es decir, tenerlo muerto para nosotros. También los que nacen sordos pueden llegar a oír si les cantamos todas las canciones del mundo: besa su alma y recuerda que ayudar a otro es más importante que llevar las uñas limpias.

Ayuda mucho tomarse a sí mismo con humor y ternura, pues el humor es la quintaesencia del amor: saber ganar, saber perder, volver a empezar. El esperanzado abre futuro; no hay que vivir mirando al campo de concentración de Auschwitz, haciendo de él muro de lamentaciones. La historia continúa abierta a todas las calmas y a todas las tempestades, pues el ser humano sigue siendo libre para el bien y para el mal. Richard Wagner se preguntaba si acaso existe otra razón que explique “que toda nuestra civilización se vaya a pique, si no es la carencia del amor”<sup>49</sup>. En la medida en que condicionaras tu esperanza abrirías las puertas a la frustración, la decepción y la desesperación. El permanente esperar es un mantener en el orden del ser aquello que se espera llegue a ser. Esperar es dar crédito a la realidad, confiar en que ésta puede restaurar la integridad de un orden viviente, por eso la esperanza es más que un mero sentimiento psicológico, no pertenece únicamente al orden del sentir, sino al del ser. Por la esperanza afirmo mi relación de fidelidad y amor con la realidad, le doy crédito: “El crédito que la esperanza concede a la realidad salta por encima de la realidad visible que en este momento me concede. En su raíz, esperar es saltar con los ojos abiertos desde el presente concreto hasta el último fondo de la realidad. Con los ojos abiertos, porque ese salto nunca puede ser seguro; y hasta el fondo mismo de la realidad, porque a pesar de todas nuestras inseguridades y cautelas confiamos en su fundamentalidad y en su obsecuencia... Una confianza meramente expectante y pasiva antes corresponde a una forma de presunción que a la verdadera esperanza. La confianza del esperanzado exige de éste actividad y osadía, le mueve a la magnanimidad, a proyectos tan altos y arriesgados como la razón y la prudencia consientan, y a la resuelta y resolutiva ejecución de lo proyectado en ellos”<sup>50</sup>.

Ahora bien, el esperanzado vive el riesgo de desesperanzarse<sup>51</sup> contra el que solo cabe con-fiar, fiar con; la esperanza, incluso la privada de toda expectativa favorable, no está condenada a la desesperanza, desde el momento en que una persona espera en otra. Sólo porque un adulto confía en ti, desarrollas tus potencialidades, sólo porque otro ser humano está a tu lado puedes soportar las más terribles pruebas, los más duros recuerdos, los peores presagios. También porque sabe que

49 Apéndice de 1880 a “Religión y Arte”. XIV, 178.

50 Laín, P: *La espera y la esperanza*. Alianza Ed. Madrid, 1984, pp. 579-580, 576-577.

51 Marcel, G: *Homo viator*. Ed. Aubier, Paris, 1944, p. 73.



su vida cuenta para la mirada amante de algunos seres al menos, el viejo acepta el tiempo no como tortura sino como hogar: hogar es la casa donde uno es esperado; para conocerle a uno hay que conocer su hogar. La persona con esperanza nos mira a los ojos, el que no la tiene a los pies. Dejamos de tener razón cuando ya no la esperamos en los demás.

#### 4.9. ¿AMAS?

Pero la esperanza no se mantiene sin el amor. Nunca donde faltó amor amaneció esperanza. ¿Cuándo y cómo se llega a la felicidad, esa utopía necesaria a quien se reconoce caminante? Cuando se llega a estar con el ser querido: ese es el mejor regalo, no hay ninguno como él. Ahora sabemos por qué sólo es feliz el alma que ama: porque sólo ella es capaz de llenar el mundo de luz y de regalo. Todos necesitamos ser queridos, y no en vano recuerda Freud que en todo sentimiento de culpabilidad late el miedo a perder el amor, a no ser ya amados. Pero donde hay amor no puede haber temor: quien ama acoge al otro, se alegra de que exista, aunque deba corregir sus vicios. El amor no se presta a dejar a la persona amada en el engaño ni en el error; relaciones basadas sobre la admiración miope de los errores son equívocas. La fórmula del amor duradero no es “te quiero porque eres así”, ni “te quiero mientras seas así”, pues cuantas más condiciones pone tanto más dista de serlo. Rotos por la desconfianza, la acusación, el desamor y el vacío antropológico, conviene detenerse a reconsiderar si no estamos yendo demasiado deprisa hacia ninguna parte.

Florece cuando nos sentimos queridos, por eso amar a otro es decirle: tú no morirás. Amar quiere decir sentirse inclinado a alegrarse en la perfección, en el bien y en la felicidad del otro, o, si el otro no es perfecto, ni bueno, ayudarle a que lo sea para así en ello llegar a deleitarse. Amar es reunirse e identificarse con la alegría y el bienestar del ser amado, las cuales no caben sin gratitud. La gratitud es la memoria del corazón, un segundo placer que prolonga otro anterior, un eco de alegría a la alegría experimentada, una felicidad sumada a un agregado de felicidad. Amar es querer el bien para alguien, “el yo que quiere, quiere ante todo la existencia del tú”<sup>52</sup>. Amar es aprobar, dar por ‘bueno’ a ese alguien, ponerse ante él y decirle: quiero que existas, es bueno que existas, es bueno que estés en el mundo, haciendo por que así sea. Lo que para un ser significa ser amado es precisamente esto: ser. Amar es asentir, conceder de buen grado al comprobar algo que se está deseando; es ensalzamiento del hecho, su alabanza. Más aún, “es bueno que tú existas” significa estar deseando unirse a la persona amada, a lo que hace, a su proyecto en tanto que amable.

Esto no es para mí solo, esta alegría es nuestra, esta felicidad es nuestra. El egoísta es ingrato: no detesta recibir, pero odia reconocer lo que debe a otro. Mas ¿cómo no dar gracias al sol por existir, a la vida, a las flores y a los pájaros? Todo amor llevado a su límite debería estar impregnado de gratitud universal pero

52 Nédoncelle, M: *Vers une philosophie de l'amour et de la personne*. Ed. Aubier, Paris, 1957, p. 15.

no de una alegría indiferenciada, pues no cabe dar las mismas gracias por las ratas que por Beethoven (aunque ciertos ultraecologistas beatos disparaten), pero sí por el todo, ya que lo real es el todo. Quien da las gracias se sabe en deuda, pero no en bancarota; cuando se dan las gracias sinceramente no se cancela la deuda, pero no se la percibe con enemistad, antes al contrario con alegre reconocimiento. Sólo quien experimenta este sentimiento es capaz a la vez de regalar sin pasar factura; el favor inmérito puede cancelarse con una contraprestación, pero la deuda no queda nunca cancelada si la gratitud es permanente. No corras cual galgo tras caza para agradar a toda hora; sentirse en deuda es cosa completamente distinta a sentirse en falta: quien se siente en falta ante la otra persona debería recordar que también el dadivoso se alegra de su dádiva. Esa deuda no resuelta en los tribunales ni perseguida por otro contra mí me lleva a mí a no perseguir a mi deudor. Las deudas no deberían hipotecar nuestra vida. El agradecido reconoce la gracia con que se le benefició, la acoge en su memoria, y la recuerda desde su corazón. Mas ¿qué ocurriría si las que aman fuesen ellas mismas almas mediocres, egoístas e interesadas, con un amor pobre? Desde la parvedad de su precario amor, el amor llega a crecer a cotas más altas. Nada que no fuera él podría lograrlo, en todo caso, sacarlas del egoísmo. El amor es un canto de pájaro en el cielo, aunque sea un amor pobre: he ahí el poder creador y constructivo del amor, un fuego que todo lo purifica, eleva y transforma. La puerta que no sea capaz de abrir el cariño no la abrirá nunca nada ni nadie. Nunca. Nada. Nadie.

Lo inexplicable del amor es que uno quiera perderse por el otro y que, perdiéndose, ambos salgan ganando. Si la persona amada lo fuese por otros motivos que por ella misma, no lo sería: te ama menos quien contigo ama otra cosa, quien no te ama por lo que tú eres. El amor no es selección entre cualidades, sino elección de la persona entera, en bloque, con sus cualidades y defectos. Quien se resigna a ser amado por su poder, por sus relaciones o por su fortuna, tampoco se ama por sí mismo; queremos ser amados por nosotros mismos, un átomo de interés ajeno al amor hiere este sentimiento apasionado, delicado y susceptible que reivindica la preferencia absoluta. La pregunta no es: “¿La encuentras simpática, hábil y atenta?”, sino: “¿Estás de acuerdo con que haya venido a la existencia?” El amor alcanza su madurez cuando se dirige no ya a lo que el otro logra suscitar en mí, sino a lo que él es no tanto por las bondades que tiene y puede perder, o que otros poseen en igual o en más eminente grado, sino por el misterio que él mismo es y por el destino de plenitud de ser y de bien hacia el cual se es atraído al mismo tiempo que él; si las pasiones subjetivas no corresponden a esa plenitud, no es amor real, pues la vida en común es mucho más que la unión de dos egoísmos. El amor es a la vez causa eficiente y causa final del amor; comienza sin razones, las razones vienen después; el corazón tiene sus razones que la razón no conoce; el corazón, que no es una coraza grande, se fabrica razones para justificar su amor y romper la coraza misma, pues ese amor es causa de sus propias causas. El amor es literalmente mágica poesía, fabricación de sus propios mitos, dialéctica embellecedora que convierte las objeciones en argumentos favorables a su propia causa, transfigurando el “a pesar de” en “porque”. Todo es obstáculo cuando no se ama, y

todo es razón cuando se ama. Absorbido en el olvido de sí y lanzado a la coincidencia extática con la otra persona, el amante es un yo que tiene su yo fuera de sí. El amor se compromete a conocer; pero el amar es la culminación del conocer: sueño que el alma fatiga, luz que ante mí se derrama, voz que impaciente me llama, ansia que a vivir me obliga. Felicidad que me hostiga, que en pos de mí siempre va, que a un mismo tiempo le da luz y sombra a mi deseo, yo en todas partes la veo, y en ninguna parte está. Vagamente dibujada la encuentra el alma indecisa en el bien de una sonrisa, en toda dicha esperada, en la que pasó importuna, en la gloria, en la fortuna, en lo cierto, en lo invisible, y no se encuentra en ninguna. Nube azul, blanca y ligera que a los sentidos engaña, y tras de cada montaña parece que nos espera. Llega, se fue; síguela; pienso asirla a cada instante, la nube siempre adelante, pero siempre más allá. Sombra alcanzada o perdida, en dondequiera que estés por todas partes la ves mas ¡ay, infeliz de ti! si llegas ya no está allí, si la alcanzas ya no es. Felicidad: sueño vano de un bien que no está en la tierra, ansia que impaciente encierra triste el corazón humano, luz de misterios arcanos, vaga sombra celestial mezcla de bien y de mal: tú eres en mi corazón la eterna revelación de mi espíritu inmortal.



## IV. FELICIDAD Y FRAGILIDAD DEL CUERPO

### 1. EL CUERPO, BULTO VISIBLE

“Todo lo que modifica el cuerpo es cuerpo”, decían los estoicos. Desde entonces hasta Karl Popper (con sus tres mundos de realidad corporal), continuamos girando en torno al cuerpo, desde el cuerpo y con el cuerpo. Pero la corporeidad no es mero cuerpo, es cualitativamente diferente. Decir que el hombre consta de alma más cuerpo entraña, pues, una manera de expresarse harto rudimentaria, dado que en cada uno de esos términos se involucra necesariamente el otro y ninguno de ellos puede concebirse separadamente del otro. Dejemos a un lado la tierra, el polvo que somos y al que revertiremos al morir, ese cuerpo-planeta que es como nuestra realidad más biológica: dejemos también al margen la cuestión del cuerpo inmemorial, el que tiene en cuenta que el cuerpo del planeta Tierra ha pertenecido a nuestros antepasados y nosotros lo entregaremos a nuestros descendientes, por lo que nuestro prójimo puede encontrarse lejos o cerca, no sólo en la distancia, sino en el tiempo.

Identifica bultos con formas quien sólo hace bulto en la vida; vivir la vida como bulto sin forma es lo propio del hombre masa. La suya sólo puede ser un *eros* irritado (y por eso, para quien sabe de formas, irritante). La sexualidad les arrastra hacia el bulto y termina reduciéndoles a sombras. Incapaces de asombro, bultos y sombras llevan vida inferior, infernal, ectoplasmática, huidiza, incapaz de plenificar: es el reino del Hades. Para quien habita en el Hades no hay nada peor que pasar inadvertido, que ser invisible. La propia existencia parece incierta mientras no sea confirmada por la mirada de otros; cada vez son más los que combaten por ese bien escaso que es la atención pública: me ven, luego existo. Todo el mensaje cultural es un mercado de la atención y la celebridad; con esta lógica funciona también el mercado de los prominentes, ese círculo de personas que se caracteriza por el hecho de que son conocidas por más gente de las que conocen. El imperativo del éxito consiste en conseguir un máximo de atención; los hay que son conocidos por todo el mundo precisamente por no haber hecho nada, excepto dar escándalos. Los medios son los principales productores de celebridad, y la meta

pasa a ser la cuota de pantalla; para que acontezcas, tienes que hacer bulto mediático, has de ser visto<sup>53</sup>.

“Ver es un acto divino, decía Feuerbach. Visión y poder son dos atributos que siempre han aparecido como correlativos. Ver equivale a desempeñar una función de control. Quien ejerce poder adopta una perspectiva olímpica; cuanto más alta la posición, más espacios pueden ser observados, abarcados. La abarcabilidad es un privilegio del poder. Un privilegio exclusivo de príncipes, reyes y emperadores, un privilegio que los señores feudales disfrutaban desde la cumbre de sus colinas, un privilegio de los jueces que apelan al ‘ojo de la ley’. Ver implica control social; a medida que se sube aumentan las posibilidades de percepción, al tiempo que disminuyen las posibilidades de ser percibido. *Elios* llevaba también el nombre de *panoptes*, el que todo lo ve. En la máxima cumbre, Dios ha sido simbolizado en un ojo al que nada se esconde. Por algo la reverencia se manifiesta bajando la cabeza, renunciando a mirar. Todos los poderosos son pacientes de Argos quien –según el testimonio de Ovidio en las *Metamorfosis*– tenía cien ojos en la cabeza y sólo pudo ser vencido por un asalto musical de Mercurio”<sup>54</sup>.

## 2. LA CORPOREIDAD, CUERPO INVISIBLE

No somos Dios, ni ángel, pero sí imagen corpórea de un Dios Padre que no es cuerpo: ¿no será eso lo que hace que muchos cuestionen el cuerpo, junto con la idea de que cuanto sale del cuerpo es pecado?<sup>55</sup> Gústenos o no, no solo tenemos cuerpo, como si fuera algo separado del alma; somos cuerpo, lo cual está muy bien, pues si somos humanos no podemos prescindir de ser corporales. Pocos lo han expresado mejor que Juan Luis Ruiz de la Peña: el hombre es visto en la Biblia como unidad sicosomática; el vocabulario antropológico bíblico (incluso el de los libros escritos en griego) desconoce el binomio alma-cuerpo y describe al ser humano indistintamente como carne animada o como alma encarnada. Lo que existe realmente es lo unido: en el hombre concreto no hay ‘espíritu’ por un lado y ‘materia’ por otro. El espíritu en el hombre no es un espíritu puro, sino la forma del cuerpo, que no es una materia bruta, sino la informada por el espíritu, el cual no es una cosa junto a otra (materia, cuerpo, *Körperlichkeit*), sino un principio de la materia, su factor estructural, el núcleo informador de lo material y de lo físico, y bajo este aspecto es inmaterial. Y el cuerpo humano no es sino lo que resulta de la función informante del espíritu sobre la materia.

53 Cfr. Innerarity, D: *La vanidad y el orden social*. In “Sentimientos y comportamiento”. Universidad Católica San Antonio, Murcia, 2003, pp. 189 ss

54 *Ibi*, p. 197.

55 Cfr. Henry, M: *Yo soy la verdad y Encarnación*. Ambos en Ed. Sígueme, Salamanca, 2001. “Cuerpo” no expresa la riqueza totalizadora del vocablo “carne”, propia del ser humano, pues suena demasiado a resurrección del cuerpo físico, cuando en san Pablo no designaba sólo la parte corporal del hombre, sino al hombre entero.

El espíritu no cumple dos funciones dispares (una, ser espíritu; otra, ser forma de la materia); es espíritu informando, e informa en tanto que espíritu. A su esencia pertenece la corporeidad. A su vez el cuerpo no se limita a ser instrumento o base de despegue del espíritu humano; es más bien su modo de ser propio, su autorrealización espaciotemporal. Y no por decir esto se ‘espiritualiza’ la materia; lo que se está haciendo es ‘materializar’ el espíritu; si el cuerpo es la ‘materialidad’ del espíritu, el espíritu es la realidad del cuerpo. La unidad espíritu-materia cobra, pues, en el hombre su más estricta verificación. El espíritu finito es impensable a extramuros de la materialidad, que es su condición de posibilidad y que opera como su expresión y su símbolo; correlativamente, la materia alcanza su destino al ser alcanzada por el espíritu, que la modela y acuña a su medida<sup>56</sup>.

El equivalente hebreo de los términos griegos *anthropos* (hombre) y *anthrópinos* (humano) es ‘*adam*. El Antiguo Testamento designa al hombre con estos cuatro vocablos fundamentalmente, que son incluyentes:

– Carne (hebreo *basar*), frecuentemente el hombre en su caducidad, pero con dinamismo vital inmanente, animado por un aliento propio (*nephes*)<sup>57</sup>, traducido al griego por *sarx*<sup>58</sup> y al latín por *caro*<sup>59</sup>. “Nuestra carne no es cuerpo opaco, que cada cual arrastraría desde su nacimiento, ese cuerpo donde cada particularidad y cada defecto, cada modificación y cada abatimiento, cada arruga traza ineludiblemente sobre su rostro de hombre o de mujer los estigmas de su decrepitud y de su muerte. Nuestra carne porta en sí el principio de su manifestación; en su misma carne, dada a sí en la Archi-pasibilidad de la Vida absoluta, ella revela aquello que la revela a sí, ella es en su *pathos* la Archirrevelación de la Vida, la parusia del Absoluto<sup>60</sup>.”

- Alma (*nephes*), el hombre como vida ligada al cuerpo<sup>61</sup> al que aguarda un destino salvífico (*ruah*)<sup>62,63</sup>. San Pablo lo traduce por el griego *psije*<sup>64</sup>, unas veces contrapuesta a “espiritual” y otras no.
- Espíritu (*ruah*), el hombre como viviente<sup>65</sup>, como persona<sup>66</sup> en relación con Dios. San Pablo utiliza el término griego *pneuma*. En realidad, “la antropología neotestamentaria, y la paulina muy en particular, contempla siempre el ser del hombre a la luz de Dios; no está interesada en un con-

56 Ruiz de la Peña, J.L.: *Las nuevas antropologías. Un reto. a la teología*. Ed. Sal Terrae, Santander, 1983, pp. 218-230

57 *Sal* 78,39.

58 “Cuerpo” a veces equivale en Pablo a carne y adquiere así un cierto sentido negativo (*Rom* 6,6; 7,24), pero puede también utilizarse en sentido positivo.

59 “*Kai logos sarx egéneto*” (*Jn* 1,14); san Pablo prefiere el término, más helenizado, de *soma* (*1 Tes* 5,23). Hasta el rigorista Tertuliano llegó a escribir *caro cardo salutis* (la carne, gozne de la salvación).

60 Henry, M: *Encarnación*. Ed. Sígueme, Salamanca, 2001, p. 332.

61 *1 Sam* 19,11b.

62 El lenguaje de san Juan tampoco vacila ante este término hermoso, y por eso escribe: “La Palabra se hizo carne” (*Jn* 1,14), es decir, Cristo ha asumido verdaderamente nuestra condición humana corporal y carnal.

63 *Dt* 24,7a; *Ez* 13,18 ss

64 *1 Cor.*2.

65 *Salm* 146,4.

66 *Ez* 11,19.

cepto del hombre “en sí”; tal vez por la persuasión tácita de que ese hombre no existe, el misterio del hombre no se ilumina más que desde la presencia de Dios en él, la única capaz de hacerle superar el pecado y de hacerle vivir en plenitud. El concepto del hombre en san Pablo está cristológicamente orientado<sup>67</sup>. También en los escritores eclesiásticos del siglo II predomina una tendencia abiertamente escrituraria. En lugar de aceptar las nociones filosóficas, para sobre ellas construir la antropología histórica, ocurre al revés. Su insistencia en el cuerpo y en la resurrección de la carne manifiesta su decidida oposición a los gnósticos, que no creen en la salvación de lo material. La salvación del elemento ‘inferior’, el cuerpo, demuestra precisamente la grandeza y la omnipotencia de Dios. Es importante señalar que el elemento cristológico es determinante en la definición del hombre; no se concibe la antropología sin referencia a la cristología<sup>68</sup>.

- *Corazón (leb, lebab)*, el hombre interior y autopositivo<sup>69</sup>, en contraposición con su apariencia exterior<sup>70</sup>.

Otra corporeidad (*Leiblichkeit* en alemán, de la raíz *leb*) quizá conllevara otra forma de temporalidad. Seguir siendo con otra temporalidad el mismo cuerpo no es comprensible<sup>71</sup>. Así como mi “carne” no es la misma al nacer que a los sesenta años, así también entre la vida actual y la resucitada habrá continuidad y discontinuidad; es el mismo ser humano el que resucita, pero transformado en su verdadera y definitiva identidad. El cuerpo no se entrega a los cerdos, antes al contrario es templo vivo y toda vida humana ha de ser respetada. Porque hay muchas formas de no respetar el cuerpo. El ser humano es espíritu encarnado –del espíritu a la materia– y carne espiritualizada –de la materia al espíritu– Enteramente cuerpo y enteramente espíritu, existencia corporeizada que perteneciendo a la naturaleza puede trascenderla, su relación con la naturaleza no es puramente extrínseca, sino dialéctica, de intercambio y ascensión: “Dejemos de representarnos el ‘cuerpo’ y el

67 1 Cor 15,44ss.

68 Ladaria, L: *Antropología teológica*. Universidad Gregoriana, Roma, 1983, pp. 97-102.

69 Job 12,3.

70 Cfr. Ladaria, L: *Op. cit.*, 1983, pp. 89 ss.

71 “Se le acercaron unos saduceos, esos que niegan que haya resurrección, y le preguntaron: ‘Maestro, Moisés nos dejó escrito que si muere el hermano de alguno y deja mujer y no deja hijos, que su hermano tome a la mujer para dar descendencia a su hermano. Eran siete hermanos: el primero tomó mujer, pero murió sin dejar descendencia; también el segundo la tomó y murió sin dejar descendencia; y el tercero lo mismo. Ninguno de los siete dejó descendencia. Después de todos, murió también la mujer. En la resurrección, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos será la mujer? Pues los siete la tuvieron por mujer’. Jesús les contestó: ‘¿No erráis precisamente por esto, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios? Pues cuando resuciten de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en los cielos. Y acerca de que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en lo de la zarza, cómo Dios le dijo: ‘Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob’? No es un Dios de muertos, sino de vivos. Andáis muy equivocados’ (Mc 12,18-27). En medio del actual desmadre de las parejas que se des/re/precomponen, no hace falta recordar la actualidad de esta cuestión.

Pero esas preguntas saduceas son tan superfluas como estas otras: ¿cuándo sucederá la resurrección de la carne, inmediatamente después de la muerte?, ¿o es el alma la que inmediatamente tras la muerte goza de la visión de Dios, a la espera de la resurrección de la carne en un segundo momento? Lo importante es que tras la muerte pervive y subsiste el mismo yo humano, el mismo signo global. Pero, precisamente por ello, otra corporeidad conllevaría otra forma de temporalidad



‘espíritu’ como dos personajes de una figura coreográfica. El hombre es, en cada instante, una compenetración de alma y carne. El hombre es por entero espiritual y carnal, y en la vida personal trasciende los fenómenos particulares traduciendo la solidaridad órgano-síquica<sup>72</sup>, “es un cuerpo con igual título que es espíritu, todo entero cuerpo y todo entero espíritu; es un ser natural que por su cuerpo forma parte de la naturaleza, y por su espíritu trasciende este universo material en que se halla inmerso”<sup>73</sup>.

En la corporalidad, “la inteligencia no ‘ve’ la realidad impasiblemente, sino impresivamente. La inteligencia humana está en la realidad no comprensivamente, sino impresivamente. No hay dos facultades, una inteligencia y una sensibilidad, sino una sola facultad: inteligencia sentiente. Claro está, hay sensibilidad sin inteligencia: la mayor parte de los actos de sentir son ajenos a la inteligencia. Pero la inversa no es cierta: la totalidad de los actos intelectivos son formalmente sentientes”<sup>74</sup>. “El hombre, pues, no ‘tiene’ organismo ‘y’ psique, sino que el hombre ‘es’ psico-orgánico, es una sustantividad psico-orgánica. Es una estricta y rigurosa unidad estructural de sustantividad, es la unidad intrínseca, formal y estructural de organismo y psique. Este organismo es formal y constitutivamente ‘organismo-de’ esta psique; y esta psique es formal y constitutivamente ‘psique’ de este organismo. La psique es desde sí misma orgánica, y el organismo es desde sí mismo psíquico”<sup>75</sup>. En resumen, “no hay un puro sentir y además un inteligir, sino que lo que hay es estructuralmente intelección sentiente”<sup>76</sup>.

### 3. LA LLAMADA DE AUXILIO DE LA CORPORALIDAD

Y, cuando alguna de las cuatro dimensiones de esa corporalidad enferman, o todas ellas, adviene el dolor. No hay corporalidad sin enfermedad y pocas son las enfermedades sin dolor. El dolor es algo que no se podría describir, pero que muele. La cotidiana fenomenología reclama silencio y grito, a veces también gritos de silencio desgarrador, de decadencia o caída; todo enfermar es caer (“caer enfermo”), arrumbarse, desplomarse, venirse abajo sin firmeza (*in-firmis*, enfermo, no-firme), desequilibrarse, tornarse vulnerable, descender a plano más bajo, reducir la autonomía personal y aumentar la heteronomía funcional. En ocasiones la caída conlleva también desarraigo, salida de la propia casa e ingreso en el hospital o en el sanatorio mental como lugar frío y depósito receptor de minusvalías, como almacén de todos los retirados de la circulación, de todos los extraños al universo de los vivos, que se desplazan consumiendo kilómetros/vida. Al caer se

72 Cfr. Mounier, E: *Tratado del carácter*, Obras, II, Ed. Sígueme, Salamanca, 1993, capítulo tres.

73 Cfr. Mounier, E: *El personalismo*. Obras, III, Ed. Sígueme, Salamanca, especialmente “La existencia incorporada”.

74 Zubiri, X: *Sobre el hombre*. Alianza, Madrid, 1986, pp. 35-36.

75 *Ibi*, p. 59.

76 *Ibi*, p. 464.

deja de pertenecer al grupo al que se pertenecía con su correspondiente excomunión o excomunicación, lo que se agrava si la enfermedad conlleva pérdida de rango profesional, fuerte disvalor añadido para quienes habían medido su propia estatura por el lugar socioeconómico que venían ocupando en el mundo. Asimismo, el enfermo ve aminorado su interés en general, hasta tal punto que la corporalidad se convierte en foco de atención y de preocupación: “Uno de los síntomas más evidentes de que uno está restableciéndose se detecta, precisamente, en el hecho de que no habla de sus males corporales, de que empieza a olvidarse de sus extremidades, de sus órganos y de su corporalidad en general. Durante la experiencia de la enfermedad, la relación con la propia corporalidad se puede definir como una relación tiránica, y ello convierte al yo del enfermo en un servil vasallo de las necesidades de su cuerpo. El cuerpo deja de ser el instrumento del yo, para convertirse en el centro de gravedad de la persona”<sup>77</sup>.

Todo esto genera además en el enfermo fuertes sentimientos de reproche contra los demás y contra uno mismo: nadie me comprende ahora, los demás me han abandonado cuando más los necesitaba, ya no significo nada. Desde su situación de disimetría, el enfermo siente resentimiento e humillación en su imaginario psicológico. Tampoco falta el resentimiento contra el médico al que se le muere un paciente, ni la correspondiente vindicación en los tribunales, resentimiento que puede tornarse de todo punto irracional, por no aceptarse nuestra condición mortal: “¡Mi abuelo sólo tenía noventa y nueve años!”.

Más aún, como enfermo siento extraños a mí mismo a mi propio cuerpo y a mi propia mente, me espeluzna mi propia desidentificación, la forma en que el no-yo se apodera del antiguo yo. Una cierta incredulidad se asocia al padecer, no puedo creérmelo, yo estaba ayer tan bien, y hoy... una cierta tendencia a la fijación en el ayer para evitar el hoy le es connatural al enfermo que desea meter la cabeza bajo el ala luchando contra la agresividad deteriorante del momento. Obviamente, todo eso acompañado por la sensación de inseguridad respecto de las propias posibilidades de futuro, y del miedo a lo peor. Cuando la enfermedad se focaliza en alguna parte de nuestro cuerpo, nos sentimos alienados por esa parte, por lo que en cierto sentido nos apartamos del organismo ofensor y algunas veces lo rechazamos con antipatía, como si fuera un enemigo.

No pocas veces la enfermedad se inscribe en la constelación del sentimiento de culpa: ¿qué habré hecho yo para merecer esto? ¿por qué precisamente a mí? Las polineurosis de culpabilidad pueden ser un antecedente o un consecuente del caer enfermo y, desde la irritación e hipersensibilidad, llevan al paciente a exigir cada vez más cuidados y desvelos con una demanda crecientemente insatisfecha, que puede terminar siendo cruel y absorbente, tiránica sobre todo para con quienes más nos sirven y nos quieren, tanto más cuanto menos comenzamos a querernos a nosotros mismos o a no estar en paz con nosotros mismos. La enfermedad humana es siempre de la persona entera: cuerpo, mente, espíritu. Finalmente, tras la crisis

77 Torralba, F: *Filosofía de la medicina*. Institut Borja de Bioètica, Barcelona, 2001, pp. 59-60.

ontológica, el enfermo “sufre una crisis estructural, una metamorfosis radical de todo su ser, de orden psicológico, social, e incluso espiritual”<sup>78</sup>, una alteración en la esfera axiológica, de sus valores personales éticos y religiosos, como lo presenta Machado:

“¿Y ha de morir contigo el mundo mago  
 donde guarda el recuerdo  
 los hálitos más puros de la vida,  
 la blanca sombra del amor primero,  
 la voz que fue a tu corazón, la mano  
 que tú querías retener en sueños,  
 y todos los amores  
 que llegaron al alma, al hondo cielo?  
 ¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo  
 la vieja vida en orden tuyo y nuevo?  
 ¿Los yunques y crisoles de tu alma  
 trabajan para el polvo y para el viento?”.

Y todo esto pasa de castaño oscuro si el sanador carece de empatía con el enfermo, dada la arrogancia de una cultura cimentada en el principio del superhombre que lo puede todo mediante su ingenio y sus artificios técnicos y sus estructuras pedunculantes: acto y control médico se convierten entonces no en una sinergia médico-enfermo, sino en una *hybris* o soberbia médico-máquina. Y eso sin contar con que también el médico puede llegar a ser un problema para el enfermo: su insensibilidad hacia la corporalidad y hacia los valores personales del paciente, el exceso del curar y el déficit del cuidar, la ausencia de participación del paciente, la superespecialización, en definitiva la cosificación inhumanitaria hacia el paciente, incluso el no cuidarse del propio médico, atentan contra la salud del paciente mismo. Sin *techne*, ni *philantropia* ni *paideia* rehabilitadora, ¿dónde queda el papel de la compasión? Ahora bien, quien carece de entrañas de misericordia con el paciente mata su esperanza, o sea, al ser humano. La enfermedad es para muchos el encuentro dramático con la esperanza, con esperanza activa, pues un hombre que no participe activamente en las esperas intramundanas no tiene ninguna razón para presentarse como sujeto de esperanza<sup>79</sup>.

78 Torralba, F: *Op. cit.*, p. 54.

79 Ruiz de la Peña, J. L.: *Muerte, esperanza y salvación*. Ed. Fundación Mounier, Madrid, 2004, pp. 32-33. Para no pocas personas, “la muerte es la condición para que el tiempo se abra a la eternidad, porque nada de lo que el tiempo produce puede por sí mismo gestar definitividad. Ni la belleza, ni el amor ni la gloria pueden pervivir sin morir. La muerte las arrasa a la vez que las salvaguarda. Toda belleza es un gozo imperecedero, mas toda belleza tiene que pasar por la muerte. Y todo amor es una posesión eterna, aun cuando el morir exija la separación. Pero nada verdadero, nada bello y nada bueno perece, sino que todo se eterniza” (González de Cardedal, O: *Ibi*, pp. 146-147). Podemos, pues preguntarnos -no sólo- ante el rostro de la pelona Parca: “¿Qué es más admirable, la creación a partir de la nada, o la resurrección a partir de la muerte?” (González de Cardedal, O: *Sobre la muerte*. Ed. Sígueme, Salamanca, 2000, p. 49). Todo esto, y mucho más que esto, es lo que hay detrás de una receta médica y de una entrega farmacéutica.

#### 4. LA LLAMADA Y LA RESPUESTA

Así las cosas, la existencia de la farmacia responde a la abundancia del dolor y de la debilidad, que se traducen en peticiones directas o indirectas de auxilio, en *vocativo*. Lo que ocurre es que en la vida diaria el pobre, el enfermo, muchas veces ni siquiera se atreve a pedir, ya sea por miedo, por soberbia, por experiencias negativas anteriores, por memorias de naufragios.

Sin embargo en la vida los que mejor saben pedir son los niños, con su llanto. Saben pedir y además agradecer. Los niños se agitan enteramente de arriba abajo, estremecen su cuerpo de alegría agradecida cuando reconocen a sus cuidadores y amigos. En esas circunstancias tendremos que tratar a los adultos como niños –evidentemente, con respeto– para que pidan y confíen: la farmacia es más que farmacia, es arte de suscitar la invocación, vocatividad en ejercicio.

Desde la recepción de ese vocativo, ayudar a curar exige comprender que el vocativo exige un *genitivo*. El que necesita beber demanda una fuente, un “de dónde”, una madre de la cual nos advenga el cariño, la nutrición, el afecto. No hay animal alguno, y mucho menos el ser humano, que pueda crecer maduro sin alguna clase de amor entregado a él alguna vez por alguien. Por eso uno no descubre la madurez de su existencia en el egocéntrico *yo pienso luego yo existo*, sino en el pasivo y menesteroso *soy amado luego existo*. Y por eso sanar es entregar el cariño gracias al cual los enfermos puedan y logren re-generarse en el génesis del genitivo.

Pero el genitivo demanda a su vez el arte de pasar al *dativo* de la restauración y de la fusión con el débil por la efusión del amor, del don *per-manente* en el *per-don*. Hacerse dativo, don nato, donativo, afianzarse en el don que infunde vida es hacer salud, la cual sabe que hay más alegría en dar que en recibir.

Por su parte el dativo campa a sus anchas en el *ablativo*, es decir, en el trato amoroso en todo tiempo y lugar, sin acepción de personas ni excepción alguna, trato amoroso en todos y cada uno de los casos (con la excepción del “acusativo” acusica). Medicinar en ablativo significa, pues, sanar en la raíz mediante el ejercicio de lo que de verdad pone bueno y fuerte, a saber, el hacer de la vida un ejercicio de entrega, aunque sea dentro de los límites de la condición humana, que no son precisamente pequeños. No olvidemos que la paciencia es un don, pero para alcanzar ese don hay que tener paciencia. Bien sabemos lo difícil que eso resulta. Decía Moliere en su “Médico a palos”: “La medicina puede tener tanta virtud curativa cuanta salud pudiéramos observar en el estado del enfermo”. Y nosotros añadimos: “y del médico”.

Y, cuando se ha ejercido el ablativo con modestia, sin hablar de él, viene al final (y no al principio) el *nominativo*. Al nominativo se llega al final de la existencia, no enfatuadamente; por tanto, cuando se ha descubierto la condición vocativa, la alegría genitiva, la entrega dativa, y la ejercitación ablativa. Por eso decía santo Tomás de Aquino aquello tan certero de que el amor es el nombre de la persona.

Así pues, uno no se pone a sí mismo el nombre, por mucho que lo intente. El verdadero nombre nos lo pondrán “*post mortem*” los demás según el comportamiento que hayamos tenido para con ellos. Y definitivamente, si existe, quien pondrá el nombre será el mismo que creó el cielo, la tierra y las estrellas: así como fue el Señor de todas las realidades quien dio en el comienzo el nombre a las mismas, así también será el Señor quien lo ponga al final de los tiempos. Pues quien nombra de verdad es quien de verdad sabe. “Habría que preguntarse si un hombre que no ha tenido experiencia del amor, que no se haya sabido amado por alguien nunca, que no haya amado a alguien nunca, puede creer en la inmortalidad. Difícilmente se le aparecerá la vida como algo suficientemente valioso como para sobrepasar la muerte”<sup>80</sup>. Frente a eso, en el mundo futuro no habrá invalidez, ni desvalimiento, ni vejez, pues “la vejez no es más que una infancia en que hay conciencia de la muerte”<sup>81</sup>.

“Gracias quiero dar por el amor,  
que nos deja ver a los otros  
como los ve la divinidad” (Borges).

## 5. GOZO EN LA TRIBULACIÓN

A los pocos días de nacer, su hija primogénita, Françoise, adquiere una enfermedad irreversible y mortal como resultado de una vacuna mal puesta. Si en algún evento se aprecia la talla humana y la radicalidad de la fe cristiana de Emmanuel Mounier es en la forma en que afronta esta situación dramática. “Es necesario que participemos de la permanencia de la Pasión en el tiempo, en los hombres que me cruzo en la calle, en los burócratas de mi alrededor que me exasperan y en esta mediocridad que dejo instalarse en mí por otra cosa que no sean artículos o ‘impulsos generosos’. Yo no sé por quién trabaja esta carita pobre y oscurecida, esta herida en nuestro costado que durará quizás años y años... El último estado de Françoise ha creado una gran tristeza profunda que marcará indudablemente el final de mi juventud empírica... Y me inunda dulcemente una nueva, una inmensa ternura hacia una niña herida, cuya imagen escondida sería nuestra espera humana más hermosa para más allá del tiempo... ¿Qué sentido tendría todo esto, si nuestra muchachita no fuese más que un pedazo de carne hundido no se sabe dónde, un poco de vida accidentada, y no esta blanca hostia que nos sobrepasa a todos, una infinitud de misterio y de amor que nos deslumbraría si lo viéramos cara a cara; si cada golpe más duro no fuera una nueva elevación, que es una nueva cuestión de amor cuando nuestro corazón empieza a estar acostumbrado y adaptado al golpe precedente? Oyes la pobre vocecita suplicante de todos los niños mártires del

80 Ruiz de la Peña, J. L.: *Muerte, esperanza y salvación*. Ed. Fundación Mounier, Madrid, 2004, p. 92.

81 Unamuno, M. de: *Abel Sánchez*. O.c. vol. II, p. 759.

mundo y el pesar por haber perdido la infancia en el corazón de millones de hombres que nos preguntan como un pobre a la vera del camino: ‘Decidnos, vosotros que tenéis amor y las manos llenas de luz, ¿vosotros queréis dar también esto por nosotros? Si no hacemos más que sufrir –experimentar, aguantar, soportar– no resistiremos y fallaremos a lo que se nos ha pedido. De la mañana a la tarde, no pensemos en este mal como algo que se nos quita, sino como algo que damos para no desmerecer de este pequeño Cristo que está en medio de nosotros, para no dejarle solo en el trabajo con Cristo. No quisiera que perdiésemos estos días porque olvidáramos tomarlos por lo que son: días llenos de una gracia desconocida’<sup>82</sup>.

“Y esta mano no nos dice si nos la tomará o si nos la devolverá pero, al dejarnos en la incertidumbre, nos dice: ‘Dadnos a esta niña por ellos’. Y dulcemente, juntos, corazón con corazón, sin saber si Él la guardará o nos la devolverá, vamos a dársela a Él. Porque nuestras pobres manos débiles y pecadoras no son suficientes para tenerla, y porque sólo si la hemos puesto en sus manos tenemos alguna posibilidad de encontrarla de nuevo, estamos seguros en cualquier caso de que lo que ocurra a partir de ahora será bueno. Así ocurre. Ahora estamos en nuestra verdadera situación de cristianos. Es muy hermoso ser cristianos por la fuerza y la alegría que esto da al corazón, por la transfiguración del amor, de la amistad, de las horas y de la muerte. Y, después, se olvida la cruz y la noche de los Olivos’<sup>83</sup>.

Todo sufrimiento integrado en Cristo pierde su desesperación, su misma fealdad, añadía Mounier: “Nada se parece más a Cristo que la inocencia sufriente”<sup>84</sup>. “Sentía acercarme a esta cuna sin voz como a un altar, como a algún lugar sagrado donde Dios hablaba como por un signo. Una tristeza penetrante y profunda; profunda, pero ligera y transfigurada. Y alrededor de ella una adoración, no tengo otra palabra. Nunca he conocido de forma tan intensa el estado de plegaria como cuando mi mano le decía cosas a esta frente que no respondía nada, cuando mis ojos se arriesgaban hacia esta mirada distraída, que llevaba lejos, lejos por detrás de mí, no sé qué acto emparentado con la mirada, un acto que miraba mejor que la mirada. Misterio que sólo puede ser de bondad; me atreveré a decir: una gracia demasiado grave, una hostia viva entre nosotros, muda como la hostia, resplandeciente como ella... ¿Qué quiere decir para ella ‘ser infeliz’?, ¿quién puede decirnos que ella lo es?, ¿quién sabe si no se nos ha pedido que guardemos y adoremos una hostia entre nosotros, sin olvidar la presencia divina bajo una pobre materia ciega? Mi pequeña Françoise, tú eres para mí la imagen de la fe (‘Aquí abajo la conoceréis en enigma y como en un espejo’)... La guerra ha acabado de curarnos de la enfermedad de Françoise. Tantos inocentes desgarrados, tantas inocencias pisoteadas; esta niña inmolada día a día constituía quizá nuestra presencia en el horror del momento... Ahora que la amenaza de abril se ha alejado, ahora que parece que debemos continuar juntos, Françoise, hija mía, sentimos que una historia interviene en nuestro diálogo: resistirnos a las formas fáciles de la paz firmada con el

82 IV, 752-753.

83 IV, 754.

84 IV, 755.

destino, seguir siendo tu padre y tu madre, no abandonarte a nuestra resignación, no acostumbrarnos a tu ausencia, a tu milagro; darte tu pan cotidiano de amor y de presencia, proseguir la plegaria que tú eres, reavivar nuestra herida, puesto que esta herida es la puerta de la presencia, permanecer contigo”<sup>85</sup>. “Siento igual que tú un gran cansancio y una gran calma a la vez; siento que lo real, lo positivo, es la calma, el amor de nuestra pequeña hija que se transforma dulcemente en ofrenda, en una ternura que la desborda, que sale de ella, vuelve sobre ella, y nos transforma con ella; y siento solamente que el cansancio se debe a que el cuerpo es muy frágil para esta luz y para todo lo que había en nosotros de habituado, de ‘pose-sivo’ con nuestra niña que se rompe lentamente para un amor más hermoso. Sólo nos queda ser lo más fuertes que podamos con la plegaria, el amor, el abandono y la voluntad de mantener la alegría profunda en el corazón”<sup>86</sup>. “Pienso acercarme a Lourdes no para pedir el milagro material, sino para “conocer en cualquier caso la alegría de ganar una niña siempre enferma, la alegría de haber creído en la gratuidad de la gracia de Dios (y no en su automatismo terapéutico), la alegría de saber que no se niega el milagro a quien lo recibe por adelantado bajo todas sus formas, incluso bajo sus formas invisibles, incluso bajo sus formas crucificadoras...”<sup>87</sup>. “La suerte de Françoise no es ya un trueno en las esperanzas del verano, sino un eslabón fraternal de la gran desgracia humana, sin la cual estaríamos un poco a la zaga”<sup>88</sup>. “Con todo mi corazón, con todo nuestro corazón, espero que Françoise sea lo que nos gustaría que fuera, pero si Dios quisiera otra cosa, no estoy seguro de que no encontraríamos una alegría espiritual mayor haciéndola caminar por caminos oscuros que haciendo de ella una mujercita corriente”<sup>89</sup>. “Hay que transformar en alegría todo lo que la felicidad nos niega”<sup>90</sup>. En esta perspectiva, lo que habitualmente se considera una “desgracia” aparece como la visita de “alguien muy grande”, ante el cual debemos ponernos en adoración<sup>91</sup>.

85 IV, 763-764.

86 IV, 753.

87 IV, 755.

88 IV, 756.

89 IV, 729-730.

90 IV, 721.

91 IV, 764.





## V. LA DESVENTURA DEL ROSTRO POR MÍ ENAJENADO

### 1. EL ENCONTRONAZO INFELIZ DE NUESTROS ROSTROS

Antes del descubrimiento del Nuevo Mundo por los europeos, el área correspondiente al actual territorio brasileño estaba habitada por varios grupos tribales étnicamente distintos. La baja densidad de población, asociada a un género de vida nómada, constituyen los principales rasgos diferenciadores entre estos grupos y sus contemporáneos de la América andina. Hasta el año 1500, el número de indígenas fue estimado en cerca de un millón de individuos, agrupados en pequeñas comunidades locales. Los grupos dominados, conocidos como tapuyas, fueron vencidos probablemente por tener un mayor grado de nomadismo y de diferenciación lingüística que sus dominadores, los tupís. Sin embargo, el curso de los acontecimientos vino a ser más tarde favorable a las tribus nómadas. Los tupís, que se habían asentado en la franja costera, son los que entran en contacto con los conquistadores portugueses, constituyendo al mismo tiempo la principal fuente de resistencia organizada frente a los designios de los colonizadores. Sin embargo, la civilización europea acabó por aniquilarlos; en cuanto a las tribus dispersas por el interior, a pesar de verse obligadas a sucesivas migraciones, fueron las que finalmente lograron sobrevivir.

En general, el pensamiento de los evangelizadores americanos se expresa en el siguiente principio: para ser cristiano, el indio necesita primero ser hombre, es decir, pensar y vivir como ser humano; primero hay que cuidar que el bárbaro se humanice, a fin de que después se cristianice: el habituado a costumbres tan bárbaras como las indígenas no puede adoptar el cristianismo: para ser humano hay que ser cristiano, la identidad cristiana define la humana<sup>92</sup>.

La sinonimia entre bárbaro e indio es tan completa, que la barbarie aparece como el presupuesto epistemológico al que se enfrenta el principio colonizador y evangelizador: los indígenas son hombres, no carecen de racionalidad, ni su

92 Cfr. Borges, P: *Primero hombres, después cristianos. La transculturación*. In Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas. BAC, Madrid, 1992, I, pp. 521 ss.

cuerpo es mero cuerpo sin alma, pero no se comportan como personas humanas debido al rezagadísimo estadio cultural en que se encuentran. Como conquistador sólo reconozco al otro cuando me parece que se me parece; entonces se me aparece con un parecer personal. Lo que se parece a mí se parece al ser humano, yo soy el principio de identidad anterior a toda diferencia y dador de ella.

Conquistadores y teóricos distinguieron entre indios semibárbaros o semicivilizados (habitantes de los grandes imperios orientales, como los chinos y los japoneses, porque tenían repúblicas estables, monumentos y escritura), indios simplemente bárbaros o sin civilizar (indios de la América prehispanoportuguesa, que también gozaban de sistemas de gobierno estables, pero observaban leyes y costumbres impropias de la persona humana), e indios totalmente ajenos a la civilización o sumidos en la barbarie más profunda (etnias sin rey ni ley). Tamaña escala de barbarie descendente fue trazada, pues, según la mayor o menor cercanía de los nativos a la civilización occidental. Esto no impide el cambio de perspectiva pues, en su primer viaje, Colón admira al indio porque espontáneamente ofrece agua al conquistador, y hasta comparte con él sus propias pertenencias, pero este juicio irá empeorando según se vaya consolidando la dominación. También a tenor de esta gradación será distinta la actitud de los teóricos de la conquista, dividida entre quienes elogian sin reservas los aspectos positivos de las culturas indígenas, al mismo tiempo que lamentan sus aspectos negativos, y quienes insisten en la barbarie de los pueblos que conquistan y evangelizan, porque en ellos está ausente la civilización. En este último caso pasan a ser sinónimos al término “indios” los de brutos, bestias, monstruos racionales, hombres que parecen fieras, indios aunque hombres, etc, entonces tan habituales y arraigados que Solórzano Pereira escribirá en 1647 que el calificativo de “bestia” se ha generalizado precisamente por influencia del modo de designar a los amerindios.

Así pues, el indígena americano no podía insertarse plenamente en la identidad occidental y cristiana mientras no adoptase la identidad ajena a la suya propia. Expresiones como “ponerse en policía”, “ponerse en civilidad” o “civilizarse”, convertirse en “civilizado” lo delatan con toda claridad<sup>93</sup>. Para el conquistador es teratológico o monstruoso todo lo nuevo, de ahí la necesidad de forzar al abandono de las costumbres “ferinas” o impropias de la persona: primero, la supresión de prácticas consideradas contrarias a la naturaleza, la poligamia, la embriaguez, el entierro de la viuda con el cacique muerto, la desnudez, etc; después, la supresión de prácticas idolátricas (también considerada antinatural).

Una actuación semejante se presta a múltiples controversias, por lo que ofrece como mínimo dos ángulos de enfoque distintos, a los que se pueden agregar posiciones intermedias y todo tipo de matices<sup>94</sup>. Para la perspectiva *endogenista* lo

93 Lo malo es que tal posición típica es siempre “la madre de todas las batallas”, pues se repite en la Ilustración (*l’homme comme citoyen*), siendo considerado oscurantista barbarie lo que no se adapta a la racionalidad inaugurada por Descartes.

94 Borges, P: *La Iglesia y las culturas prehispánicas*. In “Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas”. BAC, Madrid, 1992, pp. 672 ss.

importante es la autoctonía, la cultura indígena, y no el supuesto nivel de progreso o de bienestar que hipotéticamente pueda introducir la cultura occidental. Para la perspectiva *exogenista*, no pudiendo coexistir dos culturas, se prefiere la más desarrollada en los niveles tecnológicos, sanitarios, económicos, intelectuales y morales, pues lo primero y principal en todo encuentro es el hombre, luego las formas culturales. En términos de evolución sociocultural, la conquista hizo evolucionar del paleolítico, o del neolítico en algunos casos, al estadio cultural europeo de los siglos XVI en adelante. Toda civilización es sustitutiva, en el sentido de que destruye en unos casos y reemplaza en ese momento lo que no considera útil o lo que estorba, y evolutiva, en cuanto que cada cual es hijo de su tiempo y la escala de valores o la mentalidad cambia con él. ¿Qué se nos reprochará a nosotros, que nos consideramos cultos, dentro de otros quinientos años, si las mismas generaciones nuevas abrigan ya preocupaciones culturales inexistentes hace solamente tres lustros? Nosotros mismos prescindimos hoy de toda consideración cultural al destruir tantas cosas valiosas con motivo de una guerra, de una revolución, o de un simple cambio de gusto estético o de régimen político; permitimos que desaparezcan por incuria o simple conveniencia cosas a las que no damos valor, pero que posiblemente lo tendrán mañana; o sólo ahora comenzamos a prestar atención a aspectos, como el de la conservación de la naturaleza, el ecologismo, que son trascendentales no sólo para la cultura, sino para la subsistencia de la propia humanidad. ¿Hemos pensado que dentro de quinientos años pueden hablar esas generaciones tan mal de nosotros como nosotros de los primeros conquistadores del propio Brasil? En ambos casos habría que tener en cuenta que:

- Constituye un anacronismo exigir que los conquistadores del pasado tuvieran la misma sensibilidad cultural y axiológica que nosotros.
- No deja de ser una injusticia exigir de ellos una perfección en la conquista que no se puede pedir nunca a ningún humano de ninguna cultura.
- Algunos de ellos fueron los primeros en criticar los propios excesos cometidos.
- La transculturación no fue total: los conquistadores mismos nos han transmitido el conocimiento de lo que hicieron desaparecer. Fueron los europeos (los evangelizadores) quienes se preocuparon de transmitir por escrito las concepciones religiosas de los indios evangelizados contra las que ellos luchaban, dejando definitivamente establecida una pionera antropología cultural (gramáticas, lexicografías, etc) americana de la época anterior a la conquista.
- Si lo que se condena es el hecho de iniciar una guerra de conquista (la cuestión de la “guerra justa”, a no confundir con la “guerra santa”) ¿no sigue haciéndolo la humanidad “civilizada”? ¿no invaden los EEUU los países grandes y pequeños que desean, cuando lo desean, y como lo desean, dando además lecciones de humanidad y de moralidad al mundo entero, o al menos pretendiendo darlas a todas horas? ¿no produce el eterno desembarque *yankee* de la sociedad neocolonial neocapitalista y neoliberal bárbaros como los de siempre, acaso no es una fábrica de bar-

- barie? ¿este proceso de transculturación practicado en Iberoamérica no fue similar, en cierto sentido, a la romanización y a la europeización de los pueblos germánicos practicadas en tiempos anteriores, así como a la que se produce en todo proceso de “encuentro” o encontronazo entre culturas?
- Si la burguesía criolla neocolonial y su descendencia supuestamente enemiga de la conquista (afincada también en las cátedras, desde las cuales no sólo no impide, sino que favorece el expolio de los más desheredados) se aplicase a sí misma los mismos criterios, tendría que reconocer que lo está haciendo aún peor que los conquistadores, tanto respecto de su propio país, como respecto del capitalismo transnacional con el que colabora, transnacional pero sobre todo norteamericano, al que esa burguesía, ultranacionalista en apariencia, abre sus puertas de par en par a costa de los pobres del mundo. Con el agravante de que lo hace quinientos años después. En resumen: si nos aplicasen a nosotros dentro de cinco siglos los mismos reproches anacrónicos que nosotros dirigimos a los conquistadores ¿saldríamos mejor parados que los conquistadores antañones?

## 2. EL CHOQUE CON EL ROSTRO DEL INMIGRANTE

### 2.1. CUANDO EL ROSTRO DE LOS MÁS ABUNDANTES ES EL MENOS SIGNIFICANTE

¿Por qué emigran las personas de un lado a otro de la Tierra buscando un lugar donde poder reclinar la cabeza? Sencillamente, porque su modo de vida ha llegado a resultarles insoportable. Un mundo perverso ha llevado a muchos a la necesidad de emigrar o morir. Emigrar es atravesar el desierto a pie enjuto, lo absolutamente opuesto al turismo bonito. La emigración es un imperativo de supervivencia. Pueblos e individuos tienen dos formas dramáticas de supervivencia, la revolución, o la emigración, sin olvidar que ésta –cuando es masiva– puede conllevar una revolución en el país receptor, que apercibiéndose invadido se defiende con todos los medios a su alcance, ya sea con la contundencia de sus tanquetas represoras, o con la de sus leyes de extranjería: ¿cómo explicar, en efecto, los golpes de los agentes represivos de Ceuta, sin el tratado de Schönggen, cómo entender los mazazos de los policías-gorilas del Río Bravo sin el Pentágono? Para mantener bien jalbegada la Casa Blanca y similares sepulcros blanqueados, los Estados han de ensuciarse las manos en la represión. Es igual en todas las latitudes, aunque los estudiantes de jurídico-empresariales o de derecho comunitario europeo del CEU no quieran verlo. Se trata, desde luego, de una batalla campal, que desde las mismas fronteras extiende su campo de operaciones por todo el país; sin embargo, la madre de todas las batallas está en el control de las aduanas, de las zonas francas, de los pasos por donde el caballo de Troya puede entrar cargado de bárbaros invisibles y famélicos.

Pero en todo caso lo que impulsa al extranjero a inmigrar es la expulsión de su propio lar. El extranjero es un autóctono centrifugado en la propia tierra, obli-

gado a huir o fugarse a su vez del país que le recibe. Dos veces fugado, dos veces pobre, el extranjero vive en situación de permanente huida, y en ella su propia identidad se ve enajenada. Ocurre que, al huir buscando hacer propio lo ajeno enajena lo más propiamente suyo. En efecto, ¿cómo vive la ciudadanía del Tercer Mundo que se ve obligada a la hégira del propio país— y a la explotación en el país de llegada? Vive en el momento del *des*: instalada en la privación, en la carencia, en la desmedulación de su *ethos*, des-moralizada en suma. Entre el miedo y la impotencia, entre la desconfianza y la maledicencia, entre la frustración y la desesperación, en verdad ¿qué son los reinos sino grandes latrocinios cuando no existe justicia?<sup>95</sup>.

No, no es éste un mundo fácil para los emigrantes, cada vez más numerosos y cada vez más pobres (más pobres más pobres) mientras los ricos cada día más ricos. La expulsión masiva de millones de personas de la relación laboral en el mundo entero tiene sus primeras expresiones en la disminución de ingresos económicos, o en determinados casos en la ausencia total de los mismos; a su vez, de ahí se deriva tanto su creciente marginalización objetiva, es decir, su ruptura con toda la trama relacional de la vida privada (privada así de vida), como su desesperanza subjetiva, al percibirse a sí mismos como sujetos no rentables e inútiles que sólo representan una carga para los demás y para las instituciones: en definitiva, una incertidumbre y un vacío de sentido como resultado de una crisis de identidad.

Pero existe un escalón aún mucho peor; en efecto, entre estos desempleados que emigran se encuentran los ilegales, los indocumentados, los sin techo, las minorías étnicas, las personas con problemas personales (minusválidos, ex-enfermos mentales, marginados crónicos, excarcelados), o con problemas judiciales (libertad condicional, tercer grado, condenas alternativas), etc, muchos de ellos con serias dificultades adicionales tales como falta de actitud y de aptitud adecuadas para llevar adelante una vida laboral normalizada. Estas personas desestructuradas existencialmente han agotado todas las prestaciones o subsidios, si los tuvieron alguna vez, de ahí su absoluta carencia de renta; además estas gentes se encuentran con dificultad para acceder a los recursos disponibles, tales como planes de empleo, cursos de formación ocupacional, formación reglada, escuela de adultos, subsidios ocasionales; peor todavía, cada vez deviene mayor el número de los que se saben excluidos no sólo del mercado de trabajo convencional, sino incluso de los hoy ya complicados círculos de trabajo alternativos tradicionalmente ocupados por colectivos desheredados (venta ambulante, quincallería, chatarra, etc), de los cuales a su vez van siendo progresivamente expulsados por los grupos “afortunados” provenientes del desempleo.

Esta es la paradoja: que la clase social más abundante es precisamente la que menos significa; hay una relación inversamente proporcional entre abundancia y significación: los menos abundantes resultan ser los más significantes, y los más abundantes los más insignificantes. Si tales gentes podrían sentirse en su propio país como

<sup>95</sup> *Remota itaque iustitia, qui sunt regna nisi magna latrocinia?* (San Agustín: *De civitate Dei* 1,4,4).

un perro al que nadie saca a orinar, en país ajeno son tratados como perro flaco y pulgoso al que todos tratan de apalear. Helos, pues, ya aquí, llamando a nuestra puerta deshechos y desechados social, profesional, familiar y personalmente muchos de ellos, cada vez más y más. La puerta del segundo mundo se abre a la del tercero y ésta a la del cuarto. Es un cáncer con metástasis malignas que malignizan todo el cuerpo social cada día un poco más. La famosa cultura de la pobreza se convierte en cultura de la miseria y siempre viene detrás otro más mísero comiendo las cáscaras que el mísero arrojó.

## 2.2. ROSTRO “AM HAAREZ”

Han cambiado muchas circunstancias, pero los ricos no ceden en su voracidad según la medida de sus posibilidades, mientras los pobres siguen como siempre milenio tras milenio: “Siempre tendréis pobres con vosotros”. En el corazón del opulento Occidente vuelven a encontrarse los eternos pobres, los *am haarez* de tiempos de Jesús, los que escuchaban su palabra, semianalfabetos sin otro horizonte que el de encontrar trabajo, comer, dormir y morir, que vivían en un tiempo y en una tierra muy duros, que sabían que cuando un año faltaban las lluvias en otoño tal vez sería ya imposible la siembra y que después vendría un año de hambre. Y a ellos Jesús les insta a vivir según las Bienaventuranzas, que no eran dulces mensajes para beatas o piadosas almas de Dios.

Empero –recuerda José Luis Martín Descalzo– “este monte de las Bienaventuranzas es como un preludeo del Calvario. El día que Jesús enseñó las bienaventuranzas firmó su propia sentencia de muerte. Es cierto: no puede predicarse algo tan contrario a la sabiduría de este mundo sin que el mundo acabe vengándose y llevando al predicador a la muerte. De hecho, Jesús enseñó las bienaventuranzas en un monte y las puso en práctica en otro. Porque decir las cosas que dijo es el mejor camino para crearse enemigos. El sermón de la montaña es una opción. Y una opción por la locura. La crucifixión no puede estar lejos de quien se atreva a decir: Ay de vosotros, los ricos. Tampoco puede estar lejos de quien hoy se atreva a creerlo. Por eso hay que subir a este monte descalzos y temblando. Por eso hay que empezar destruyendo la piadosa caricatura que unta este sermón y estas bienaventuranzas de dulzura y confitería. Este es un monte de alegría. Pero de esa que hay al otro lado de la zarza ardiendo”<sup>96</sup>.

“Vamos a ver hombre;  
cuéntame lo que me pasa,  
que yo, aunque grito, estoy siempre a tus órdenes” (César Vallejo).

La única posible teología de la caridad se manifiesta en la opción preferencial por los pobres, que no puede ser la de “todo para los pobres pero sin los pobres y fuera de ellos”. Como dijera Albert Camus, “uno no puede ponerse del lado de

96 *Vida y milagros de Jesús de Nazareth*. Ed. Sígueme, Salamanca, pp. 643-644.

quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la padecen”. El resto es lo habitual: -¡Cómo has cambiado de ideas, Manolo! -Que no, Pepe. -Que sí, Manolo. Tú eras monárquico. Te hiciste falangista. Luego fuiste franquista. Después, demócrata. Hasta hace poco estabas con los socialistas y ahora eres de derechas. ¿Y dices que no has cambiado de ideas? -Que no, Pepe. Mi idea ha sido siempre la misma: ser alcalde de este pueblo.

“La dura realidad es una desoladora confusión de hermosos ideales y torpes realizaciones, pero siempre habrá algunos empecinados, héroes, santos y artistas, que en sus vidas y en sus obras alcanzan pedazos del Absoluto que nos ayudan a soportar... Me siento entonces un triste testigo de la inevitable transmutación de las cosas que se revisten de una eternidad ajena a los hombres que las usaron”<sup>97</sup>. Pero no hay que quedarse en eso, maestro Sabato, hay que recobrar el aliento, prolongar la *missa* en verdadera *missio*, hay que desalambrar: “¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también. ¿Son descendientes de Abraham? También yo. ¿Son ministros de Cristo? (Como si estuviera loco hablo) Yo más; en trabajos, más abundante; en azotes, sin número; en cárceles, más; en peligros de muerte, muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he sido naufrago en alta mar; en caminos, muchas veces, en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez. Y además de otras cosas, lo que sobre mí se añade cada día: la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿A quién se le hace tropezar y no me indigno? Si es necesario gloriarse, me gloriaré en lo que es mi debilidad. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos, sabe que no miento. En Damasco, el gobernador de la provincia del rey Aretas puso guardias en la ciudad de los damascenos para apresarme; y fui descolgado en un canasto desde una ventana del muro, y escapé de sus manos”<sup>98</sup>.

### 2.3. LA MALETA, ATAÚD DEL ROSTRO OSCURO

Mientras tanto, esto que hoy le ocurre a las tres cuartas partes de la humanidad le ocurría a la España de los años cincuenta, aquella España de la maleta, que con tanto acierto y sensibilidad cantó el poeta canario Pedro Lezcano:

“Ya tengo preparada la maleta,  
una maleta grande, de madera;  
la que mi abuelo se llevó a La Habana,  
mi padre a Venezuela...”

97 Sabato, E: *Antes del fin*. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1999, p. 35.

98 2 Cor 11,16-33.

Ha servido de todo. Como banco  
de viajar en cubierta,  
y como mesa y, si me apuran mucho,  
como ataúd me han de enterrar en ella”.

¡Cuántos emigrantes, en efecto, han terminado y siguen terminando sus vidas en el ataúd de su maleta! Aquella emigración de nuestros padres y abuelos fue durísima. Personalmente llegué a conocerla algo de cerca mientras estudiaba en Alemania, y desde luego los problemas del desarraigo, del idioma y de la marginación se hacían enormes entre aquellos centrifugados españoles; sin embargo, a pesar de toda su carga de dramatismo, aquella emigración sujeta a leyes y a rentabilidad económica era Jauja, sobre todo si la comparamos con las leyes de extranjería actuales, con la clandestinidad migratoria de hoy, etc. Quizá los banqueros de ahora ganen más que los banqueros de entonces, pero los emigrantes de ahora viven mucho peor que los emigrantes de entonces: he ahí un índice de lo que está ocurriendo en el mundo a gran escala.

Y desde luego, puestos a recordar, aún recordamos la amarga queja de los españoles tratados por los alemanes como basura, qué mala es la memoria para quien desde el recuerdo ve a los españoles de hoy tratar como basura a los emigrantes extranjeros; ¡ay, triste ley del embudo de esos españolitos que, ya en España con algún ahorrito, una vez comprado un piso prefieren dejarlo vacío antes que alquilárselo a los *sudacas*, a los *moros* y a los *maricones*!

Fue en aquella Alemania cuando oí a Marcelino Legido definir a los emigrantes como *los dos veces pobres*. Más tarde tuve ocasión de traducir un librito para Editorial Zyx, “Los negros de Europa”, donde se calificaba a los inmigrantes como negros porque, en un mundo donde los negros trabajan en peores condiciones, el emigrante o el inmigrante tienden al negro del espectro, al pobre espectral. Emigrante es el negro (es decir, el pobre) que va, inmigrante es el negro (es decir, el pobre) que viene. La emigración-inmigración es el va-y-viene de los pobres, es decir, de los negros.

Porque para la mentalidad del país receptor todo emigrante es negro, oscuro, tan indefinido y pardo como la mismísima oscuridad hegeliana en que todas las vacas son pardas. Negritud y esclavitud son lo mismo, pues ambas significan ausencia de rostro personal, reino de la indefinición inespecífica; o, si se prefiere, peligro de la barbarie que acecha: el emigrante/inmigrante es, pues, el pobre, el negro, el bárbaro extranjero. La pobreza es el lugar de la sinrazón, de la no-presencia, de lo ajeno que no conocemos o tememos conocer. El inmigrante viene en última instancia necesitado, pide, no intercambia, su don no encontrará la reciprocidad de quien sí tiene; apenas saber hablar como yo, puebla de tristeza el lugar por donde pasa, no es de los nuestros, nuestras amistades nos rechazarían si le hiciésemos amigo, cuantos más pobres socorremos más llegan, son un puro penar y me agobian, de alguna forma despiertan el enano de nuestros temores. Y quizá por esto, más que por maldad de corazón, muchos nos evadimos, o terminamos luchando contra la pobreza en tinglados burocráticos que maquillan el rostro del



bárbaro, o/y en obras asistencial-burocráticas, o en llenar folios con más ciencia que conciencia, todo ello tan necesario como insuficiente. Todo, antes que asumir el valor solidario y profético de la pobreza que libera asumiendo la pobreza misma.

### 3. EL ROSTRO BARBARIZADO DEL EXTRANJERO

En El Sofista<sup>99</sup> elabora Platón un sutil pensamiento en torno a la categoría de alteridad (*heterotes*); allí, el no-ser deja de ser la nada absoluta, lo contrario o lo enemigo del ser, y se convierte en lo “otro” respecto del ser, lo diferente de él, haciendo así de alguna manera que el no-ser sea y que toda realidad, en cuanto distinta a las demás, participe de todo lo otro, de la diferencia.

Sin embargo cuando el mismo Platón tiene que habérselas en concreto con los otros humanos, es decir, con los extranjeros (a todos los cuales, especialmente a los persas, denomina bárbaros, conforme al verbo *barbaroo* que designa lo inculto, lo ininteligible, lo irracional, lo amenazante) distintos a los griegos, entonces lejos de intentar salvarles o de verles como diferentes no manifiesta reparo alguno en postular la violencia y en promover la guerra contra ellos, y de este modo en la República<sup>100</sup> justifica abiertamente la guerra e incluso la anexión alegando razones económicas, a saber, la necesidad de de pastos y de aperos suficientes, e incluso en el Menexeno<sup>101</sup> llega a exaltar la guerra contra los mismos griegos por causa de la libertad de éstos y contra los persas o bárbaros por causa de todos los griegos.

Así que el gran Platón no se privó de identificar extranjero con inhumano, y eso por no hablar, claro está, de la opinión que le merecen los pobres esclavos. Para qué seguir; baste decir que el primer filósofo griego del que tenemos noticia, Tales de Mileto, daba gracias a la fortuna por tres cosas: por haber nacido hombre y no bestia, varón y no mujer, griego y no bárbaro. Igual da una latitud que otra, pues Shao Yung (s. XI) por su parte afirmaba tan pancho: “Soy feliz por ser humano y no animal, hombre y no mujer, chino y no bárbaro”.

Nada extrañará que hasta el cultísimo Cicerón llegara a utilizar el término bárbaro como sinónimo de monstruoso y cruel<sup>102</sup>. Con esa mentalidad como trasfondo, el famoso derecho romano tampoco habría de quedarse atrás en su arte de impartir “*iustitia*”: las Pandectas de Justiniano<sup>103</sup> llegan a describir al extranjero como aquél a quien se le niega el pan y el agua (*peregrinus fit is cui aqua et igni interdictum est*). Desde siempre hasta hoy la humanidad, máquina de impartir

99 258 b.

100 373 d.

101 239 b.

102 *Actio in Verrem*, 2, 3, 9-23.

103 28, 5 y 6.

sumo derecho y suma injuria, no ha cesado en barbarizar ni por ende en excluir/recluir, y eso para no hablar de los infiernos ajurídicos como Bosnia, Ruanda, etc.

#### 4. EL BÁRBARO, O LA MALA CARA DE LA ALTERIDAD

Abundan, pues, los defensores de aquellos mecanismos donde la alteridad no se percibe correctamente, y de los cuales vamos a mencionar al menos tres:

##### 4.1. MECANISMO DE LA XENOFOBIA

Fueron los griegos quienes llamaron bárbaros a todas las naciones extranjeras, a quienes hablaban otra lengua que para ellos sonaba como *bar-bar-bar*<sup>104</sup>. Cuando la alteridad se entiende como alteración de mi normalidad (y por tanto de mi normatividad), cuando lo ajeno es visto como en-ajenante y la diferencia cual deficiencia, entonces se produce xenofobia, en la medida en que buscando afirmar el yo se niega al tú según el frenético mecanismo de la *mímesis* de apropiación: los antagonistas aparecen como dos manos que tienden al mismo sitio no pudiendo menos de enfrentarse. En la base de este mecanismo se encuentra el deseo mimético que es deseo del otro, o incluso deseo del deseo del otro: “Es siempre el escándalo el que llama a la desmitificación, y la desmitificación –lejos de poner fin al escándalo– lo propaga por todas partes y lo universaliza. Toda cultura contemporánea consiste precisamente en eso”<sup>105</sup>.

Lo mismo que Hitler, al fin y al cabo: “El método del terror en los talleres y en las fábricas será siempre coronado por el éxito mientras no se le enfrente otro terror de efectos análogos”<sup>106</sup>. “La magnitud de toda organización poderosa, que encarna una idea, estriba en el fanatismo y en la intolerancia con que esa organización, convencida íntimamente de la verdad de su causa, se impone sobre otras corrientes de opinión”<sup>107</sup>. “La capacidad receptiva y de comprensión de las masas es enorme, así como su falta de memoria”<sup>108</sup>. “Lo que la masa quiere es el triunfo del más fuerte y la destrucción del débil o su incondicional sometimiento”<sup>109</sup>. “Quien no está dispuesto a luchar por su existencia o no se siente capaz de ello es que ya está predestinado a desaparecer, y esto por la justicia eterna de la Providencia. ¡El mundo no se ha hecho para los pueblos cobardes”<sup>110</sup>. “Luchamos por asegurar la existencia y el incremento de nuestra raza y de nuestro pueblo; el sustento de sus hijos y la conservación de la pureza de su sangre para que nuestro pueblo

104 Cfr. Meliá, B: *El Paraguay inventado*. Centro de Estudios Paraguayos, Asunción, 1997, p. 113.

105 Girard, R: *Des Choses cachées depuis la fondation du monde*. Ed. Grasset, Paris, 1978, p. 449.

106 Hitler, A: *Mi lucha*, Ávila, 1934, p. 43.

107 *Ibi*, p. 182.

108 *Ibi*, p. 107.

109 *Ibi*, p. 178.

110 *Ibi*, p. 70.

cumpla la misión que el supremo creador le tiene reservada”<sup>111</sup>. “La pérdida de la pureza de la sangre destruye para siempre la felicidad interior; degrada al hombre definitivamente y son fatales sus consecuencias físicas y morales”<sup>112</sup>. “Ser ciudadano de este Reich, aunque sea como barrendero, tendrá que conceptuarse más digno que ser rey en un Estado extranjero”<sup>113</sup>. “Al defenderme del judío luché por la obra del supremo creador”<sup>114</sup>. Hay que tener “la agilidad del galgo, la resistencia del cuero y la dureza del acero”<sup>115</sup>. “El tipo humano ideal que busca el Estado racista no está representado por el pequeño moralista burgués o la solterona virtuosa, sino por la encarnación de la energía viril y por mujeres capaces de dar a luz verdaderos hombres”<sup>116</sup>. “Un hombre, si bien de instrucción modesta, pero de cuerpo sano y de carácter firme, rebosante de voluntad y de espíritu de acción, vale más para la comunidad del pueblo que un superintelectual enclenque”<sup>117</sup>. “El parlamentarismo democrático de hoy no tiende a constituir una asamblea de sabios, sino a reclutar más bien una multitud de nulidades intelectuales”<sup>118</sup>.

Ni Hitler ni las guerras –hitlerianas o no– mejoran a las personas. Tambores bélicos, rumores de sable, amenazas de bomba, el holocausto parece tan cercano de algunos como su propia yugular. Mientras, la voluntad de unos pocos se impone a la voluntad de todos, lo cual no pasa de ser a estas alturas del tercer milenio una macabra danza y una burla de todas las exigencias de la razón. El “día después” todo será distinto y peor, pues una guerra no se borra con otra más grande, y nunca el orden nuevo se cimentó sobre el desorden anterior. Existen en el mundo infinidad de gentes que se lanzan a la carnicería bélica porque una idea carroñera de conquista ha pasado por el cerebro de unos degenerados. La guerra es algo demasiado serio como para ser dirigida por los cuatreritos mismos, que además se adornan de patriotismo a costa de las demás patrias a las que arruinan: ese patriotismo es el último refugio de los bribones. Como dijera Flaubert, “la obligación de exaltar un rincón de la tierra marcada con rojo o azul sobre el mapa y detestar por ello los otros rincones que aparecen de verde o negro, me ha parecido siempre algo mezquino y limitado y de una estupidez acabada”.

“La” guerra es el motor de la industria nacional del Imperio, y para mantenerlo engrasado y productivo se necesita todo el petróleo del mundo: la guerra es la continuación de la rapiña por otros medios. Mientras tanto, el soldado de a pie cree que muere por la patria, pero muere por los industriales, los cuales se llevan los macabros beneficios y los honores mundanos, dejando para los cadáveres unas discutibles honras fúnebres: esos funerales son ceremonias mediante las cuales los poderosos demuestran su respeto por los muertos enriqueciéndose a sí mismos, en

111 *Ibi*, p. 125.

112 *Ibi*, p. 172.

113 *Ibi*, p. 227.

114 *Ibi*, p. 54.

115 *Ibi*, p. 185.

116 *Ibi*, p. 209.

117 *Ibi*, p. 208.

118 *Ibi*, p. 67.

cuanto que sepultureros. La guerra es la ilegalidad por excelencia, cuyo axioma primero y primario no puede ser más contradictorio que éste: “si quieres la paz, prepara la guerra”. ¿Estaría en su sano juicio aquel bombero cuyo lema rezase “si quieres evitar el fuego aviva la llama?” El bombero no, pero ni siquiera el pirómano. ¿Qué es un hombre de guerra? Alguien pagado para matar a sangre fría a semejantes que a él no le han hecho ningún daño, pues si se lo hubieran hecho no estarían guerreando, sino muertos. ¿Y un conquistador? Un asesino al por mayor. ¿De qué se nutre la “gloria” de un general victorioso? De la muerte de muchos inocentes en un día: la sangre sólo sirve para lavar las manos de la ambición. No hay que darle demasiadas vueltas: la guerra es un mal que deshonra al ser humano, así como una auténtica derrota de la humanidad misma. La guerra no es más que un atentado contra el *homo sapiens*, un asesinato en masa, y el asesinato no es ni puede ser un progreso. Como dijera Kant, la guerra es nefanda, porque hace más hombres malos aún que los que mata, y mata cada vez más. La guerra es la salida cobarde a los problemas de la paz, por eso el que predica la guerra es un apóstol de Satán (que en hebreo significa “el acusador”). Si un líder político periférico sirve como satélite al Imperio bélico, merece la entera desobediencia de su pueblo; por el contrario, un príncipe bueno y sabio debe amar la paz y huir de la guerra; él sabe que el único modo de vencer la guerra es evitarla, por eso cuando calla el tambor la razón retoma el mando. Y, si ese príncipe es cristiano, ha de recordar siempre aquella sabia exhortación de San Bernardo de Siena: “Donde hay guerra nunca está Dios. ¿Crees que Dios está en tu casa cuando allí se mantiene la guerra y la discordia? Indudablemente, no. Solamente desea morar donde hay concordia, paz, tranquilidad y justicia”.

La guerra, desorden establecido; como escribiera don Francisco de Quevedo, “sale de la guerra, paz;/ de la paz, abundancia;/ de la abundancia, ocio;/ del ocio, vicio;/ del vicio, guerra”. La guerra es la fiesta de todos los muertos, y las armas el mayor enemigo de sus dueños. Ea, pues, gentes de buena voluntad: por caridad, por racionalidad, por dignidad, no a la guerra. No es la guerra lo que hace la historia, sino al contrario lo que la deshace. No es la guerra, sino la acumulación cotidiana de las pequeñas virtudes, lo que determina la grandeza y el bienestar de las naciones. La patria no será inmortal si no la hacemos justa y buena; al olvidarlo, el imperio se hunde un poco más sobre sus pies de barro. Si la mitad de las riquezas empleadas en los campamentos y desfiles se aplicara a redimir del error a las mentes humanas, no habría necesidad de arsenales.

#### 4.2. MECANISMO DE LA INDIFERENCIACIÓN

Por este torcido entendimiento de la alteridad, y junto al anteriormente citado mecanismo mimético, se llega a habitar en la diferencia bajo formato de indiferencia, y por ende a vivir la diferencia como in-diferencia: ciertamente existen los demás, les reconozco incluso distintos a mí, pero precisamente por ello inhibo mi preocupación respecto de su alteridad, pues sólo otro rostro como el mío me inte-

resa, mas no habiéndolo descubierto me recluyo en mi individualidad separada. Es así como el otro deviene para mí lo anónimo, lo sin nombre, lo innominado, lo innombrado e innombrable, el no-ser indiferenciado y por tanto una presa fácil para descargar sobre ella.

#### 4.3. MECANISMO DE LA EXPIACIÓN

Helos ya ahí a los demás vistos cual jauría indiferenciada y venganza victimadora interminable, diferida, sustitutoria de todos contra uno y de uno contra todos en la competencia, en la rivalidad, en la envidia, en el homicidio colectivo. Luego, matado a uno (*decisión* asumida conforme a su etimología, pues el verbo latino *decidere* significa *degollar*), al que se toma como chivo expiatorio y sobre el que se lanzan todas las piedras derramando indiferenciadamente sangre inocente, se le atribuyen tras su muerte cualidades benéficas para todos y el reestablecimiento de la comunidad: es la eterna e inacabable *decisión/degüello* del Herodes que ordena cortar la cabeza de Juan Bautista para satisfacer el deseo violento de aquella Salomé<sup>119</sup>. He aquí la indiferenciación violenta: el daño causado a la víctima mediante la ejecución absolutamente arbitraria de la violencia colectiva que los hombres no se atreven a confesarse. Por eso la sociedad indiferenciada/alterada se abre con un crimen fundacional, continúa después con la violencia, y carece finalmente de salida. Y vuelta a empezar. Cuando no quiero acoger la llamada del otro y me ausento, cuando me rehúso, he ahí el mal mismo. El amor congrega, el odio disgrega; el amor reúne, el odio desune; el amor afirma, el odio niega. Y sin embargo hay quien decide apisonar el rostro del otro.

Por desgracia, la concupiscencia predatora nos lleva a cambiar el adagio “nada es querido si no es previamente conocido” por este otro: “nada es querido si no es previamente querido por otros”. René Girard ha señalado el carácter mimé-

119 En el mundo judío, el animal que bala y se resiste, no vale para el sacrificio. Una vez matado el manso, a la gente se le asperge con su sangre: las gotas aspergidas sobre cada uno de los individuos les liberan. Caifás siente que vive en un momento de indefinición donde todo es caos social: ¿mandan los judíos, mandan los romanos? Y rompe esa indiferenciación oscura con el mecanismo de la occisión diferencial: por Pascua, dice Caifás, es “bueno” que muera uno por todos. Y el pueblo perpetra ese crimen creyendo apostar por algo “bueno” en medio del caos, a costa del único inocente. Precisamente el mismo pueblo que hacía poco había aclamado al mismo que ahora condenaba, y siempre por contagio mimético. El mecanismo de la indiferenciación produce a su vez indiferencia: conviene que muera “uno”.

La respuesta de Cristo es eucarística: se hace alimento salutarífico antes de que se ejerza sobre él mismo el asesinato; da la vida antes de que se la quiten, y de este modo denuncia la violencia encajando incondicional y antecedentemente en su pecho la violencia ajena, retirando la acusación del escenario, muriendo por todos, perdonando y resucitando para la vida. Cristo irrumpe dando su vida, biocénticamente, para que haya vida, y no a la inversa, pues quien a hierro mata a hierro muere. Sólo este tratamiento alopático es resucitador. Al perdonar, renueva la Alianza, el símbolo de su amor con cada persona. Contra la acusación, contra lo satánico (Satán en hebreo significa acusación), contra lo diabólico (*diá-ballo, diá-bolo*: romper, desunir, acusar) sólo cabe el símbolo, es decir, la entrega fiel de su amor. ¿Podría el hombre perdonar tanto, sin saberse querido absolutamente por Dios, en lo que cada uno de nosotros tenemos de necrosado, de tanático? Quien se sabe incondicionalmente aceptado como es en su propia miseria, puede mirar al otro como Dios le mira desde Cristo, que cargó con todo lo inhumano de la ley desde la gracia, la libertad, y la paz que clausura toda violencia de muerte.

tico del deseo, hasta el punto de convertirnos los humanos en litigantes de un deseo que se propaga. Ese puede ser uno de los orígenes de la violencia.

En efecto, el deseo del otro aparece como la personificación del mal porque yo también deseo lo que él desea. Los deseos cruzados, el cruce de los deseos se traduce de ese modo en un choque inevitable, en culpabilización y criminalización del otro que eventualmente puede llegar a desear lo mismo que yo deseo. A ese enemigo procuramos apartarlo, excluirlo, hacerlo extraño al grupo, segregarlo, extranjerizarlo, echarlo fuera de la comunidad, tratarlo como chivo emisario porque procuramos enviarlo fuera del colectivo, criminalizarle, excomunicarle, cargando sobre él las culpas de todos los deseos. A partir de tal momento se corre la falsa especie de que ya no se le puede mantener en el grupo, que únicamente con la marginación final e incluso con la muerte se reconciliará de momento la comunidad. Al cargar con la culpa de todos se espera (falsamente, sin embargo) que los libere de la culpa de cada uno.

Sobre el rostro de Abel ha descargado su agresividad mimética y su fóbica intemperancia la mano asesina de Caín; Caín mata para convertirse en Dios, para matar a Dios: como Adán, tampoco soportaba ningún árbol que prohibiera su deseo omnivolente. Lo quiso todo y todo lo arrancó de raíz. Desde la desobediencia de Adán mismo, Caín se rebela contra el orden de Dios, y quiere reinstaurar el supuesto caos anterior a la creación. Mata por desear contra Dios, destruyendo así lo existente y asesinando al hombre. Indefectiblemente, todo hombre que se cree Dios acaba por asesinar hombres, todo paraíso en la tierra termina derivando en su antítesis: la dictadura sobre el proletariado. Y Caín mata a su único hermano, es decir, a la mitad de la humanidad. Desde su actitud claramente anticainita, he aquí a Francisco de Asís: “Dijo el Señor a Adán: De todo árbol puedes comer, pero no comas del árbol del bien y del mal. Podía comer de todo árbol del paraíso, porque no cometió pecado mientras no contravino la obediencia. Come, en efecto, del árbol de la ciencia del bien el que se apropia para sí su voluntad y se enaltece de lo bueno que el Señor dice o hace en él; y de esta manera, por la sugestión del diablo y por la trasgresión del mandamiento, lo que comió se convirtió en fruto de la ciencia del mal. Por eso es preciso que cargue con el castigo”<sup>120</sup>.

Sin embargo, y contra pronóstico, sobre Caín va a caer a su vez la intemperancia fóbica y la agresividad mimética de los nuevos Caines. Caín desfiguró a la humanidad a través de su crimen, convirtiéndola en culpable a escala absoluta. Caín mata en su nombre y anticipa también el crimen de la humanidad, apropiándose el nombre de la humanidad a través de la cainización de ésta: “Lo que has hecho, Caín, lo has hecho también en mi nombre –dice Elie Wiesel–, me asocias a tus proyectos y delirios, me conviertes en responsable”. Y a partir de ese momento semejante espiral ya no concluye nunca, sino que se agranda y expande. Aquel que mata, mata a su hermano y, cuando uno ha matado, ya no es hermano de nadie sino enemigo de todos. Caín mató a Abel, pero no fue más que el primer paso para dejar entrar a borbotones la muerte en la historia, Todo homicidio a la larga es un suicidio: Caín mata a Caín en Abel. Inmersos en tal locura espiral, hasta la violencia

120 *Escritos*. BAC, Madrid, 1985, p. 78.

más feroz puede racionalizarse, e incluso convertirse en proyecto de una raza, o de un grupo. En este sentido, “el arma más peligrosa del hombre es su capacidad de decirse a sí mismo que el oponente no es un ser humano. Esta capacidad le permite cerrarse ante la demanda de compasión. Sólo en este momento se convierte en el enemigo mortal de su propia especie”<sup>121</sup>. Cuando tal acaece en su máximo grado, entonces hemos traspasado ya el umbral de Auschwitz, la xenofobia racista: “Estamos en la tendencia a representarse a los otros individuos o a los otros grupos como si no perteneciesen realmente a la raza humana y a negarles algunas de las características consideradas como más humanas. Este tipo de deshumanización, en su forma más cruel, conduce a ver a las víctimas como infrahumanos que todavía no han realizado completamente la transición entre el animal y el hombre y que, por esa razón, no merecen ser tratados como seres humanos”<sup>122</sup>. Conocemos los mecanismos psicológicos y sociológicos que conducen a la máxima violencia, y en concreto a la violencia del nazismo, pero no solamente a la suya, y así escribe Erich Fromm en su *Anatomía de la destructividad humana*: “Casi parece una regla que cuando uno desea hacer más fácil para su bando la eliminación de seres humanos del otro inculque en sus propios soldados la idea de que los que se trata de suprimir no son personas humanas. Entonces el otro deja de ser para el agresor un ser humano y se convierte en ‘cosa’”.

## 5. EL BÁRBARO, ROSTRO DEL (DES)ENCUENTRO

Cuando el *ego* domina al otro (*alter*) y lo hace *idéntico* (*idem*) a sí, se produce la exclusión de su identidad diferencial y diferenciada, su avasallamiento, la antítesis del tú-y-yo en la opción desgarradora del o-tú-o-yo, y llegan las mil y una formas de reduccionismo desde el racismo y la xenofobia hasta la barbarie militarista e imperialista. En la egolatría fagocitadora se produce la apoteosis del principio de identidad anonadante (mi yo) sobre el principio de diferencia anonadado (el no-yo), abandonado a su propio infortunio, primer paso hacia el principio-extermínio: un poco más, y ni siquiera queda impío para contarlos<sup>123</sup>. Entre nosotros viven y trabajan cercanas gentes del Magreb, también de América Latina y Asia; les ha empujado la necesidad y el deseo, tan humano, de alcanzar un futuro digno. Ellos ofrecen lo mejor que poseen, se ofrecen a sí mismos; sin embargo lo que encuentran es marginación y exclusión social, leyes de extranjería que les dan con la puerta en las narices para salvaguardar el propio bunker del bienestar, generalizando la exigencia de visados, limitando drásticamente su concesión por cuotas anuales o “contingentes”, regulando los flujos migratorios por atender exclusivamente a los más mezquinos intereses coyunturales de mano de obra barata, y provocando entre otros efectos el éxodo en las pateras de

121 Iráneus Eibl-Eibesfeldt: *Adaptaciones filogénicas en el comportamiento del hombre*. En Gadamer-Vogler: “Nueva antropología”, II. Omega, Barcelona, 1976, p. 52.

122 Fornari, F: *La desmitificación de la paz y de la guerra*. Dopesa, Barcelona, 1971, p. 159

123 *Salmo* 36.

los polizones, con muertos y graves sufrimientos humanos. Por otra parte, los inmigrantes que (explotados, con dificultades para su reagrupación familiar, sin derecho a subsidio alguno de desempleo ni a prestaciones contributivas aún habiendo cotizado el período necesario para ello, etc) disponen de permisos de trabajo y residencia están obligados a su renovación periódica, en la mayor parte de los casos anual, comportando gastos, pérdidas de tiempo y situaciones de permanente precariedad, no faltando la amenaza de la expulsión, ni la práctica cotidiana de identificaciones y detenciones callejeras por parte de la policía, etc.

El bárbaro es rostro de (des)encuentro y de infelicidad. Es ante el rostro del bárbaro, ay, precisamente donde las bellas teorías sobre el rostro del otro parecen naufragar. La literatura, el cine, las artes abundan en desencuentros y ruidos relacionales en el ámbito del bárbaro. Torcida o corrompida la posible reciprocidad de las conciencias, en el absurdo de la mala relación el yo tiende a alterar al tú ignoto o diferente, alterándose sin alterificarse (sin hacerse *alter*) asimismo ese yo. De esta guisa la intencionalidad es vivida no como gracia, sino como des-gracia; la relación con el extraño, como extrañamiento; la relación con el ajeno, como ocasión sádica destitutoria. En ese clima el bello “todos los hombres son iguales” se torna agresivo “¡todos los hombres sois iguales!”, igualmente indeseables.

Alterarse, enajenarse, son la entraña del fracaso relacional que se salda de forma cosificadora: el sujeto (“para sí”) pretende apropiarse de la persona del otro, pero tropieza con él porque le considera una mera cosa (un “en sí”). Irreductibles el en-sí y el para-sí, inacoplables en un imposible “en-sí-para-sí”, en lugar de la dialéctica nos topamos con el muro de la *dualéctica*, con el dualismo y el duelo. Así pues, donde pudo haber encuentro, hete aquí que se alza ahora el muro del desencuentro, la crónica de un desamor, la eterna historia de una muerte relacional anunciada.

De este modo se lleva al terreno de las relaciones éticas humanas el fracaso que Protágoras (a quien malamente podríamos nombrar patrono de la irracionalidad comunicativa) pronosticó universalmente: “Nada existe”; “si algo existiera sería incognoscible”; “si algo existiera y fuera cognoscible resultaría incomunicable”. Bajo ese signo, en el extremo absoluto del desamor, donde el infierno son los otros, el infierno es la ausencia de todo otro, de todo rostro prójimo, el cerco opresor sin nadie junto a mí, ni siquiera para echarle la culpa, el ego abandonado a su propio infortunio que aprieta sobre sí mismo la argolla occisoria cuando mentirosamente se autoconviene de que ya todo se ha perdido y de que no queda ninguna esperanza: ese ego que se autoacusa y demoniza abre la llave del infierno, que le encierra, le enferma y le miente abandonándole a su desgracia aislada<sup>124</sup>. Sin el tú relacional la persona se nadifica, se impersonaliza y despersonaliza (*personne*: persona/nadie). Monadología enfermiza, ¿qué es la locura en última instancia sino lo incomunicado, la ausencia de algún tú que me acoja, la no transitividad del mensaje, el emisor sin receptor, el receptor sin emisor, el aislamiento, la disimetría del rostro barbarizado? El loco, en cuanto mal comunicado, queda excomunicado o excomul-

124 Cfr. Jean Luc Marion, *Prolegómenos a la caridad*. Ed. Caparrós, Madrid, 1993: *l'enfer enferme, l'enfer-me-ment, l'enfer me ment*.



gado de la relación de acogida. Locos egregios han dicho y dicen grandes verdades, pero si la comunidad no las acoge ¿de qué sirven a esa generación? La única posibilidad está en actuar en clave de comunicación y no perder la esperanza.

## 6. ¿DESCUBRIR O ENCUBRIR EL ROSTRO DEL BÁRBARO? ¿CONQUISTA-ENCONTRONAZO O RECÍPROCO ENCUENTRO?

Ante ese rostro, sin embargo, del Occidente ilustrado parece que no han de brotar grandes soluciones favorables a la causa del Sur, pero sí frases tan salvajes como ésta del sin embargo premio Nobel Camilo José de Cela: “Hay que huir de las actitudes testimoniales, de los gestos inoperantes y grandilocuentes”<sup>125</sup>. Ahora bien ¿sería para el señor Cela –que tan poco celo parece demostrar respecto de la causa del Sur– una actitud testimonial, inoperante y grandilocuente el jugarse la vida por el paso del 0’7 al 0’7 ya?, ¿demasiado poco pensada?, ¿harán falta mayores dosis de cogitación, nuevas rondas dialógicas?, ¿cuántas?, ¿por qué los problemas del Sur ni se disuelven ni se resuelven por parte de la razón dialógica ilustrada?, ¿por qué el descubrimiento se torna encubrimiento, la conquista encuentro, a pesar de tanta pompa informativa? Como dijera Solzhenitsyn, “si no aprendemos a subordinar los intereses a criterios morales, la humanidad entera se desgarrará entre sí”.

Por otra parte, lo que interesa no es el ilustrado “despertar del sueño dogmático” sino, con Jon Sobrino, “el despertar del sueño de la cruel inhumanidad”; no es tampoco alcanzar cualquier futuro, sino aquel futuro en que al levantar la vista veamos un mañana con rostro de libertad, igualdad, fraternidad. Y de eso dista el Sur cada vez más, mientras más “progresa” el Norte, mejora que no es para todos igualitaria, sino asimétrica o disimétrica, por lo cual no estaría mal de cuando en cuando que se pusiera en práctica eso de: “-Me gustaría darle la vuelta al mundo. –¿Hacer turismo? –No, que el hambre la pasaran ellos”. Islas de prosperidad y relativa armonía en medio de mares y océanos de injusticia y de miseria interminables así como de deterioro ambiental, en el Norte el progreso conlleva estrés, colesterol, abusos, corrupción, infartos, accidentes, dolencias de la abundancia, crisis que son sarpuillos comparados con el cáncer de la pobreza del Sur, donde el 80% de la población mundial ha bajado en vida a los infiernos, mientras una pequeña parte de saciados disfruta de un paraíso construido sobre el expolio y la violencia; la dinámica de los mercados impuesta gracias al predominio de las grandes potencias en el diseño de las relaciones económicas provoca en los países más pobres pérdidas diez veces mayor de la ayuda que reciben para el desarrollo. Y luego, aunque resulte un poco macabro, la mala fama la tenemos los caníbales porque nos comemos a alguien de vez en cuando mientras que los países ricos dejan morir a millones de personas y además les da asco comérselos.



## VI. ROSTROS DE INFELICIDAD

### 1. TRES NÁUSEAS, TRES PARCAS

#### 1.1. LA NÁUSEA EXISTENCIAL

Escribe Bukovski en *El capitán salió a comer los marineros tomaron el barco*: “No sé lo que le pasará a otra gente, pero yo, cuando me agacho para ponerme los zapatos por la mañana, pienso: ‘Ah, Dios mío, ¿y ahora qué? Estoy jodido por la vida, no nos entendemos. Tengo que darle bocados pequeños, no engullirla toda. Es como tragar cubos de mierda. Nunca me sorprende que los manicomios y las cárceles estén llenos y que las calles estén llenas. Me gusta mirar a mis gatos, me relajan. Me hacen sentirme bien. Pero no me metáis en una sala llena de humanos. No me hagáis eso jamás... Yo no soy buena compañía; hablar no me sirve para nada. No quiere intercambiar ideas, ni almas. Soy un bloque de piedra que se basta a sí mismo. Quiero quedarme en ese bloque, sin que nadie me moleste. Soy así desde siempre... La gente me vacía. Tengo que alejarme para volver a llenarme. ¿Por qué hay tan poca gente interesante? De entre todos los millones, ¿por qué no hay unos cuantos? ¿tenemos que continuar viviendo con esta monótona y pesada especie? Parece como si su único acto posible fuera la violencia. Eso se les da muy bien. Les hace florecer de verdad. Flores de mierda, apesando nuestras posibilidades. El problema es que, si quiero que las luces se enciendan, que me reparen este ordenador, tirar de la cadena, comprar un neumático nuevo, sacarme un diente o que me abran las tripas, tengo que seguir interactuando. Tengo que contar con esos jodidos para las pequeñas necesidades, por mucho que me horroricen. Y decir que me horrorizan es ser amable”. He ahí la náusea existencial: el infierno, los otros; la vida, náusea; el amor, el de la puta respetuosa; las manos, sucias; los muertos, sin sepultura; las puertas, cerradas; el humanismo, la gran mentira; la realidad, sadomasoquismo. Náusea de náuseas, todo náusea.

## 1.2. LA NÁUSEA BURGUESA

De ese existencialismo degradante pero aún rebelde habrá de surgir pronto un nihilismo desfalleciente y lleno de miedos que necesita aferrarse a las cosas para no sentir el vértigo del vacío instalado en el alma humana. No estamos hablando aquí de ese nihilismo de altura que busca al superhombre, sino de ese otro que se entrega a la producción y al dinero porque no tiene ya nada más grande a que entregarse, ya que no cree en nada: una especie de calvinismo sin religión, o de *poscalvinismo* que ha hecho de la propiedad su religión. Estamos hablando del burgués.

## 1.3. LA NÁUSEA TOTALITARIA

Pero hay un tercer desfundamiento antropológico como resultado de la crisis: junto al impersonalismo se abre camino el hiperpersonalismo totalitario (el comunismo de los países socialistas del Este ya derrocados ha sido una variedad de nazismo de Estado) que vacía de identidad a la persona para enaltecer con sus despojos las místicas falsamente salvadoras basadas en su apelación al genio de la guerra.

## 2. EL FRACASO, FELICIDAD AMENAZADA

Si las historias de fracaso total fueran tan abundantes como se pregona, y el malestar humano tan grande como se proclama, habría que poner el cartel de “cerrado por derribo” sobre la superficie del globo. En realidad, en esto del fracaso, como en su antónimo el triunfo, ni son todos los que están ni están todos los que son: cuando uno cuenta los naufragios, es porque no se ahogó. Los verdaderos fracasados están muertos y quienes escriben después la historia del desastre son los de intendencia. En el gran registro de fracasados habría sorpresas, pues también estarían allí los triunfadores fracasados.

Porque no somos dioses sin problemas, los griegos distinguieron *eudaimonía*, la felicidad como utopía necesaria, y *makariótes* divina, término que la tradición cristiana traducirá por *beatitudo*: feliz quien se pone al amparo del Dios amoroso y bajo sus alas. Imposible, pues, hacer un seguro contra el fracaso: “El hombre es un animal utópico: no desea más que la felicidad y ésta no le es dada nunca. Al menos no con “F” mayúscula. Sólo escatológicamente se le promete, y eso mediante la fe. La especie humana sólo puede sentir que tiene acceso a la ‘Felicidad’ honda y completa desde la apuesta de la fe, no desde la demostración de las ciencias. Éstas hablan de buena salud y de economía saneada, y a lo más (la sociología) de habilidades sociales y de éxitos de público. ¡Y es la felicidad lo más importante en el humano existir! Luego lo más valioso es lo más inseguro. Quien se propone cosas muy claras y valiosas y las persigue con fortaleza, nunca sabe cuándo parará y toda su existencia se la pasará en procurar más de lo mismo, a costa de su tesón. ¡Tam-

poco será feliz! No puede esperarse una felicidad perpetua ni continuamente intensa, ni transmisible. Aun la felicidad mejor lograda y completa, tiene interrupciones, ensombrecimientos y puede que también tenga un final, por lo menos con la muerte del hombre feliz. Si no, no sería humana”<sup>126</sup>. Hasta el consumo de felicidad puede ser fracasante, y entonces “dichoso el árbol que es apenas sensitivo o más aún, la piedra, porque ésa ya no siente” (Rubén Darío).

Innumerables tropiezos pueden llegar a convertir la vida, decía Schopenhauer, en dolor cósmico (*Weltschmerz*), donde reinaría la trágica triada Culpa, Sufrimiento y Muerte. ¿Por qué esos jinetes del Apocalipsis, Peste, Muerte, Violencia, Hambre, Maldad y Crueldad? Según pesimistas como Pío Baroja, Eugen Cioran, Stephan Zweig, o Hermann Melville, cada actuación humana introduce un grado creciente de entropía, por lo que quien deseara evitarla debería decir con *Bartleby el escribiente*: “¡Preferiría no hacerlo!”. Si actuar significa degradar, para no degradar no actuar, y desde esa perspectiva el budismo sería la solución de todos los males. El fracaso ontológico implica el dinámico o funcional que deriva de un uso errado de la libertad: una moneda pequeña delante de tu ojo te impide ver a un hombre grande. Hay árboles que no arraigan y plantas que parecen mal plantadas, como árboles torcidos desde el principio; hay perros que muerden la mano de quien les alimenta; hay personas que se malean y que luego necesitan acusar a diestro y siniestro para justificar sus propias desviaciones.

### 3. LA IN-FELICIDAD

#### 3.1. LA CONCIENCIA DE INFELICIDAD

No tanto el fracaso, cuanto la conciencia de fracaso, es la que mide al fracaso, un cerdo nunca fracasa, sólo el humano es animal rumiante de su propio fracasar; más aún, el triunfador a los ojos de los demás puede sentirse fracasando y fracasado. “Chuang Tzu y Hui Tzu cruzaban el río, y Tzu dijo: ‘Mira con qué libertad nadan los peces: esa es su felicidad’. Hui argumentó: ‘Si yo, no siendo tú, no puedo saber lo que tú sabes, se sigue que tú, no siendo pez, no puedes saber lo que ellos saben’. Tzu replicó: ‘Si tú no eres un pez, ¿cómo puedes saber que yo no sé el motivo de la felicidad de los peces? Lo que tú me has preguntado es cómo sé lo que hace felices a los peces: por la forma de la pregunta tú sabes que yo sé lo que hace felices a los peces. Yo conozco el gozo de los peces en el río por el gozo que yo siento al caminar junto al mismo río’”. Así que se es feliz cuando al menos no se es consciente de que se es feliz. Quien exclama exultante “¡qué feliz estoy siendo ahora!”, apenas termina de decirlo se pone en guardia, a fin de exorcizar los demonios que harían posible que la buena racha de fortuna se quebrase, pues no hay conciencia de felicidad sin fragilidad, sin amenaza de pérdida. Por eso cualquier tiempo pasado parece mejor, al haber quedado a salvo de la contingencia del

126 Cencillo, L: *¿Qué posibilidad hay de felicidad en la vida?* Crítica, 2003, mayo, pp. 34-35.

aciago demiurgo que amenaza al presente y al futuro. El terreno de juego propio de la felicidad es el pasado.

### 3.2. INFELICIDAD DESOLADA, IMPOSIBILIDAD DE TÍ

En el fondo, la conciencia del fracaso se percibe al pretender ser feliz *como el otro*, y *no con el otro*: mi fracaso lo es mío-y-tuyo, de ambos, *nuestro*. Quien no ha acertado a decir *tú* ha fracasado al decir *yo*; quien no ha puesto un verdadero tú en su vida, ha depuesto la vida del propio yo. Cuenta Octavio Paz que, en cierta ocasión, trabajando en su estudio, oyó de pronto un ruido y preguntó: “¿Quién es?”. La criada respondió: “No es nadie, señor; soy yo”. Ni los individuos ni los pueblos pueden tener aprecio por sí mismos cuando se saben corruptos, incapaces de ganarse la vida con las armas limpias de las capacidades profesionales y de las habilidades negociadoras. De ahí la baja autoestima, el colonialismo cultural, el refugio en roles prescritos y formas convencionales, el no involucrarse a fondo, la carencia de ideas propias, las rutinas ciegas que nadie se atreve a cuestionar, la sumisa manipulación.

Tomemos el caso de México. El abuso de diminutivos es un signo de fracaso del yo. Los hay de cariño, pero también los hay que rebajan las cosas y las personas (estoy juntando unos centavitos). Y abundan también los despectivos (tengo un changarrito de refacciones, voy a recoger mi carcacha en el estacionamiento, me conseguí una chamba). De ahí las actitudes fatalistas, que se traducen en refranes como: al que nace para tamal del cielo le caen las hojas; cuando el pobre tiene medio para carne, es vigilia; el que ha de morir a oscuras, aunque muera en velería; unos nacen con estrella y otros estrellados; el que nace para maceta no pasa del corredor, etc. Sociedad bifaz: en la retórica oficial, democracia; en la realidad, dedocracia (el dedazo en la designación de puestos); en los emblemas de gobierno, la Revolución con mayúsculas; en la realidad, congelada; en el discurso político, interés prioritario por el campo y por los campesinos; en la vida real, olvidados. André Bretón definió a México como un país surrealista, pues en él campea la doblez: “Me hice la disimulada, la desentendida”.

### 3.3. INFELICIDAD COMO SIN SENTIDO

El no-feliz pierde el tiempo en su dimensión de futuro, mientras se le agranda, solidifica y pesa cual losa el presente. El terrible cotidiano, sin imaginario alternativo posible, llega a ser nauseabundo. Hay lo que hay, el ser es y el no ser no es ni podrá llegar a ser de otro modo. En ese adensamiento inmóvil o putrefacción del ahora viscoso, el instante se vive como eternidad sin causa ni redentor: la nada mostrenca se enseñoorea paradójicamente del ser sin horizonte y sin razón.

Respecto del presente de lo pasado acontece lo mismo: si para la persona ilusionada el recuerdo del pasado feliz sirve de dique de contención de las amarguras presentes y de acicate para la lucha, para la persona desgraciada el recuerdo del

presente de lo pasado se asemeja al cauce del río que va a parar al mar de la desesperación: el pasado desgraciado sólo sirve para reforzar la desgracia del presente; si el pasado fue agraciado, el recuerdo de su pérdida acentúa la desesperación del presente. A quien se siente perro fracasado todo se le vuelven pulgas.

¿Y si el desgraciado nada esperase para no fracasar, tras la imperturbabilidad, absoluta –budismo– o relativa –estoicismo–? Pero ¿cómo alcanzar semejante indiferencia ante la vida desde la vida, cómo querer que el no ser sea sin poder dejar de ser?. Tampoco el suicidio es la solución, ya que el “no” del suicida no triunfa: no triunfa el muerto sobre la muerte, sino la muerte sobre el muerto.

Si el fracaso no se da sin la conciencia de fracaso, tampoco se identifica con el dolor, sino con el no encontrar sentido al dolor y ni siquiera al placer; incluso se puede llegar a vivir el placer como dolor, al menos como insatisfacción, y entonces alarma general, alerta roja, nada funciona, la sala de máquinas hace aguas por todas partes, sálvese quien pueda. No existe conciencia más desventurada que la del enfermo que se siente no-firme, sin raíces, desestructurado: todo se abre bajo sus plantas, el mundo es un sumidero, un agujero negro con pasaporte a ninguna parte. Si la felicidad es una mercancía maravillosa que cuanto más se da más se tiene, la infelicidad es una enfermedad devoradora que cuanto más se alimenta más se afirma: “Nuestro caballero era famoso por su armadura. Reflejaba unos rayos de luz tan brillantes que la gente del pueblo juraba haber visto el sol salir en el norte o ponerse en el este cuando el caballero partía a la batalla. Y partía a la batalla con bastante frecuencia. Ante la mera mención de una cruzada, el caballero se ponía la armadura entusiasmado, montaba su caballo y cabalgaba en cualquier dirección. Su entusiasmo era tal, que a veces partía en varias direcciones a la vez, lo cual no es nada fácil. Durante años el caballero se esforzó en ser el número uno del reino. Siempre había otra batalla que ganar, otro dragón que matar u otra damisela que rescatar. Con el tiempo, el caballero se enamoró hasta tal punto de su armadura que se la empezó a poner para cenar y, a menudo, para dormir. Después de un tiempo ya no se tomaba la molestia de quitársela para nada. Poco a poco, su familia fue olvidando qué aspecto tenía sin ella”.

En medio de esa vorágine, ¿puedo salvar algunos muebles, alcanzar alguna tabla de salvación? El fracaso absoluto consiste en no poder salvar nada; por tanto, coincide con la desesperación absoluta, pues mientras alienta alguna esperanza se desalienta hasta el fracaso mismo; como Dante a las puertas del infierno, también el fracasado lee en su propio corazón: “Que abandone toda esperanza el que entra aquí”. Cuando hay esperanza, la felicidad es la meta aunque el sufrimiento sea el camino; aún entonces se puede ser feliz, no por haber sufrido, sino a pesar de ello. Cuando por el contrario ya no hay esperanza, cae sobre mí la noche sin aurora: la meta y el camino están tejidos con los hilos de la infelicidad. La vida es una lucha entre la desesperanza agazapada que espera su turno, y la esperanza de felicidad que confiere sentido a la vida. En esa lucha todo hiere y la última cuchillada mata, cuando la esperanza termina cediendo terreno a la desesperación. Por el contrario, la dicha de la vida consiste en tener siempre algo que hacer, alguien a quien amar y alguna cosa que esperar.

*Assueta vilescunt*, lo cotidiano acaba aburriendo, perdiendo el sentido, sin un horizonte de esperanza. A veces, el primer golpe de acostumbramiento produce una reacción; sin embargo, cuando se asienta, volvemos a lo de siempre: una moneda pequeña delante de tu ojo te impide ver a un hombre grande. Sólo unos pocos saben sacar partido a lo habitual porque saben magnificar lo pequeño: y es que ellos son grandes. Los grandes rehabilitan lo pequeño, los pequeños echan a perder lo grande.

#### 3.4. A LA INFELICIDAD POR LA MENTIRA

Ningún fracasado mira cara a cara a la verdad. Cuando no busco la verdad porque no creo en ella, el fracaso adviene; declarado luego el siniestro total, nada me impide terminar poniéndose el mundo por pasarela. ¿Qué es la sociedad de los fracasados, sino la prolongación de la pasarela por otros medios? En la pasarela Groucho Marx nos manda su mensaje con guiño de pícaro: “Estos son mis principios, y si usted no está de acuerdo con ellos, no se preocupe... tengo otros”. Por supuesto, de tal estética tal ética, y tal dietética, y tal cosmética, y tal patética: hay verdades de verano, verdades de otoño, ofertas políticas de primavera, ofertas políticas de invierno, todo según su gusto y necesidad.

Aquella votación fue casi unánime, sólo dos votos no fueron para el burro: el del propio burro, que creía que no tenía nada que perder y había votado sinceramente por la calandria, y el del hombre que había votado por sí mismo. Al fracaso de la verdad de todos se va por el fracaso de la verdad de cada uno. Cada uno de los quince mil ciudadanos debía aportar su botella de vino para la fiesta común. Pero... una sola jarra en quince mil litros de vino... nadie notaría la diferencia, nadie... Nadie la hubiera notado, salvo por un detalle: todos pensaron lo mismo.

Dígame cuánto vale la verdad... ¿Verdad plena, relativa, estadística, parcial?... Si usted se la lleva, nunca más volverá a estar en paz... Gracias, disculpe. Quizás más adelante... Como los hombres no suelen querer la verdad desnuda, sino disfrazada, no hay más remedio que recurrir a la parábola para decirla. Así se dice que no es que fuera feo, sino que la cara le quedaba mal a la fisonomía; o se exagera notoriamente (“¡daría mi brazo derecho por ser ambidiestro!”); o se recurre a informaciones como las de aquel penal de condenados a muerte, donde se leía: “no fumar, el tabaco provoca cáncer”; o se ponen excusas torpes: “si hubiésemos sabido que usted iba a venir, hubiésemos matado un caviar”; o se dice lo que al ser dicho queda contradicho: “empieza la clase de lengua, ¡silencio!”. De ahí la respuesta del paciente que sentía gran dolor en la pierna derecha y al que el médico le contestó que eran cosas de la edad, a lo que el paciente redarguyó: “¡Si así fuera me dolerían las dos piernas, ya que ambas tienen la misma edad!”. A este paso, ¿qué diferencias podrían apreciarse entre la verdad que proclaman los cuerdos y la verdad que sale del avellanado caletre de los locos? En 1995 hubo elecciones en Argentina y, aunque los internos del psiquiátrico no pueden votar, organizaron unas elecciones paralelas en el hospital siendo los resultados exactos a los de la



nación: o los locos están en condiciones de votar, o el pueblo argentino está bastante loco. La mentira y la locura consisten en decir que es lo que no es, y que lo que es no es; elevar el no-principio a principio para no empezar por el principio. Por eso quien miente rompe la realidad y a sí mismo. El primer efecto de la mentira es la fractura, el segundo la ampliación de la mentira en forma de injusticia. Por la mentira nos convertimos además en esclavos de la mentira misma, pues quien miente una vez se ve obligado a mentir dos veces para intentar camuflar la mentira primera, y así sucesivamente.

### 3.5. A LA INFELICIDAD POR EL PLACER

El epicureísmo es la filosofía de la buena vida, donde sin embargo no falta el recuerdo de la muerte: Trimalción filosofa sobre la brevedad de la vida humana después de haber comido y bebido, momento en que un esclavo saca un esqueleto de plata para concluir con toda naturalidad: “Así pues, vivamos mientras nos encontremos bien”. Es prácticamente el mismo lema con que se abren todavía hoy las solemnidades académicas: “Alegrémonos mientras somos jóvenes, tras la alegre juventud y la molesta vejez se apoderará de nosotros la tierra”<sup>127</sup>. El hedonista reduce la felicidad al placer; para él, entre placer y placer no hay diferencia alguna, ni sensación alguna más placentera que otra; a su vez, reduce la felicidad al estómago y al vientre. “En el estómago tiene la razón, conforme a su naturaleza, su verdadero objeto”, por eso el hedonismo barato es animalismo. Existen cabezas similares a una botella llena que se rodea de un trapo húmedo y se expone al sol: el trapo se pone ardiente, el interior de la botella permanece helado.

¡Ay, esa felicidad hedonista! “La felicidad es una idea nueva en Europa, decía Saint-Just: cierto, bajo la forma en que emerge del mundo burgués. Bentham comprendía la moral como un balance de ingresos y gastos del que cada resultado debe darnos como consecuencia un excedente de bienestar. Se enseña a los alumnos de secundaria que este bienestar se calcula, pero se olvida generalmente precisarles lo esencial: este cálculo sólo es posible por la asimilación del reino del dinero. ‘El dinero, escribe Bentham, es el instrumento que sirve de medida a la cantidad de pena y de placer. Si no podemos decir de una pena o de un placer que valen tanto dinero, es inútil decir nada acerca de él. El egoísmo es de todas las pasiones la más accesible al cálculo’, porque es proporcional al número de sus objetos. Durante generaciones el ‘desarrollo del hombre’, el ‘progreso social’ y la ‘marcha de la civilización’ consistirán en este almacenamiento previsor de mediocre felicidad, que no compensaría ni una hora de heroísmo, ni un gesto de amor por ellos”<sup>128</sup>.

127 Así berrea el universitario de marras: *Gaudeamus igitur iuvenes dum summus, post iucundam iuventutem, post molestam senectutem nos habebit humus*. ¡Qué brutalidad tan enemiga de cualquier espíritu universitario! ¿O es que a la Universidad se va a comer y beber hasta reventar, antes de que nos llegue la vejez inexorable?

128 Mounier, E: *Las certidumbres difíciles*. Obras, IV, Ed. Sígueme, Salamanca, 1986, pp. 85-86.

Hay coleccionistas que se levantan pensando en acumular placeres durante el día, tal es su proyecto de felicidad. El utilitarista Bentham aseguraba que sólo cabe medir la felicidad por los placeres: la cantidad de placer es la medida de la felicidad. Pero el obseso de los placeres deviene tanto más vulnerable cuanto más obseso: el día en que no ha logrado sumar la cantidad de placer que esperaba, se deprime y entra en crisis de autoafirmación; si en su caza hedonista logra cobrar pocas piezas de placer, se vendrá abajo. La felicidad pende para él de un hilo cuando, al variar las circunstancias, varía también su identidad. Don Juan Tenorio se ve forzado a forzar cada noche un lecho para afirmar el gozo de su virilidad. Sin embargo ese hedonista ignora que el placer no puede ser objeto de búsqueda, sino que resulta o se deriva de un modo de ser y de vivir, que es el que hay que lograr. El placer elevado a principio cierra el camino al desarrollo personal. La felicidad es el premio no buscado para quien realiza el valor que cree que tiene que realizar, para quien vive conforme a un ideal. El placer no es la medida de la felicidad, sino su consecuencia; la felicidad es un regalo para la persona que cultiva su vida felicitariamente; por eso, aunque el regalo no llegue, la persona es feliz, e incluso puede serlo aunque advenga el displacer o el sufrimiento. La felicidad está en el interior del sabio o del militante: ellos soportan la adversidad doliente, pero feliz, porque es más fuerte que ella su propia identidad vital. Se puede ser sufriente por la causa que uno asume y a la vez feliz, del mismo modo que se puede ser acumulador de placeres y esclavo infeliz respecto de ellos.

“¿Qué es un hombre feliz? Un hombre bien adaptado, dirán algunos, que se desliza como una rueda perfecta en sus engranajes biológicos, afectivos y sociales. Es a esto a lo que se tiende. Los suecos, como los americanos, afrontan el problema que se planteará: al suprimir la miseria, el hombre suprime las enfermedades de la miseria, pero ¿hay enfermedades de la felicidad?, ¿cómo curarlas? El primer efecto de la prosperidad y de la seguridad parece ser un amortiguamiento general de las energías, comenzando por las energías del trabajo. Ciertamente, la Suecia industrial... Pero ya aparecen algunos signos: el obrero asegurado desde todos los ángulos deja de tener impulso para superar esta seguridad mediocre. El industrial, cuyos beneficios se comen los impuestos para el reparto social, renuncia a empujar la empresa más allá de un cierto rellano. No sería imposible que la curva de la prosperidad y de las conquistas económicas, que algunos creían en expansión indefinida, comportara también un principio de límite. Pero tampoco hay que extrapolar este movimiento. Quizá la seguridad social apague lentamente la pasión por la ganancia y deje sitio a otros motivos. Después de todo, ya el sabio o el poeta producen sin cálculo. Una actividad liberada de la preocupación vital podría levantar nuevos fervores en todos los planos. Pero las maduraciones humanas son largas. Es una languidez lo que hay que esperar en un primer momento mientras descansamos en ella por estar poco habituados a la seguridad, como el viajero fatigado en la isla maravillosa.

Esta languidez se extiende también a las actividades espirituales. El sueco destaca en las cuestiones mecánicas. Para todo lo que usted quiera hay un pequeño mecanismo capaz de prevenirle. Los altavoces de los tranvías que anuncian las

paradas, bien. La radio en los taxis, vale. Los bancos con micrófono para sordos en la iglesia, pase. El hecho de que el sueco vaya directamente al aspecto práctico y a la solución posible de cualquier problema no es una cosa mala en nuestra Europa delirante. El periodista que, al preguntarme sobre *Esprit*, no me preguntaba por sus 'posiciones', sino por el número de abonados, el número de empleados, la adjudicación de papel y el presupuesto, planteaba cuestiones en las cuales efectivamente pensamos nosotros con tanta frecuencia a lo largo del día como en los problemas-límite del personalismo. Todo esto sería estupendo si la vida conservara su flexibilidad y el espíritu su pasión bajo el mecanicismo. Si todo esto nos molesta es porque vemos a la organización invadirlo todo: el Adviento dispuesto como una propaganda (el calendario en el que cada día se abre una ventana, la palmatoria en que se enciende una vela cada domingo, el abeto planificado desde el 20 de noviembre); la fiesta de Mayo saca los vestidos de verano como si fuera una movilización —ni una semana antes, ni una semana después—; la cortesía congela el calor de las miradas, la real libertad de los hombros y la dulce franqueza de la mano; y el gusto desaparece del interior de las personas bajo una trivialidad tibia, acomodada y prefabricada.

Sería injusto olvidar que a través de esta disposición subsiste un sentido un tanto general, pero conmovedor, de la hospitalidad, de la solidaridad social y del respeto al otro. Pero la virtud, una virtud que se debe a la higiene y a la buena organización más que a una llama interior, impide saborear plenamente su sabor. Aquí la virtud tiene sus controles: en todas las oficinas privadas y públicas encontrarán el libro de las declaraciones fiscales de todos los contribuyentes. Cada uno puede medir con cada uno su altura de dinero y su altura de conciencia.

Otro signo es su limpieza maniaca. He visto a los dentistas raspar en una escuela simples caries con máscaras. Me dijeron que estarían acatarrados: ¿todos a la vez? ¿Hay que oír a ciertos suecos explicándote los beneficios del baño de vapor, que cada uno practica una vez por semana, sea en el establecimiento de baños público o en su apartamento privado! ¿Con qué estremecimiento te explican que el vapor ensancha el poro como un guante vuelto del revés, va a buscar el grano de mugre hasta el repliegue más secreto, y devuelve su virginidad a cada folículo de la piel! La cocina es aquí un arte de perseguir a los microbios: el asado se resiste. Y, a pesar del equipamiento casero, numerosas mujeres suecas son esclavas del lustrado de sus apartamentos (junto con la limpieza, la higiene es objeto de un culto indiscutible: llega hasta la práctica de la esterilización no sólo por alienación mental, sino por 'debilidad de espíritu', 'comportamiento asocial', 'afecciones mórbidas graves': ¿dónde estará el límite?). La significación de estas limpiezas apasionadas es bien conocida por los psicólogos: no son sólo un recurso contra el vacío, una languidez interior, sino que compensan y denotan un malestar inconfesado... El malestar existe bajo la seguridad y el complejo de superioridad colectivo. Anuncia el problema mundial de mañana. Como en las cercanías de los paraísos legendarios, un diluvio de fuego y de tormenta parece negarnos la tierra prometida por la organización científica de la abundancia y la seguridad. Quizás nos sea negada efectivamente, pero las pocas cabezas de puente que ha logrado

establecer en la otra orilla de la pobreza nos invitan a plantearnos esta pregunta: ¿está hecho el hombre para la felicidad? ¿puede guardar en la felicidad la pasión de Prometeo y la divina ternura que nace de la piedad?”<sup>129</sup>.

### 3.6. A LA INFELICIDAD POR EL ÉXITO

¿Quieres realmente autonomía? Está bien: manda en tu propio sufrimiento, hazte en él doctor *doloris causa*. Lo importante no es que seas de derechas, de centro, ni de izquierdas, sino de la extrema necesidad. El *tú* nace del dolor: el *él*, de la razón y del derecho. A veces, perder es ganar: crecer hacia abajo, sentir el dolor del otro (*mihi doles ergo sum*”, me dueles luego existo), enamorarse de una cosa más grande, vivir de otro modo.

A ello se opone el morir de éxito, es decir, cuando la revolución se ha vuelto innecesaria, cuando ganar es perder: crecer para arriba, crecer en edad, crecer en trienios, cargos, poder, crecer en propiedades, en consumo, crecer en deudas, crecer en deseo de seguridad, de conservar lo obtenido, crecer en integración en el sistema que devora (contaminación de los ídolos de la tribu, resentimiento contra los ideales. El burgués siente envidia: envidia y, una vez que ha alcanzado el objeto de su deseo, entonces desea ser envidiado por los demás. Ni sabe ni quiere ni puede salir de ese círculo. Ciertos privilegios suntuosos reportan satisfacción a sus poseedores exclusivamente porque éstos suponen que los demás no pueden alcanzarlos, pero una vez generalizados ponen de manifiesto su intrínseca trivialidad y dejan de interesar a quienes antes se mataban por rozarlos. Se trata de una personalidad pasiva, dominada por la necesidad de ‘ser vista’, donde la reivindicación es siempre receptiva: el egocéntrico aparece entonces como un niño que quiere verlo todo, oírlo todo, formar parte de todo lo que ocurre o se dice a su lado, ser siempre escuchado, servido, admirado el primero; en una conversación se encuentra impaciente por anteponer sus propios recuerdos, las experiencias en las que ha participado, las pruebas que le han convencido; corta la palabra, se adelanta indiscretamente allí donde no ha sido solicitado. En cualquier asunto se muestra impaciente ante toda situación nacida fuera de él e independiente de él. Es que la conciencia reflexiva se desarrolla hasta el extremo bajo el influjo de una cultura de invernadero, y el tema del Narciso se introduce en estas vidas replegadas sobre la contemplación voluptuosa del yo. Es un yo enroscado como un erizo sobre su propia conservación el que forma los segundos, y este negativismo se produce casi siempre por los desaciertos de la formación.

Las cicatrices del dinero en el alma del burgués no le permiten vivir para ser, pues para tener deja de ser, al reducir a objetos a los otros sujetos, intentando comprarlos y venderlos, alquilarlos, traspasarlos, etc. Antiguamente había que morir por alcanzar ciertas cosas, ahora basta con pagar dinero por ellas porque el dinero, llave omnipotente, poderoso caballero, todo lo compra; tanto tienes, tanto vales. El

129 Mounier, E: *Notas escandinavas*. Obras, IV, pp. 307-325.

rico no es rico y nada más: es nada más y nada menos que rico, como consecuencia de lo cual el adinerado tiende a presentarse como el respetable, por aquello de que una buena capa todo lo tapa. El burgués, en fin, se ciega en sus propiedades, se deslumbra con el brillo del oro: las personas son para él oro en potencia, filón cuyas pepitas hay que extraer, objeto de avaricia.

### 3.7. UN EJEMPLO DE INFELICIDAD: PONCIO PILATO

Caifás, sumo sacerdote representante del pueblo judío en el Sanedrín, se pronuncia abiertamente: “Conviene que muera un hombre solo por el pueblo”. Llevado luego Jesús ante el procurador romano Pilato, también éste le encuentra inocente; sin embargo, no deseando problemas, pregunta al pueblo: “¿Qué haré, pues, de Jesús, el llamado Mesías? Dicen todos: que sea crucificado. Él dijo: pues ¿qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban más y más, diciendo: que sea crucificado”<sup>130</sup>. El pueblo perdona a Barrabás y condena a Cristo; Pilatos se lava las manos: “Soy inocente de la sangre de este justo”<sup>131</sup>. Incluso el apóstol Pedro, el que le había prometido “aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré”<sup>132</sup>, reniega cuando cree verse en peligro, haciendo como que no conoce a Jesús<sup>133</sup>.

Perseguido, abandonado por sus amigos y discípulos, Cristo padece bajo los poderes de este mundo, entonces bajo Poncio Pilato. “¿Quién es Poncio Pilato? Un funcionario de lo más subalterno, una especie de comandante de plaza impuesto por el régimen militar de una potencia ocupante de Jerusalén. ¿Qué papel desempeña Pilato? La congregación local judía había tomado un acuerdo, pero carecía de autoridad para ponerlo en práctica: la sentencia de muerte acordada necesitaba la legalización y ejecución por parte de Pilato. Éste, después de algunas vacilaciones, hace lo que le piden. Es, pues, un hombre de poca importancia en el desempeño de un papel completamente exterior, porque lo más esencial, lo espiritual-ecclesiástico tiene lugar entre Israel y Cristo, en el Sanedrín que le acusa y desecha. Pilato, vestido de uniforme, simplemente está ahí y se hace uso de él, y su papel no es nada brillante: reconoce la inocencia del acusado y, no obstante, le condena a muerte. Debería obrar con estricta justicia, mas en vez de hacerlo así se deja influir por ‘consideraciones políticas’. No se atreve a hacer prevalecer el derecho, sino que cede al griterío del pueblo, entrega a Jesús y la cohorte soldadesca le crucifica por orden suya, y eso no ha sucedido en el cielo ni en ningún planeta lejano, ni tampoco en algún mundo de ideas, sino que ha sucedido en nuestro tiempo, en medio de la historia universal en la que también se desenvuelve nuestra vida humana. Pilato es el representante del César Tiberio. Devuelve la libertad a Barrabás y entrega a Jesús a la muerte”<sup>134</sup>. Y nosotros, los pequeños políticos, también los

130 Mt 27,22; Mc 15,12-14

131 Mt 27,24

132 Mc 14,31

133 Mc 14,71-72

134 Barth, K: *Bosquejo de dogmática*. Ed. La Aurora, Buenos Aires, 1954, pp. 171-177

apolíticos-pequeños-políticos, Pilatos de nuevo, seguimos crucificando al justo, pues por nuestro concurso (activo, omisivo, neutral, neutrino, neutrón) “los malos reciben recompensa y los buenos castigo”<sup>135</sup>. Y luego, para terminar redondeando, se echa la culpa a los judíos (¿a qué me suena esto?), llamándoles “pueblo deicida”, o a los romanos, o a los saduceos, o a los demás; de este modo el pecado original está servido: Adán culpa a Eva, Eva a la serpiente...

¡Cuántos Pilatos en este mundo! Si la verdad es tan difícil, puestos a elegir verdades tal como van las cosas, yo, la verdad, prefiero las de los locos y las de los niños. Aquellos presos políticos no podían recibir dibujos de pájaros. Uno de ellos es visitado por su hija de cinco años, que le trae uno, pero los censores se lo rompen a la entrada de la cárcel. Al domingo siguiente le trae un dibujo de árboles en que aparecen muchos pequeños círculos, como si fueran naranjas: “Son los ojos de los pájaros que te traje a escondidas” (Eduardo Galeano). Sí, prefiero las verdades de los niños, porque aún son posibles. El director visitó la escuela de primer año y preguntó: “¿Qué quieren ser cuando sean grandes?” Una mano se levantó: “Quiero ser posible, porque mi madre y mi padre siempre dicen que soy imposible”. Sí, prefiero las verdades de los niños, porque ellos aún no la han clausurado: abuela, ¿tú qué harás cuando seas mayor?

Nada que no sea la óptica de la derrota cabe en la pupila del infeliz, ni siquiera cabría gritar para acabar con ello *¡fracasados de todos los países unios*, ¿para qué? Donde hay fracaso ya no hay militancia, se arroja la toalla: a morir, que son dos días. Pero lo que fracasa con el fracasado es, en última instancia, toda teología posible. Así como el mundo se vuelve despreciable, así también todos los héroes y todos los mártires y todos los dioses mueren y se tornan ociosos en el fracasado. El fracaso es lo maligno: la ausencia de un bien vivido bien, de un bien vivido como tal bien. En cuanto que malo en sí, sin mezcla de bien alguno, el mal no puede ser comprendido, sino sólo a partir del ser y del bien que de él derivan (siendo el ser la victoria sobre el no ser, y por ende de lo lleno sobre lo vacío), y de ese modo como defecto suyo. Dicho de otro modo, si no hubiera ser-bien, tampoco habría inteligibilidad, ya que sólo se entiende desde el ser de lo que es, y no desde el no ser que no es; si no fuera el no ser, tampoco el mal sería. He aquí el misterio de iniquidad que el fracaso comporta: ¿cómo es posible que el no-ser se vuelva contra el ser y lo aniquile, sin convertirse en un nuevo ser, y por tanto en algo de alguna forma bueno?

#### 4. INFELICIDAD INMADURA

Las dificultades que acabamos de señalar pueden superarse, o no. Cuando no, nos encontramos con las personas inmaduras. He aquí algunos tipos de inmadurez:

- *Nopal*: agresivo, pendenciero, con espinas, querellador, nunca satisfecho: él contra todos. Quiere ser Al Capone, el jefe de la banda. Pretenderá herir a los demás, o tener razones legítimas para quejarse (dile que tratarías con mucho gusto de sus problemas en privado).
- *Capataz*: se cree jefe de rancho, piensa que todas sus ideas son buenas e infalibles, por lo que será susceptible e irritable. Se da aires de Supermán. Carente de escrúpulos, todo le sirve para intentar dominar (sé firme, manténlo a distancia).
- *Pavo real*: vanidoso, hipersensible, fanfarrón, sabelotodo (di: “Es un punto de vista interesante, veamos qué piensa el grupo”).
- *Cuello duro*: tratará al grupo de manera altiva (no hieras su susceptibilidad, utiliza con él el “sí, pero”).
- *Mosquito*: pica y molesta, es chismoso, insensible como tijera al dolor que producen sus cortes (no compartas con él ningún secreto).
- *Charlatán*: interrumpe a cada momento, habla compulsivamente. Como en la novela de Daudet, “Tartarín de Tarascón”, el cazador de leones en la fantasía llega a convencerse de su fantasía por lo que se ve obligado a cazar leones verdaderos para escapar a la burla del pueblo (dile: “¿No nos estamos alejando del tema?”).
- *Embrollador*: obstinado, discutirá por discutir ignorando sistemáticamente el punto de vista de los demás (háblale en particular, dile que estarías encantado de discutir eso en privado con él).
- *Señor de los apartes*: distraerá a los demás, y hablará con o sin motivo (llévale al asunto, pide su opinión sobre la última idea expuesta por el grupo).
- *Preguntón*: querrá entorpecer, sería feliz conociendo tu opinión para que apoyases su punto de vista (ten paciencia).
- *Ruidoso*: pretende ser el payaso del grupo, llama la atención, con su alegría inoportuna distrae (tranquilízale con algo que le interese).
- *Oportunista*: aparenta cooperar mientras saca provecho. Es tramposo (cuidado con él).
- *Colchón*: tendido en la cama, perezoso, dice “mañana” para lo mismo repetir mañana. La falta de fe en sí mismo y la desesperanza de lograr la meta le deja inactivo. Sin embargo reclama el fruto del trabajo ajeno (trata de que actúe en grupo).
- *Tímido*: no desea hablar, es inseguro, hay que sacarle las ideas un tanto a fuerza (trátale con cariño).
- *Buey mudo*: apático, nada le interesa, se sitúa al margen de los asuntos tratados (pide su opinión, indícale sin exagerar el respeto que tenemos por su experiencia).
- *Caja fuerte*: duro, insensible, frío, atrapador (que sepa que lo sabes).
- *Máscara*: mentiroso, hipócrita (sé firme).

– *Borrego*: su ideal es la masa (dale algún protagonismo)<sup>136</sup>.

En ninguna de estas categorías hay profundidad, porque cada una atenta contra la tarea ética humana, que consiste precisamente en eso, en fraguar un carácter ético digno de ser llamado humano.

## 5. DEL FRACASAR AL CORREGIR

### 5.1. AMA A LOS SERES HUMANOS, PERO COMBATE SUS ERRORES

Pero tú eres más grande que tus fracasos: corrígete. En el fracaso hay dos tipos de clase: primera clase y ninguna clase. No te importe el fracaso, siempre que no te resulte destructivo. Lo peor del fracaso es que uno se descubre a sí mismo capaz de fracasar, fracasando, fracasado. Pero ¿es que la gema no continúa siendo valiosa cuando se encuentra en el lodo? Por el contrario ¿es que el polvo vale algo porque el viento lo levante hasta el cielo? El hecho de que pese a todo el problema subsista y no sepamos resolverlo no significa que no tengamos valor como personas, no mezclemos nuestros problemas con el incondicional valor de todas y cada una de ellas. Por mal que vayan las cosas, por una o muchas puertas que hayan quedado cerradas, eso no significa que renunciemos a abrir las puertas.

No se puede ser buen amigo de los hombres si no se es, primero, amigo de la Verdad. Quien consiente en que otros se engañen con tal de poder encubrir sus propios errores, tiene el más perverso amor de sí mismo. Ama a los seres humanos, pero combate sus errores. Serás buen amigo de tus amigos si eres enemigo de sus defectos. No todo el que es indulgente con nosotros es amigo nuestro, ni todo el que nos castiga nuestro enemigo. Para que podamos corregir tenemos que ser justos, pues donde hay poca justicia es peligroso tener razón. Es mejor amar con severidad y corregir con dolor que engañar con suavidad. Hay una misericordia que castiga y una dureza que perdona.

### 5.2. EL CORREGIDO UNAS VECES FLORECE Y OTRAS MUERE

Ahí se debate el ser humano, mitad amor y mitad escasez. En cuanto que hijo de *Poros* y de *Penía*, *Eros* “es siempre pobre y, lejos de ser delicado y bello, como cree la mayoría, es más bien duro y seco, descalzo y sin casa, duerme siempre en el suelo y descubierto, se acuesta a la intemperie en las puertas y al borde de los caminos, compañero siempre de la indignancia por tener la naturaleza de su madre. Pero, por otra parte, de acuerdo con la naturaleza de su padre, está al acecho de lo bueno y de lo bello; es valiente, audaz y activo, hábil cazador, siempre urdiendo alguna trama, ávido de sabiduría y rico en recursos, amante del conocimiento a lo largo de toda su vida, formidable mago, hechicero y sofista. No es por naturaleza

136 Cfr. Díaz, C: *Educación en valores*. Ed. Trillas, México, 2000, pp. 150 ss.



ni inmortal ni mortal, sino que en el día unas veces florece y vive, cuando está en la abundancia, y otras muere, pero recobra la vida de nuevo gracias a la naturaleza de su padre. Mas lo que consigue siempre se le escapa, de suerte que Eros nunca está falto de recursos ni es rico, encontrándose además en el medio de la sabiduría y la ignorancia. Pues ninguno de los dioses ama la sabiduría ni ser sabio, porque ya lo es. Por otro lado, los ignorantes ni aman la sabiduría, ni desean hacerse sabios. Por esto precisamente es la ignorancia una cosa molesta: porque quien no es ni bueno, ni bello, ni inteligente se cree que lo es suficientemente. Así pues, el que no cree estar necesitado no desea tampoco lo que no cree necesitar<sup>137</sup>.

137 Platón: *Banquete* 203b-204 a.



## VII. LO ETERNO DE LA FELICIDAD

### 1. NOSTALGIA DE INFINITO

El hombre sobrepasa infinitamente al hombre, ese ser tan complejo e inabarcable que no carecía de razón Nietzsche al definirlo como gran promesa, gran tensión y gran esperanza, gran niño. Nuestra desinstalación es tal, de la cuna a la tumba, que Freud descubrió en el sentimiento de naufragio oceánico lo más peculiar de la especie humana. Desfondados, nostálgicos, mendicantes siempre y no sólo en las situaciones límite, nada tan humano como la insatisfacción, por eso Miguel Hernández escribía aquello de “con tres heridas yo: la de la vida, la de la muerte, la del amor”, y otro poeta, más modestamente, Miguel Hernández: “Todo hombre tiene dos batallas que pelear. En sueños lucha con Dios, y despierto con la mar”.

¿Quién coincide con su deseo? Como dijera Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*, “el universo visible, el que es hijo del instinto de conservación, me viene estrecho, es una jaula que me resulta chica y contra cuyos barrotes da en sus revuelos mi alma; fáltame en él aire que respirar. Según tú te adentras en ti mismo y en ti mismo ahondas, vas descubriendo tu propia inanidad, que no eres en fin más que nonada, y al tocar tu propia nadería, al no sentir tu fondo permanente, al no llegar a tu propia infinitud, ni menos a tu propia eternidad, te compadeces de todo corazón a ti propio”. Nada finito puede infinitizar el ansia de eternidad, todo instante de felicidad pide profunda eternidad, por eso sabía bien lo que se decía san Agustín: Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.

Empero, tal reconocimiento no evita una relativa felicidad: la de poderlo descubrir. Finitud y alegría no son contrapuestos, pero alegría perfecta en finitud resulta demasiado improbable. Quienes lloran sobre el cadáver de la persona ignoran que no tienen otro mejor donde depositar sus lamentos. Ya está bien. Al personalismo se viene ya llorado. Es hora de ser escépticos con el escepticismo que alardea de tal<sup>138</sup>; no tendremos todas las manos necesarias, como aquellos *centima-*

138 “Antaño me resultaba imposible entender que mis preguntas carecían de respuestas, y hoy me resulta imposible entender cómo pude creer que era posible hacer preguntas. Claro que yo no creía que

*nos* de la mitología griega, pero tenemos manos; no tendremos todo el tiempo del mundo<sup>139</sup>, pero mientras tanto vamos haciendo cosas; no sabremos del todo dónde está el verdadero arriba y el verdadero abajo<sup>140</sup>, pero algún sentido de la orientación nos queda como para saber que los pobres siguen siendo pobres y que son más ricos quienes más aman; no tendremos toda la fuerza del mundo, el demonio y la carne, pero no nos dejaremos arrastrar por su derrota<sup>141</sup>; no deberemos confundir a Dios con los dioses<sup>142</sup>, ni al *mester* de clerecía con el de progresía<sup>143</sup>, pero al fin y al cabo necesitamos de lo eterno en nosotros, y por eso la música agujerea el cielo<sup>144</sup>; no nos confundiremos con el cielo, pero sabemos donde termina la jaula<sup>145</sup>.

Ni Edipo el *pies hinchados*", ni Epimeteo *el que reflexiona tras de haber obrado*, ni Prometeo *el previsor prudente* respetan las leyes del cielo, lugar donde finalmente no existirá ya más escepticismo, aunque tal vez "habrá un grupo original de discípulos que estarán en contacto inmediato con el maestro, con el genio del fundador. Pero pronto algunos de ellos provocarán una ruptura en forma de herejía: producirán mitologías o submitologías rivales, y entonces se observará algo muy importante. Los ortodoxos del movimiento original odiarán a esos herejes, a los que perseguirán con una enemistad mucho más encarnizada de la que descargarían contra el no creyente. No es la increencia lo que temen, sino la forma herética de su propio movimiento"<sup>146</sup>. Siempre relativa felicidad: habrá que seguir en la brecha, aunque descansando a la vez bajo el buen árbol: "¿Dónde están tus muebles? –Estoy de paso, dijo el turista. –Lo mismo que yo, dijo el monje".

## 2. FELIZ EL QUE TE AMA A TI

El que te creó sin ti no te salvará sin ti; Dios sólo ayuda a quien hace por ayudarse a sí mismo. Feliz el que te ama a ti, al amigo en ti y al enemigo por ti; no pierde a ningún ser querido aquel, y solo aquel, para quien todos son seres queridos en Aquel que nunca se pierde. ¿Quieres ser feliz, tener a Dios de tu parte? Es

fuera posible, me limitaba a preguntar" (Kafka, F: *Parábolas y paradojas*. Ed. Longseller, Buenos Aires, 2000, p. 116).

139 "Mi abuelo acostumbraba a decir: 'La vida es asombrosamente breve. En mi memoria se ha abreviado tanto que, por ejemplo, no puedo comprender cómo un joven es capaz de decidirse a montar a caballo para viajar al pueblo más cercano, sin miedo a que (y esto dejando aparte los accidentes que pueden producirse) el tiempo de su vida no le baste, ni de lejos, para dar cumplimento a su viaje" (*Ibi*, p. 165).

140 "Uno se maravillaba de lo fácil que le resultaba elevarse por el sendero de la eternidad. Lo que ocurría es que estaba descendiendo estrepitosamente" (*Ibi*, p. 117).

141 "Si el mundo se te opone, debes ponerte del lado del mundo" (*Ibi*, p. 118).

142 "Es imposible vivir si se carece de confianza en que hay algo eterno en uno; pero tanto la confianza como la eternidad pueden estar tan ocultas que induzcan la creencia en un Dios personal" (*Ibi*, p. 119).

143 El sacerdote es inmenso, porque hace creer a una multitud cosas sorprendentes (Baudelaire, Ch: *Cuadernos de un disconforme*. Longseller, Buenos Aires, 1999, p. 15).

144 Baudelaire, Ch: *Op. cit.* p. 22.

145 "Una jaula salió en busca de un pájaro" (Kafka, F: *Parábolas y paradojas* cit, p. 109).

146 Steiner, G: *Nostalgia del absoluto*. Ed. Siruela, 2004, p. 18.

sencillo: ponte tú de parte de Dios. Cuando haces la voluntad de Dios, entonces se hace la voluntad de Dios en ti. Dios está en todas partes; por tanto, si tú no quieres apartarte de Él, Él no podrá apartarse de ti; acercarse a Dios es asemejarse a Él. Apartarse de Él es deformarse a uno mismo: ningún ser es veraz si Dios, que es la Verdad, no habla en él. Pero ¿cuándo habla Dios en el hombre? Cuando el hombre está lleno de Dios; pero procura recordar que Dios llena los corazones, no los bolsillos. Ora, pues orar es hablar con Dios. Cuanto puedas decirle a cualquier prójimo puedes manifestárselo a Dios, nuestro prójimo más próximo porque Él lo quiere. Dile todo lo que piensas y sientes respecto a Él, al modo como lo hace el niño pequeño con su madre: al fin y al cabo, la mirada de una madre soporta cualquier espectáculo. Manifestarse ante Dios sin veracidad constituiría la máxima hipocresía y no valdría para nada, ya que Dios sondea tu corazón y lo conoce. Al abrirle tu yo, Él se abre ante ti; verdad es que Él conoce lo que te pasa antes de que se lo pidas, pero no menos verdad es que a todo Padre le gusta que, aún así, le pidan sus hijos lo que necesitan. Si tuvieses un teléfono rojo con el que pudieras hablar directamente con tu Padre, ¿qué le dirías? ¡Pues díselo, tienes ese teléfono!

Mas ¿cómo romper ese círculo vicioso según el cual hay que orar para ver el rostro de Dios, pero sólo se puede orar después de haber vislumbrado ese rostro? Rompiendo a orar, aprender pacientemente a aprender, orar para poder orar. El silencio de Dios es la realidad más difícil de sobrellevar al comienzo de la vida de oración. Es preciso aprender a sentarse, a no hacer nada, sino a esperar y gozarse de estar presente ante el Presente eterno. Puede llevar tiempo y silencio, toda una vida; sin embargo, aunque parezca mucho para el hombre, para la paciencia de Dios no cuenta el tiempo humano, esa es nuestra gran ventaja. Esto no es brillante, pero, si se persevera, irán surgiendo sorpresas en el fondo de esta inmovilidad. El camino para llegar hasta sí mismo, y de sí mismo hacia Dios, es a menudo muy largo, y para que el corazón pueda ir cambiando su dureza debe pasar muchas horas a remojo en las aguas que corren por el río de la alabanza y la adoración. ¿Tendremos que terminar envejeciendo, tanta paciencia necesitaremos para alcanzar por la oración la gracia de la oración? Tal vez, pero envejecer junto a Dios es permanecer siempre niño. En Oriente, a cualquier monje se le llama anciano, aunque tenga veinticinco años, pues el ideal es llegar a viejo con albos cabellos sin perder la mirada infantil. Al lado de Dios podemos ser a la vez padres, adultos y niños en la tríada del tiempo. Según Picasso, para llegar a pintar como el niño, el adulto necesita mucho tiempo. Es verdad. Para que un adulto llegue a poseer los ojos del niño necesita el amor de caridad, que hasta cierto punto es más fácil de practicar que la esperanza, pues aquélla, la caridad, se apoya en lo que se ve y se ama, mientras que ésta, la esperanza, vive únicamente de signos e indicios respecto de lo invisible; pero sobre ambas lo más difícil es la fe, pues ella consiste en llegar a creer y a amar lo que no se ve en absoluto. Y también esto puede llevar mucho tiempo y mucho silencio, toda una vida. Sin embargo, aunque pueda parecer mucho para el hombre, para la paciencia del Dios que nos mira bien predisuesto como a hijos suyos no cuenta el tiempo humano, esa es nuestra gran ventaja.

Desde ese silencio, tú continua rezando, no hasta que Dios escuche lo que te pide, sino hasta ser tú mismo quien escuche lo que Dios te pide a ti: orar es escuchar cada vez más a Dios, y menos a ti mismo. Tampoco se trata de decirle a Dios que le amas, sino de recordar que Él nos ama como sólo Él puede amar; entonces el orante experimenta cierta maximización, pues la oración se filtra por los poros de su alma para plenificarla, es la *pleroforía*. Si esta oración cesara, el mundo perecería al perder su sentido. Orar es agradecer a Dios que Dios sea Dios, porque sólo así puede el humano ser verdaderamente humano. Tras el “Señor, ven en mi ayuda (*Kyrie eleison*)” da las gracias largamente porque Dios sea Dios. En griego, todavía hoy, para dar las “gracias” se dice *eucharistó*. Gracias, Señor, por la fragancia de tu amistad sobre mí derramada. Al principio parecía que únicamente yo te miraba, pero poco a poco comprendo que Tú me miras desde antes, y entonces comienzo a ser feliz mirando a los demás como Tú les miras. Principio a ver (antes sólo miraba) porque Tú me ves; ahora los ojos con que miro no son ojos porque veo, son ojos porque Tú me ves. Tú y yo juntos mirando en la misma dirección. *Nepsis*, alerta. *Katanixis*, ternura. Como en el icono de Vladimir la *Virgen de la ternura*, la madre sostiene al niño en brazos, los dos rostros se acurrucan uno al otro, y ambos nos miran.

Pero ¿y si, pese a implorar la amistad de Dios, no lo logramos? Entonces hay que ser humildes, es decir, confiar en Dios, en que lo que nosotros no podemos sí lo puede Dios, y en que Dios confía en nosotros. La humildad no consiste en valorarse poco o mucho a sí mismo, sino en mirar a Dios antes que a uno mismo, y en medir el abismo que separa lo finito de lo infinito. Así lo ve Job desde el estercolero de su vida. Cabe tener miedo de los acontecimientos, e incluso de nosotros mismos, pero no de Aquél que dirige los acontecimientos, ni pensar que lo que nosotros no podemos no lo pueda tampoco Dios. “Y, cuando te hayas vuelto así hacia Dios, no vuelvas más sobre ti mismo. No te preguntes dónde estás con respecto a Dios. La tristeza de no ser perfecto y de encontrarse pecador es todavía un sentimiento humano, demasiado humano. Es preciso que levantes tu mirada más arriba, mucho más arriba, a Dios, a la inmensidad de Dios y su inalterable esplendor. El corazón puro es el que no cesa de adorar al Dios vivo y verdadero. Se interesa profundamente por la vida de Dios y es capaz, en medio de todas sus miserias, de vibrar con la eterna alegría de Dios. Un corazón así está a la vez despojado y colmado. Le basta que Dios sea Dios. En eso mismo encuentra su paz. La santidad es ante todo un vacío que se descubre y se acepta, y que Dios viene a llenar en la medida en que nos abrimos a su plenitud”.

Dios no es una mera experiencia intelectual, que siempre arroja un saldo abstracto, sino un Tú, mi Señor. Tú-y-yo nos hemos “domesticado” en el mismo *domus*, tu Tienda. Y al descubrirte en lo que Tú eres para mí, Dios mío, conozco mejor mi propio nombre, aquel con el que Tú al crearme me llamaste desde tu eterna gracia. Esa amistosa con-fianza así surgida sólo puede apoyarse en el amor y en la misericordia tuya, mi Dios, mi roca. Secreto supremo del amor relacional: el nacimiento de Dios en el hombre, y el nacimiento del hombre en Dios. Pese al *éxtasis* del amigo de Dios (a su *enstasis*), en el creyente, como dijera san Gregorio Niceno, hay una *epéc-*

*tasis*, una fusión sin confusión, una añoranza no colmada: cuanto más nos llena Dios, más lejano nos parece, cuanto más le conocemos más desconocido lo encontramos; conocimiento por desconocimiento: Dios es el siempre mayor”.

### 3. MÁS FUERTE QUE LA MUERTE

#### 3.1. LA MUERTE ES UN CONTRASENTIDO DONDE HAY AMOR

¿De que felicidad estamos hablando en última instancia? De aquella en la cual la vida nueva que comienza nunca tendrá ya fin; la verdadera felicidad es aquella que vence para siempre a la muerte. No es columna rota, antorcha apagada, ni –como afirmaba Homero– más vale ser jornalero agobiado por pesadumbres en la tierra que príncipe en el reino de los muertos. Contra él Platón afirmaba que los cisnes, cuando presienten que van a morir, cantan más y mejor que nunca antes, gozándose de que estarán con Apolo, cuyos servidores son. Ea, pues, no os abandonéis al sentimiento del dolor, santificadlo. Que ni dolor ni pena os hagan egoístas; este mundo es el camino para el otro, que es morada sin pesar. Mas cumple tener buen tino para andar esta jornada sin errar. Partimos cuando nacemos, andamos mientras vivimos, y llegamos al tiempo que fenecemos; así que cuando morimos descansamos...

De la nada para la vida he sido creado, de la muerte para la vida he sido rescatado por amor, el amor es principio de razón suficiente<sup>147</sup>. Nunca como al morir un ser querido necesitamos que viva eternamente. Es el amor de Dios el que nos resucita, y por tanto el fundamento de la esperanza misma; sin Él se pierde toda esperanza en la resurrección. Pero el amor de Dios es más fuerte que la muerte; el suyo es una enmienda a la totalidad de la muerte porque su amor es total. Aquel ser cuya naturaleza consiste en amarnos desde siempre y para siempre nos resucitará precisamente en virtud de su amor. Si esto no se cree, nada se cree, ya que la prueba de la resurrección es el amor: “Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste; pues, si algo odiases, no lo habrías creado. ¿Cómo subsistiría algo, si tú no lo quisieras? ¿Cómo se conservaría, si no lo hubieras llamado? Pero tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas, Señor amigo de la vida”<sup>148</sup>. Ante la muerte, quien ama sabe que –lo decía Martín Descalzo– la muerte no es morir, morir se acaba. Así que “habría que preguntarse si un hombre que no ha tenido experiencia del amor, que no se haya sabido amado por alguien nunca, que no haya amado a alguien nunca, puede creer en la inmortalidad. Difícilmente se le aparecerá la vida como algo suficientemente valioso como para sobrepasar la muerte”<sup>149</sup>. Quien no ame ni se deje amar incondicionalmente, para siempre

<sup>147</sup> Ruiz de la Peña, J. L.: *Muerte, esperanza y salvación*. Ed. Fundación Mounier, Madrid, 2004, p. 92.

<sup>148</sup> *Sab* 11,24-26.

<sup>149</sup> Ruiz de la Peña, J. L.: *Op. cit.*, p. 92.

morirá. Y será decisión suya, no imputable a Dios. Hay quienes no aceptan la resurrección sencillamente porque no se dejan amar por Dios, y por tanto han de vivir sin esperanza, viéndose obligados por paradoja a vivir sin sobrevivir<sup>150</sup> y prefieren su libertad para decir no al amor de Dios: tanta es la fuerza de su libertad, que en su uso torcido los mata. Y tanto es el miedo subsiguiente<sup>151</sup>.

Superando el temor a la muerte<sup>152</sup>, que es miedo a dejarnos resucitar<sup>153</sup>, nos alegramos con san Pablo: “Para mí la vida es Cristo, y la muerte una ganancia... Deseo partir y estar con Cristo, lo cual es ciertamente con mucho lo mejor”<sup>154</sup>. “Si hemos hecho confianza a quien nos creó, podemos hacer confianza a quien nos llama a la salvación”<sup>155</sup>. No se puede resucitar sin saber morir, “el cristiano tiene que aprender a morir. No se aprende la muerte sino en la vida y con la vida. De la vida de Jesús aprende el cristiano la muerte, porque lo que dio un sentido a la vida de aquél es lo que luego dará un sentido a su propia muerte. Aprende por ello su muerte de la vida de Jesús. Pero, a la vez, el cristiano celebra la muerte de Cristo resucitado y en ella incluye su propia muerte. La resurrección de Cristo, que es la

150 *Ef* 2,12.

151 “De una sociedad acongojada por la muerte, en la que el miedo era dominante, hemos pasado a una sociedad en la que hemos desalojado la muerte y no sé si hemos superado el miedo. Este se ha trasmutado y duplicado al comprobar que la seguridad y las medidas sociales, por más eficaces y necesarias que son, no despejan esas cuestiones. Y ahora asistimos a una enconada violencia y resentimiento frente a médicos e instituciones sanitarias, que pronto se extenderá a los políticos y a la sociedad entera. Porque habiéndosele prometido al hombre responder a todos sus derechos y saciar todas sus necesidades, superar todas sus carencias y calmar todos sus anhelos, ese hombre poco a poco va comprobando que todo eso no es verdad, que ni siquiera es posible, porque algo, y algo esencial, escapa a las posibilidades de los hombres, del gobierno y del Estado. Y ahí está él, desvalido en su impotencia, habiendo desaprendido a vivir, a sanar, a enfermar y a morir por sí mismo, tras haberle prometido la sociedad hacerlo por él y no sabiendo ahora hacerlo por sí y para sí. Luego todos le abandonan al silencio embarazoso que se hace cuando llegan la enfermedad grave y el fracaso, la pérdida de los seres queridos o la propia muerte” (González de Cardedal, O: *Sobre la muerte* cit, pp. 72-73).

152 *Heb* 2,15.

153 En el siglo I las opiniones sobre la posibilidad de la resurrección diferían dentro del judaísmo. Los saduceos, encabezados por el sumo sacerdote Caifás, nobles conservadores religiosamente y liberales en política (es decir, inclinados a la colaboración con las fuerzas de ocupación romanas) reconocían como autoridad divina la *torah* (Pentateuco), que no habla expresamente en ningún pasaje sobre la resurrección, pero se oponían a conceder la misma autoridad a tradiciones doctrinales más recientes de profetas y “escritos”; el libro de Daniel, cuya versión se acaba hacia el 165 antes de Cristo, habla por primera vez de un despertar para la vida eterna, y también lo hace el libro de los Macabeos, compuesto no mucho antes del tiempo de Jesús, y otro tanto se encuentra en el libro de la Sabiduría. En este contexto, “dándose cuenta Pablo de que una parte eran saduceos y la otra fariseos, gritó en medio del Sanedrín: ‘Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos; por esperar la resurrección de los muertos se me juzga’. Al decir esto se produjo un altercado entre fariseos y saduceos y la asamblea se dividió. Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; mientras que los fariseos profesan todo eso. Se levantó, pues, un gran griterío” (*Hch* 23,6-9). Otro día en el Areópago de Atenas, ante un público culto, tolerante, conocedor de la filosofía, respetuoso de la libertad de conciencia y deseoso de escuchar toda novedad y todo parecer, san Pablo alza la voz hablando de Dios y todos le escucharon admirados. Pero, cuando se puso a hablar de la resurrección de los muertos, se les acabó la paciencia y la tolerancia y unos se burlaron y otros dijeron: sobre esto ya te oiremos otra vez (*Hch* 17,32), con la intención de no oírle. Y cuando el mismo Pablo habla acerca de ello ante el tolerante y culto procurador romano Félix, éste, aterrorizado, le interrumpe gritándole: “Estás loco, Pablo; las muchas letras te hacen perder la cabeza”.

154 *Flp* 1,21-23.

155 González de Cardedal, O: *Op. cit.*, p. 66.



cabeza de la nueva humanidad, opera e inicia la resurrección subsiguiente de todos los miembros de su cuerpo. Sus clavos son nuestras claves”<sup>156</sup>.

### 3.2. ESPERAMOS LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE. LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

“La vida eterna es plenitud de la triple estratificación del sujeto de la esperanza. El yo personal es divinizado; la humanidad deviene comunión de los santos; el mundo se torna nueva creación. Si la cuestión acerca de la salvación no se aquieta con respuestas parciales, su única posible respuesta es lo que el símbolo nos propone cuando cierra su confesión de fe proclamando ‘la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro’”<sup>157</sup>. Cuando decimos que *esperamos*, no hacemos futurología, sino escatología; escatología y futurología se distinguen, entre otras cosas, en que ésta versa exclusivamente sobre el “todavía no”, mientras que aquélla se ocupa del “ya” y del “todavía no”. Todos los contenidos de futuro de la escatología han sido anticipados, poseen existencia real, en el acontecimiento Cristo; el discurso escatológico acerca del todavía-no surge enteramente condicionado y permanente acuciado por el ya: por el hecho Jesús de Nazareth, por su vida, muerte y resurrección. Parafraseando una célebre sentencia agustiniana (‘¿cómo me habrías buscado si no me hubieses encontrado?’), cabría decir: ¿cómo podríamos esperar si no nos fuese ya dado lo esperado?’”<sup>158</sup>. Esperamos activamente, porque toda nuestra vida es un signo, una señal, una parábola de otra realidad<sup>159</sup>. “Entre espera y esperanza no se puede dar incompatibilidad. El cristiano es el hombre que mira hacia el futuro con esperanza. Muy bien. Pero ¿cómo puede el cristiano ‘dar razón de su esperanza’, como dice la II carta de Pedro? Es decir, ¿cómo puede ejercer su oficio de esperante si no es participando en las esperas intramundanas? Yo no sé por qué en esto de la esperanza se ha aplicado un baremo que no se ha aplicado a las otras virtudes. Se sabe desde siempre que el conocimiento de Dios, por ejemplo, tiene que partir de las criaturas y ser mediado por el conocimiento de las criaturas. Se sabe que el amor a Dios pasa por el amor a todos los hombres, nuestros hermanos. ¿Por qué no se ha pensado lo mismo de la esperanza? Es decir, ¿por qué la esperanza ha funcionado como virtud alienante, dando pie a todas las objeciones conocidas de ideología de evasión, etc?’”<sup>160</sup>.

Y lo que esperamos es “la resurrección de la carne y la vida eterna”<sup>161</sup>. Para el semita del Antiguo Testamento –repetámoslo– la palabra hebrea “carne” significa

156 González de Cardedal, O: *Ibi*, p. 136.

157 Ruiz de la Peña, J. L.: *Ibi*, p. 97.

158 Ruiz de la Peña, J. L.: *Op. cit.* p. 99.

159 Bermejo, J. M.: *Entre hermanos*. Hermanos de San Juan de Dios, mayo de 2003, p. 15.

160 Ruiz de la Peña, J. L.: *Op. cit.* pp. 32-33.

161 (*kai eis sarkòs anástasin kai eis tsoèn aióvion*). “La formulación mayoritaria en los Credos más antiguos y en los primeros autores cristianos es la de resurrección *de la carne*. Incluso algún Símbolo, como el de la Iglesia de Aquilea, precisa ‘la resurrección de esta carne’. Se trata de una fórmula polémica, dirigida contra quienes (como los gnósticos y maniqueos, pero también más adelante los priscilianistas, cátaros, valdenses o albigeneses) negaban la posibilidad de que la carne fuese resucitada por Dios. ‘Otro

cuerpo mundano impotente, débil y caduco (*basar*), pero con dinamismo vital inmanente, animado por un aliento propio (*nefes*), y bajo el influjo del Espíritu de Dios, que lo llama a un destino de salvación (*ruah*)<sup>162</sup>. *Cuerpo* no expresa la riqueza totalizadora del vocablo “carne”, suena demasiado a resurrección del cuerpo físico, cuando en san Pablo no designaba sólo la parte corporal del hombre, sino al hombre entero. De este modo se tornan superfluas preguntas como: ¿cuándo sucederá la resurrección de la carne, inmediatamente después de la muerte?, ¿o es el alma la que inmediatamente tras la muerte goza de la visión de Dios, a la espera de la resurrección de la carne en un segundo momento? Lo importante es que tras la muerte pervive y subsiste el mismo yo humano, pues la antropología hebrea es de signo global y no establece una separación clara entre cuerpo y alma; es el mismo ser humano el que resucita, pero transformado en su verdadera y definitiva identidad, pues “el Señor Jesucristo transfigurará nuestro cuerpo de bajeza a imagen de su cuerpo glorioso, según su poderosa acción, capaz aun de subyugar a sí todas las cosas”<sup>163</sup>. Quien espera la resurrección de su cuerpo no lo entrega a los cerdos, antes al contrario lo percibe como templo vivo del Espíritu, y respeta los cuerpos de los demás, o sea, toda vida humana desde el instante mismo de su fecundación, así como la de los ancianos, los pobres, o los minusválidos. Porque hay muchas formas de faltarle al respeto a la carne: no se la respeta cuando se mata a una persona; tampoco se la respeta cuando se la somete a malas pasadas, o se la condena a trabajos inhumanos, o no se le acoge cuando se trata de un inmigrante. En todas estas carnes hay un halo de eternidad, está la carne de Cristo<sup>164</sup>. Todo lo que Dios ha hecho es bueno, muy bueno<sup>165</sup> y lo es para siempre. El regreso de Cristo irá acompañado de la resurrección de todos los muertos<sup>166</sup>.

#### 4. Y LA VIDA DEL MUNDO FUTURO

En el mundo futuro no habrá invalidez, ni desvalimiento, ni vejez. Esperamos una vida nueva totalmente restaurada que ya nos ha ido sanando día a día, pues la

motivo para usar el vocablo carne fue refutar a quienes sostenían que la resurrección mencionada en la Sagrada Escritura es meramente espiritual -de la muerte del pecado a la vida de la gracia-, confirmando así la resurrección corporal’ (*Catecismo Romano* del Concilio de Trento)... Hoy, dado el auge que está tomando en algunos ambientes la doctrina de la reencarnación o de la *metempsícosis*, la resurrección ‘de esta carne’ adquiere nueva importancia: la identidad de la persona no se puede garantizar si se manifiesta sucesivamente bajo diferentes formas corpóreas” (Gelabert, M: *Creo en la Resurrección*. Ed. San Pablo, Madrid, 2000, pp. 66-67).

162 El lenguaje de san Juan tampoco vacila ante este término hermoso, y por eso escribe: “La Palabra se hizo carne” (*Jn* 1,14), es decir, Cristo ha asumido verdaderamente nuestra condición humana corporal y carnal.

163 (... jemon symmorfon to sómati tes dóxes autou [*qui transfigurabit corpus humilitatis nostrae conforme fieri corpori gloriae suae*] (*Flp* 3,21). También habla san Pablo de “cuerpo espiritual” en *1 Co* 15,44: *speiretai soma psyjikón, egeiretai soma pneumatikón. [seminatur corpus animale, resurgit corpus spirital]. Si est corpus animale, est et spirital*).

164 *Mt* 25,31 ss.

165 *Gn* 1,31; *1 Tim* 4,4. Cfr. Gelabert, M: *Op. cit.*, pp. 76-77.

166 *1 Tes* 4,13-18, 14-17 ss; *Jn* 5, 24 ss.

resurrección no es el premio al fracaso, sino el premio a la fidelidad manifestada en la prueba del fracaso; no tengamos, pues, miedo a los fracasos, tengamos miedo a la infidelidad. Con Jesús, la frontera entre vida y muerte pierde su consistencia. Y si Cristo pasó el Rubicón que separaba la vida y la muerte ¿cómo no habría yo de alistarme en las filas del Señor que destruye todo Rubicón? Porque resucitó, ¿dónde está, muerte, tu victoria? “Si lo que esperamos de Cristo es sólo para esta vida, somos los hombres más desgraciados”<sup>167</sup>; mas, no siendo sólo para esta vida, somos los más afortunados.

El Mesías viene no sólo como el salvador, viene como el vencedor del anticristo; viene ratificando su eterna lealtad, su permanencia fiel por siempre: “Todos esos miserables están muy satisfechos porque hoy existen, y con existir les basta. No sienten que haya más que existir. Pero ¿existen? ¿existen de verdad? Yo creo que no; pues si existieran, si existieran de verdad, sufrirían de existir y no se contentarían con ello. Si real y verdaderamente existieran en el tiempo y el espacio, sufrirían de no ser en lo eterno y lo infinito. Y ese sufrimiento, esta pasión, que no es sino la pasión de Dios en nosotros, Dios que en nosotros sufre por sentirse preso de nuestra finitud y nuestra temporalidad, este divino sufrimiento les haría romper todos los meneguados eslabones lógicos con que tratan de atar sus meneguados recuerdos a sus meneguadas esperanzas, la ilusión de su pasado a la ilusión de su porvenir”<sup>168</sup>. O a la de su presente eternizado<sup>169</sup>.

## 5. FELICIDAD: EL ROSTRO BIENAVENTURADO

Todo aquel que se encuentre dispuesto a asumir una felicidad a la altura de la persona habrá de buscar una escala de valores óptima; si además es cristiano habrá de seguir a Cristo, pleno cumplimiento del modelo; de lo contrario, que mire a otra parte. En los *macarismos* del Sermón del Monte, he aquí los pobres de los que Jesús habla: los que ni se detienen en la idolatría de las riquezas, ni tienen otro Dios que Yahvé; los que viven abiertos a él y a su palabra; los que no confían en el dinero, ni en el poder de los demás hombres, y ni siquiera en sí mismos en última instancia, sino sólo en Dios. Pobres son los que han elegido la libertad de no estar encadenados a nada de este mundo y ni siquiera a sí mismos, a sus ambiciones, a sus orgullos. Pobres son los que se encuentran permanentemente disponibles a caminar hacia Dios, los que no se encuentran atados a ninguna propiedad porque de todo carecen, los que, como Jesús, no tienen una piedra donde reclinar la cabeza.

Ahora bien, si la pobreza forzosa es carencia y vacío, la libre pobreza de Jesús se alza en plenitud hacia todo lo bueno. Jesús no pide renuncia a la riqueza por la riqueza, lo que pide es plenitud de Dios y renuncia a todo aquello que en la riqueza aparta de Dios, es decir, casi todo lo que la riqueza tiene de tal: a estos

167 *1 Cor* 15,19.

168 Unamuno, M. de: *Vida de Don Quijote y Sancho*, O.c., vol. III, p. 52.

169 “Esa felicidad en la que la tierra sobre la que te paras no es más grande que los pies que la pisan” (Kafka, F: *Parábolas y paradojas* cit, p. 110).

hombres abiertos Jesús les promete el reino de Dios. Todo el que lucha por algo justo está luchando ya por el reino de Dios, pero quien busca el reino de Dios tiene que hacerlo además con un espíritu que es el que procede de Dios y el que Dios mismo nos regala gratuitamente. Jesús proclama bienaventurados a los conscientes de que viven en el destierro, a los que tienen llanto en el alma, a los que experimentan que se encuentran lejos de Dios y de la patria prometida, a los que sufren en su carne por estar sometidos a la tiranía del pecado, tanto del propio pecado como del pecado ajeno. Jesús comienza la predicación de su Reino desplegando para ellos la gran bandera que centra todas las expectativas humanas, la felicidad, que Jesús anuncia y promete a los humildes, pero situándola donde menos podría esperarlo el ser humano: no en el poseer ni en el dominar, ni en el triunfar, sino lisa y llanamente en el amar y ser amado de forma gratuita, en querer a Dios y en ser querido por Él, y en Él y desde Él querer a sí mismo y querer a los hermanos. A ellos les reserva Dios un infinito caudal de alegrías<sup>170</sup>.

Y esa alegría procede de que quien cuida al cuidador de la viña es la bienaventuranza misma: Jesús es el bienaventurado que ha cumplido y vivido hasta el fondo las ocho bienaventuranzas, el pobre, el manso, el que conoció las lágrimas, el misericordioso, el limpio, el pacífico, el que murió en la cruz. Y porque fue pobre, manso, limpio y misericordioso, y porque lloró y tuvo hambre y sed de justicia, porque sembró la paz y fue perseguido, en él se inauguró el reino de Dios. Por eso, detrás de la cruz, conoció el signo más claro de la victoria: la verdadera alegría, de la cual proviene la verdadera e inquebrantable alegría del compromiso con los últimos:

“Proclama mi alma la grandeza del Señor,  
se alegra mi espíritu en Dios mi salvador  
porque ha mirado la humillación de su esclava.  
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,  
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí  
su nombre es santo  
y su misericordia llega a sus fieles  
de generación en generación.  
Él hace proezas con su brazo:  
dispersa a los soberbios de corazón,  
derriba del trono a los poderosos,  
enaltece a los humildes,  
a los hambrientos los colma de bienes  
y a los ricos los despide vacíos.  
Auxilia a Israel, su siervo,  
acordándose de la misericordia  
—como lo había prometido a nuestros padres—  
en favor de Abraham y su descendencia para siempre”.

170 Martín Descalzo, J. L.: *Vida y misterio de Jesús de Nazareth* cit.

“Bendito sea el Señor, Dios de Israel,  
porque ha visitado y redimido a su pueblo  
suscitándonos una fuerza de salvación  
en la casa de David, su siervo,  
según lo había predicho desde antiguo  
por boca de sus santos profetas.  
Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos  
y de la mano de todos los que nos odian  
realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres  
recordando su santa alianza  
y el juramento que juró  
a nuestro padre Abrahán.  
Para concedernos que, libres de temor,  
arrancados de la mano de los enemigos,  
le sirvamos con santidad y justicia  
en su presencia todos nuestros días.  
Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo  
porque irás delante del Señor  
a preparar sus caminos  
anunciando a su pueblo la salvación,  
el perdón de los pecados.  
Por la entrañable misericordia de nuestro Dios  
nos visitará el sol que nace de lo alto  
para iluminar a los que nacen en tinieblas  
y en sombra de muerte,  
para guiar nuestros pasos  
por el camino de la paz”.

### 5.1. SER ENCONTRADO POR EL ROSTRO BUSCADO: LA FELICIDAD DEL ARREPENTIMIENTO

“Para poder ver algún día cara a cara al Espíritu de verdad que penetra el universo entero, hay que llegar a amar como a uno mismo todo lo que haya de más insignificante en la creación; por eso no hay que sustraerse a ninguna de las dimensiones de la vida. Este es el motivo de que mi amor a la verdad me haya hecho entrar en la política. Puedo afirmar, sin la menor vacilación, pero con toda humildad, que no se puede comprender qué es la religión sin ver en ella su relación con la política”<sup>171</sup>. No desatenderemos el consejo de Teófilo: el combate, cuando es únicamente interior, elimina la pasión de la conciencia, pero la pasión permanece igualmente viva, aunque no sea visible. La lucha activa golpea a ese enemigo en la cabeza. Esto no significa que el combate interior deba ser abandonado. Debe con-

171 Gandhi: *Todos los hombres son hermanos*. Ed. Atenas, Madrid, 1993, p. 91.

seguirse con constancia, si no todo nuestro esfuerzo quedará sin fruto y nuestra inclinación apasionada podrá crecer en vez de decrecer. Si abandonamos la lucha interior, descubriremos que mientras intentamos eliminar una pasión otra nos invade. Por ejemplo, arrojamos la gula mediante el ayuno, y he aquí que la vanagloria ocupa su lugar. Si descuidamos otorgar al combate interior la atención que le es debida, ningún esfuerzo, por penoso que sea, traerá fruto. El combate interior, unido a la lucha activa, golpea a las pasiones a la vez desde dentro y desde fuera, y así las destruye tan rápidamente como se destruye a un enemigo rodeándolo por el frente y por la retaguardia.

## 5.2. EL PERDÓN, PUERTA DE LA FELICIDAD

Feliz quien practica el perdón restaurador. Perdonar es renunciar a tener la última palabra. Perdonar es renunciar al derecho por amor en favor de un amor sin derechos. Perdonar es cambiar la obsesión del pasado por la liberación del futuro. Perdonar es que al olmo viejo y en su mitad podrido puedan salirle renuevos verdes, sanados en la raíz por la devolución de mal por bien. Perdonar es comenzar una nueva vida, donde había una enquistada muerte. Perdonar es una experiencia sólo posible para quien se sabe perdonado por Aquel que es perdón eterno, setenta veces siete. Aferrados a su mano podemos ser felices dentro de las limitaciones humanas, con una felicidad que no es la del corazón duro, sino que se deja vulnerar y afectar por la solidaridad del dolor, pero a la vez por el bálsamo beneficioso con que el perdón sanador libera, cura y reconforta. Y esto no tanto porque nosotros seamos más o menos buenos, sino porque es Dios quien es bueno. Basta con no poner a Dios demasiados obstáculos para que su bondad opere en el corazón. Si creemos esto, hemos renunciado a Satanás, es decir, al empequeñecimiento del mal obsesivo y reactivo, cuyo último grado aparece cuando tras haber odiado a todo y a todos ya no hay ningún prójimo al que dirigirme como a un tú. No, el infierno no son los otros, al contrario: el infierno es la ausencia de prójimo, frente al cual está la gracia que abre, la que permite a Schiller en su Oda a la Alegría gritar: ¡Dejad que mi beso abarque a la entera humanidad!

Caminaba un hombre tan cansado, que sus huellas se hundían profundamente en aquel arenal: “-Señor, me dijiste que si decidía seguirte, caminarías siempre conmigo. Sin embargo, durante los momentos de mi vida en que tenía más dificultades y problemas tan sólo he visto un par de huellas. No comprendo por qué cuando más te necesitaba más me abandonabas”. “-Hijo mío, en los momentos de angustia y dolor, cuando tú has contemplado tan sólo un par de huellas en la arena, yo te transportaba en mis brazos”.

## 5.3. ÁNIMO: VIENTO DE LIBERTAD, GRANDE ALEGRÍA

En Roma casi todos defendían que el mundo está determinado, que la necesidad rige el cosmos –*moira*, *heimarmene*, *ananké*– y las personas. En el ámbito

judío tampoco se vivía la libertad, dada la carga de la ley mosaica y sus insoportables exigencias. Además, muchas almas se sienten esclavas del pecado<sup>172</sup> y de la muerte: para quien cree que la muerte es la última y definitiva palabra, significa a la vez la máxima humillación, pues te saca de este mundo de mala manera cuando ella quiere infligiéndote el máximo daño y burlándose de ti, desconsiderando tu dignidad y sepultándola en el olvido: no eras lo que creías ser, no eras nadie, ni siquiera eres algo. En esa atmósfera, sin embargo, “la palabra de Jesús ha sido un relámpago en una noche oscura; han sido necesarios mil ochocientos años para que los ojos de una porción infinitamente pequeña de la humanidad se hayan acostumbrado a ella. Pero el relámpago se convertirá en luz permanente y, después de haber recorrido todos los círculos de errores, la humanidad regresará a aquella palabra como la expresión inmortal de su fe y sus esperanzas”<sup>173</sup>. Jesús enseña que ya no hay libre ni esclavo, hombre ni mujer, griego ni escita, adulto ni niño, sino todos iguales en la libertad que Dios regala. Los discípulos experimentan que quien se aferra absolutamente a la mano fuerte del Señor deja atrás toda esclavitud, incluida la de la muerte. Dos movimientos del alma mueven su interior: viento de libertad y gran alegría. Todo es *katejéo*, catequesis, percusión, bautismo y cambio radical de vida, como consecuencia de lo cual afrontaban el martirio incluso los más pobres, ignorantes, despreciados esclavos, los marineros en las escalas donde sus barcos se detuvieran, los comerciantes. El verdadero marco fue la clase popular: allí se conocían y se amaban con el corazón en la mano; allí se convierten en apóstoles que manifiesta públicamente su fe en cualquier tiempo y lugar: ¿qué podría acallar tamaña alegría libre? Una vez encontrada la verdad, no tiene tregua ni reposo hasta conseguir hacer partícipes de su felicidad a los miembros de su familia, a sus amigos, a sus compañeros de trabajo. Los primeros cristianos aprovechan los minutos que les concede el juez para confesar su fe ante el pueblo, minutos de catequesis que les cuestan la vida. Llega un momento, refiere Tertuliano, en que el procónsul de Asia, Arrio Antonino, violento anticristiano, viendo que un día llegaron a su tribunal todos los fieles de la ciudad para delatarse a sí mismos, hizo ejecutar a algunos, pero dijo a los otros: Desgraciados, si queréis morir, ya disponéis de ganchos y de cuerdas.

Los cristianos replican pacíficamente. El primer martirio está ligado a la institución de los diáconos en la vida de la comunidad de Jerusalén, donde los fieles pudientes venden sus posesiones y depositan el dinero a los pies de los Apóstoles, los cuales asisten cotidianamente a las varias categorías de necesitados, entre las que destacan las viudas. Pronto se oyen las primeras quejas: las viudas de los helénistas creyentes que proceden de la diáspora se ven postergadas frente a las viudas de hebreos puros o palestinos. Los Apóstoles acogen las quejas y crean un cuerpo

172 “Sé que no hay en mí, en mi carne, cosa buena alguna, porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, pero si hago lo que no quiero ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Por consiguiente, tengo en mí esta ley: que queriendo hacer el bien es el mal el que se me apega”. Es san Pablo.

173 No olvidemos que quien esto escribe es el ateo Renan: *Vida de Jesús*. Ed. Madrid, 1968, p. 190.

especial al servicio de los necesitados helenistas. Tal es el origen de la institución de los siete diáconos, el más ilustre de los cuales es Stephanos (Esteban), que ante los jueces da un paso de audacia incalculable: Moisés, la ley y el templo son cosas caducas desde la aparición de Jesús, llamando a sus jueces “hombres de dura cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos”<sup>174</sup>. Santiago, Pedro y Pablo padecerán persecuciones y finalmente martirio cruel; Tácito habla de una *multitudo ingens* de cristianos a los que Nerón castiga con ocasión del incendio de Roma. Unos, cubiertos de pieles de fieras, son expuestos a los perros que se lanzan contra ellos; otros, levantados en cruces, untados de pez, son encendidos a guisa de antorchas apenas cae la tarde mientras, a la luz siniestra de aquellas víctimas inocentes, Nerón se pasea por sus jardines.

San Justino, apologeta y mártir, el muy admirable Justino (*ho thaumasiótatos Ioustínos*) como en largo superlativo le recuerda su discípulo Taciano, se ve obligado a defender a los cristianos de la peor de las acusaciones: “Se nos da el nombre de ateos (*atheoi*); y, si de sus dioses se trata, confesamos ser ateos; pero no respecto del Dios verdaderísimo, en quien no hay mezcla de maldad alguna. A Él y al Hijo, que de Él vino y nos enseñó todo esto, y al Espíritu profético, le damos culto y adoramos, honrándolos con razón y verdad, y enseñando generosamente, a quien quiera saberlo, lo mismo que nosotros hemos aprendido”. A cada acusación imperial responden con una redoblada apología de su fe, por eso, “aún cuando no cometamos crimen alguno, el juez nos mira como a criminales, pues ni conoce nuestra religión, ni tiene gana de conocerla; de ahí que también el juez es juzgado. Nos persiguen, pues, no porque hayan descubierto que cometemos iniquidad alguna, sino porque piensan que el solo vivir como cristiano es ya un crimen; y no sólo es crimen que nosotros vivamos cristianamente, sino exhortar a los otros a que adopten nuestro mismo tenor de vida”.

## 6. FELICIDAD: DEL ÉXITO AL TESTIMONIO

“Hay dos maneras de actuar. La acción de los unos está dirigida al éxito, la de los otros al testimonio. No digo que estos últimos no deseen también el éxito como victoria sobre el mal, pero saben que ella no será nunca más que una victoria incipiente y siempre cuestionada, y que aun cuando cada día les corresponda la peor parte es necesario que estén ahí con sus fuerzas declinantes para asegurar una cierta presencia humana de lo eterno. No se sienten reprimidos por esa angustia de conseguir el éxito o desaparecer. Tendrán siempre al alcance de su mano el control de su obra, aunque sea deshecha; saben que en el éxito, tal como lo imaginan los demás, no sería su causa quien condujera el carro del triunfo, sino alguna usurpadora. A remolque de sus impacencias, los primeros tienen prisa y utilizan tácticas de corto alcance, los segundos ponen su confianza en el tiempo y en su fe; los pri-

174 *Ibi*, p. 189.



meros sienten temor de la soledad y de la oscuridad, pues juzgan el resultado por el número, los segundos recelan de las propagaciones demasiado rápidas, que no pueden ser orgánicas ni fecundas y les conducirían a dudar de la calidad de sus medios; los primeros buscan los medios ricos, los que unen el rendimiento cuantitativo a la facilidad (lanzamientos en grande, servicios suntuosos, publicidad, americanización), los segundos gustan de los medios pobres (que no son los medios miserables) porque ven allí una garantía espiritual al mismo tiempo que una sintonía en el esfuerzo, pues exigen a cada uno el sacrificio sin el cual no hay verdadero don; los primeros son perentorios, los segundos son modestos; los primeros son los propietarios de su causa, los segundos son los testigos de lo que les sobrepasa; los primeros se preocupan por hacer antes que por ser, los segundos intentan ser para poder hacer, o para que sea hecho, con ellos o sin ellos. Nueva exigencia: centrar mi acción en el testimonio y no en el éxito<sup>175</sup>.

Sólo los mártires mueren como viven, *sicut vita, finis ita*; su forma de morir explica las razones del vivir, quien no sabe morir, vivir tampoco. Originalidad no hay sin originariedad radical, la que va a las raíces de todo dolor y de cualquier maldad, pues el mal, definiéndose como no-realidad, es el que aniquila y malea todas las cosas, si bien, en razón de la víctima negada, puede dar paso a una nueva vida con caracteres de creación. Poco importa el mero estudio filosófico de la pobreza, lo que urge son formas de vida filosóficas entregadas a la liberación. Una conciencia que ora aúna a la vez voluntad de verdad, voluntad de lucidez, y voluntad de condolencia: sólo cabe desde la con-descendencia y la com-pasión, de un *intellectus misericordiae*<sup>176</sup>. Tal voluntad impulsa a la razón dialógica hacia una razón profética, por cuanto se hace cargo de la realidad, carga con ella y se encarga de darle respuesta, algo propio no sólo de una inteligencia agente, sino también actora y autora.

175 Mounier, E: *Revolución personalista y comunitaria*. Obras. I. Ed. Sígueme, Salamanca, 1992, pp. 380-381.

176 Cfr. Samour, H: *Voluntad de liberación. La filosofía de Ignacio Ellacuría*. Ed. Comares, Granada, 2003.



## ÍNDICE

PRÓLOGO .....	9
I. ¿OPTIMISMO TRÁGICO? .....	13
1. Caminando ¿hacia dónde? .....	13
2. ¿Según se mire? .....	14
2.1. La mirada pesimista .....	14
2.2. La mirada optimista .....	15
3. ¿Puedo ser feliz? .....	16
3.1. La ley del amor .....	17
3.2. Las 48 leyes del tramposo .....	18
3.3. El tali3n .....	21
4. El justo, alma bella .....	23
4.1. ¿Qui3n podr3 m3s, el alma bella o el coraz3n duro? .....	24
4.2. El dolor del justo .....	25
5. El justo preconvenacional .....	26
II. FELICIDAD CON CAR3CTER .....	29
1. Felicidad con derechos y deberes .....	29
2. Felicidad, coraje .....	30
3. El querer del poder ser feliz .....	31
4. Una felicidad a la altura del deber .....	33
4.1. El camino del “no puedo” ser feliz .....	34
4.2. Da m3s fuerza sentirse amado que creerse fuerte .....	34
III. ROSTRO DE FELICIDAD .....	37
1. Virtuosa felicidad .....	37
1.1. Lo interior de la felicidad .....	37
1.2. Ni virtudes sin virtud, ni felicidades sin felicidad .....	40
1.3. La felicitaria vocaci3n cumplida: ser persona .....	41

2.	Desde el rostro con arrugas .....	42
2.1.	La virtud, lo comunitario de la felicidad .....	42
2.2.	La virtud, arrostrada en el rostro ajeno .....	44
2.3.	La responsabilidad por el rostro ajeno .....	45
2.4.	Arrostrar el rostro con obras .....	47
2.5.	Respetar el rostro del des-conocido .....	48
3.	Felicidad madura .....	49
4.	Para llegar a ser personalidad madura .....	50
4.1.	Conócete .....	50
4.2.	Contrólate .....	51
4.3.	Sé paciente y ecuánime .....	51
4.4.	Sé objetivo, realista, coherente .....	52
4.5.	Sé modesto y prudente .....	52
4.6.	Alégrate, afronta con entereza la adversidad .....	53
4.7.	Déjate interpelar .....	55
4.8.	Mantén la esperanza .....	55
4.9.	¿Amas? .....	57
IV. FELICIDAD Y FRAGILIDAD DEL CUERPO .....		61
1.	El cuerpo, bulto visible .....	61
2.	La corporeidad, cuerpo invisible .....	62
3.	La llamada de auxilio de la corporalidad .....	65
4.	La llamada y la respuesta .....	68
5.	Gozo en la tribulación .....	69
V. LA DESVENTURA DEL ROSTRO POR MÍ ENAJENADO .....		73
1.	El encontronazo infeliz de nuestros rostros .....	73
2.	El choque con el rostro del inmigrante .....	76
2.1.	Cuando el rostro de los más abundantes es el menos signifi- cante .....	76
2.2.	Rostro “am haarez” .....	78
2.3.	La maleta, ataúd del rostro oscuro .....	79
3.	El rostro barbarizado del extranjero .....	81
4.	El bárbaro, o la mala cara de la alteridad .....	82
4.1.	Mecanismo de la xenofobia .....	82
4.2.	Mecanismo de la indiferenciación .....	84
4.3.	Mecanismo de la expiación .....	85
5.	El bárbaro, rostro del (des)encuentro .....	87
6.	¿Descubrir o encubrir el rostro del bárbaro? ¿conquista- nazo o recíproco encuentro? .....	89

VI. ROSTROS DE INFELICIDAD .....	91
1. Tres náuseas, tres Parcas .....	91
1.1. La náusea existencialista .....	91
1.2. La náusea burguesa .....	92
1.3. La náusea totalitaria .....	92
2. El fracaso, felicidad amenazada .....	92
3. La infelicidad .....	93
3.1. La conciencia de infelicidad .....	93
3.2. Infelicidad desolada, imposibilidad de ti .....	94
3.3. Infelicidad como sin sentido .....	94
3.4. A la infelicidad por la mentira .....	96
3.5. A la infelicidad por el placer .....	97
3.6. A la infelicidad por el éxito .....	100
3.7. Un ejemplo de infelicidad: Poncio Pilato .....	101
4. Infelicidad inmadura .....	102
5. Del fracasar al corregir .....	104
5.1. Ama a los seres humanos, pero combate sus errores .....	104
5.2. El corregido unas veces florece y otras muere .....	104
VII. LO ETERNO DE LA FELICIDAD .....	107
1. Nostalgia de infinito .....	107
2. Feliz el que te ama a Ti .....	108
3. Más fuerte que la muerte .....	111
3.1. La muerte es un contrasentido donde hay amor .....	111
3.2. Esperamos la resurrección de la carne, la resurrección de los muertos .....	113
4. Y la vida del mundo futuro .....	114
5. Felicidad: el rostro bienaventurado .....	115
5.1. Ser encontrado por el rostro buscado: la felicidad del arrepentimiento .....	117
5.2. El perdón, puerta de la felicidad .....	118
5.3. Ánimo: viento de libertad, grande alegría .....	118
6. Felicidad: del éxito al testimonio .....	120